

A painting depicting a pair of hands playing a piano. The hands are rendered in a warm, golden-brown tone, contrasting with the dark, shadowed piano keys and the surrounding environment. The background is a mix of dark and light tones, suggesting a room with a window or a painting on the wall. The overall mood is contemplative and artistic.

Willa Cather

Lucy Gayheart

Lectulandia

Lucy Gayheart es una joven sensible e impulsiva con inclinaciones artísticas. Su padre la envía a Chicago donde se formará musicalmente y allí conoce un famoso barítono, un hombre mucho mayor que ella y algo cansado de la vida, pero con el que establecerá una intensa relación, de tal manera que ésta rechazará a Harry, el joven que ha sido su pretendiente desde la infancia. Cuando Sebastián muere ahogado en un lago, Lucy vuelve a su pueblo, donde se encontrará con el rechazo de Harry.

Los grandes temas de Willa Cather —la oposición entre valores rústicos y urbanos, la tragedia que acecha a la inocencia, el arte como conflictiva forma de elevación— se conjugan en una depurada historia de amor escrita con el sello de la madurez.

Lectulandia

Willa Cather

Lucy Gayheart

ePub r1.0

Sibelius 26.10.13

Título original: *Lucy Gayheart*

Willa Cather, 1935

Lucy Gayheart se publicó por primera vez en 1935 (Alfred A. Knopf, Nueva York). Esta traducción se basa en el texto de esa primera edición.

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LIBRO I

I

La gente de Haverford sigue hablando de Lucy Gayheart. A decir verdad, tampoco es que se hable mucho de ella, porque la vida sigue y nosotros vivimos en el presente. Pero, cuando alguien la nombra, lo hace con un brillo dulce en el rostro o en la voz, con una mirada confidencial que dice: «Sí, ¿tú también lo recuerdas?». La recuerdan como una muchacha delgada y siempre en movimiento: bailando, patinando o andando a paso ligero, con enérgica deliberación, como un pájaro que vuelve a casa.

Cuando cae una nevada intensa, la gente mayor se asoma a la ventana y se acuerda de cómo pasaba Lucy, como un rayo bajo la tempestad, con el cuello de piel subido hasta las mejillas, sin encogerse, entregando su cuerpo al viento como si quisiera darle alcance. Y con la misma rapidez recorría en el calor del verano las largas aceras en sombra y cruzaba las plazas abiertas y encendidas por el sol. En el fulgor del mediodía de agosto, cuando los caballos agachaban las cabezas y los obreros «se lo tomaban con calma», Lucy jamás descansaba. El frío, solía decir, la hacía sentir más viva; el calor debía de causarle el mismo efecto.

Los Gayheart vivían en el extremo oeste de Haverford, a poco más de un kilómetro de la calle principal. La gente decía «a casa de los Gayheart» y pensaba en un paseo bastante largo en verano, pero Lucy recorría esta distancia una docena de veces al día; la recorría deprisa, con ese andar tan peculiar, que parecía la expresión de una incontenible ligereza del corazón. Cuando las mujeres mayores que trabajaban en sus jardines la veían a lo lejos, apenas una silueta blanca bajo la sombra parpadeante de los jóvenes árboles estivales, siempre la reconocían por su manera de andar. Pasaba por los setos y los lilos, por las pérgolas cargadas de uvas algodonosas y las hileras de junquillos, y todo el mundo percibía la alegría de Lucy por todas las cosas: por su vestido de verano, por el aire, por el sol y el esplendor del mundo. Había en su carácter y en sus ojos de un castaño dorado algo parecido a sus movimientos, algo directo, feliz y sin vacilación. No eran unos ojos dulces, pero resplandecían en ellos chispas doradas, como esa piedra de Colorado que llamamos ojo de tigre. Tenía la piel bastante oscura, y los labios y las mejillas del color de las peonías: profundos y aterciopelados. La boca era tan cálida e impulsiva que reaccionaba a la más leve sombra de sentimiento.

Las fotografías de Lucy no les dicen nada a sus amigos de entonces. Era su alegría y su gracia lo que adoraban en ella. La vida parecía encontrarse en Lucy muy cerca de la superficie. Gozaba de ese brillo singular de la belleza juvenil, como el de los jardines floridos en las primeras horas del día.

Echamos de menos a Lucy cuando se marchó a Chicago a estudiar música. Tenía entonces dieciocho años, y mucho talento, pero era demasiado alegre y

despreocupada para tomarse en serio a sí misma. Jamás soñó con una «carrera». Veía la música como una fuente de placer natural y como un medio de ganar dinero para ayudar a su padre cuando regresara a casa. Su padre, Jacob Gayheart, dirigía la banda del pueblo y daba clases de clarinete, flauta y violín en la trastienda de su taller de reparación de relojes. Lucy había enseñado piano a principiantes desde que estaba en décimo curso. A los niños les gustaba Lucy, porque nunca los trataba como a niños, y todos intentaban complacerla, especialmente los chicos.

Jacob Gayheart era un buen relojero, pero no un buen gestor. Nacido de padres bávaros en la colonia alemana de Belleville, en Illinois, aprendió el oficio de su padre. Llegó a Haverford siendo joven y se casó con una americana, que aportó al matrimonio un buen pedazo de tierra de cultivo. Al morir su mujer pidió una hipoteca sobre la granja para comprar más tierras, y ahora las dos fincas estaban hipotecadas. Esto preocupaba a su hija mayor, Pauline, pero no al señor Gayheart. Dedicaba mayores esfuerzos a que los chicos de la banda practicasen que a pagar los intereses de sus préstamos. Era todo un personaje en el pueblo, y todo el mundo le gastaba bromas, aunque estaban muy orgullosos de la banda. Parecía el daguerrotipo antiguo de un poeta alemán menor; llevaba mostacho y perilla, y un flequillo fino de pelo oscuro sobre la frente, ligeramente entrecano en las sienes. Sus ojos inteligentes y perezosos, de color avellana, parecían decir: «¿Por qué preocuparse cuando el mundo es tan bonito?».

Lograba disfrutar de cada día, de principio a fin. Se levantaba temprano y trabajaba una hora en el jardín. A continuación se daba un baño y se vestía, escogiendo la camisa y el lazo con tanto esmero como si fuera de visita.

Después de desayunar encendía un buen cigarro y se acercaba paseando hasta el pueblo, atento en todo momento al aroma del tabaco. Normalmente se ponía una flor en el abrigo antes de salir de casa. Nadie podía encontrar mayor satisfacción que Jacob Gayheart en la buena salud, los placeres sencillos y el uniforme de la banda azul y dorado. Era probablemente el hombre más feliz de Haverford.

II

Terminaban las vacaciones de Navidad, de la Navidad de 1901, y Lucy pasaba su tercer invierno en Chicago. Había vuelto a casa por vacaciones. Patinó mucho esa semana, y lo pasó muy bien. Incluso la última tarde, cuando debía hacer las maletas, salió a patinar con un grupo de chicos y chicas de Haverford por la larga franja de hielo de Duck Island. Esta isla, de casi un kilómetro de longitud, dividía el río en dos o, mejor dicho, dividía un pequeño brazo del río. El río Platte propiamente dicho se encontraba al sur de la isla y rara vez se helaba por completo; pero en la corriente que fluía entre la isla y la orilla norte el hielo alcanzaba un profundo grosor. Esto era antes de que empezaran a usarse las aguas del Platte para el regadío y por aquel entonces el río mostraba un caudal formidable. En las crecidas de primavera a veces llegaba a abrir un nuevo canal en las blandas tierras de labranza que se extendían a lo largo de sus riberas, y cambiaba completamente su curso.

A eso de las cuatro de esa tarde de diciembre, un trineo ligero con campanillas y pieles de búfalo, tirado por un buen caballo, se acercó rápidamente desde el pueblo y torció en la esquina de Benson's, directo a esa pista de patinaje. Un joven alto saltó del vehículo, ató el caballo junto a una hilera de trineos y corrió hasta la orilla con los patines en la mano. Mientras se los calzaba escudriñó con la mirada al grupo de patinadores. No le resultó difícil distinguir la silueta que buscaba. Seis de los más capaces habían dejado atrás al grupo y avanzaban contra el viento rumbo a la punta de la isla. Dos iban en cabeza: Jim Hardwick y Lucy Gayheart. El joven la identificó por la chaqueta de ardilla marrón y el gorrito de piel, y por la agilidad con que se deslizaba. Los dos extremos de una bufanda granate flotaban al viento tras ella, como dos alas finas.

Harry Gordon se lanzó al hielo con intención de alcanzarla. También él era un buen patinador, un joven grande, de complexión corpulenta como un boxeador y pies ligeros como un púgil. Pese a todo llegó casi sin resuello al primer grupo de cuatro y pasó como una bala al lado de Jim Hardwick.

—Jim —gritó—, ¿me dejarás dar una vuelta con Lucy antes de que se ponga el sol?

—Claro, Harry. Sólo la estaba cuidando para ti. —El muchacho se rezagó. Los chicos de Haverford se plegaban de buen grado a Harry Gordon. Era el rico del pueblo, pero nada arrogante ni autoritario. Todos lo tenían por un buen chico; se esforzaba mucho en su trabajo, pero disfrutaba con el equipo de béisbol y la banda de música. Sociable y lleno de vida, decía la gente.

—¡Harry! ¿No habías dicho que no vendrías? —exclamó Lucy, cogiéndose de su brazo.

—Creí que no podría. Pero he podido. He venido con Flicker echando humo

después de la reunión de directores. Éste es el mejor momento de la tarde. Vamos. — Se cogieron de la mano y avanzaron al ritmo.

El sol declinaba en el sur y toda la llanura cubierta de nieve, hasta donde alcanzaba la vista, empezaba a teñirse de un brillo sonrosado que no tardaría en volverse naranja y rojo. La maraña negra de sauces de la isla formaba una especie de matorral espinoso, y los robles de crecimiento lento, nudosos y retorcidos, con las copas redondeadas, adquirirían un resplandor bronceado en la luz oblicua e intensa, como si estallaran en llamas.

El viento arreció a medida que el sol descendía. Habían dejado al grupo bastante atrás.

—¿Volvemos? —preguntó Lucy, con la voz jadeante.

—Todavía no. Quiero llegar hasta esa horquilla de la isla. Llevo un poco de whisky en el bolsillo; eso te hará entrar en calor.

—¡Qué bien! Estoy un poco cansada. Llevo bastante rato patinando.

La punta de la isla se dividía como la cola de un pez. Tras bordear uno de sus extremos, Harry tiró de Lucy hacia la orilla. Se sentaron en el tronco de un álamo blanqueado y suave, donde la maraña de sauces formaba una pantalla a sus espaldas. Las ramas entrelazadas despedían destellos de luz roja, como alambres incandescentes, y la nieve, a sus pies, cobraba un tono rosáceo. Harry le sirvió un poco de whisky en el vaso de metal que cubría el tapón; él bebió directamente de la petaca. El sol redondo y rojo caía como una gran pesa: rozaba la línea del horizonte, desplegando como un abanico sus rayos temblorosos sobre los campos. Por un momento, Lucy y Harry Gordon se encontraron sentados en el centro de una corriente de luz cegadora; ardía en las cuchillas de sus patines, y en la petaca y el vaso de metal. Tanto les iluminaba la cara que se miraron y se echaron a reír. En un instante la luz se había esfumado; el río helado y la pradera sepultada bajo la nieve se colorearon de un tono violeta bajo el cielo azul verdoso. No se veía nada más que tierras llanas y colinas bajas en cualquier dirección; todo violeta y gris. Lucy suspiró profundamente.

Gordon la ayudó a levantarse del tronco y se pusieron en marcha, con el viento a sus espaldas. Encontraron el río vacío: una solitaria franja de hielo azul grisáceo. Los demás se habían marchado. Harry notaba, por el modo de moverse, que Lucy estaba cansada. Cuando él llegó, ella llevaba mucho rato patinando, y había hecho un esfuerzo especial para continuar con él. Gordon lo lamentaba, pero estaba contento. La condujo hasta la orilla, a cierta distancia del trineo, se arrodilló y le quitó los patines; acto seguido se puso los zapatos y, con un rápido movimiento, la cargó en brazos y la llevó hasta el trineo sobre la nieve pisoteada. Mientras la cubría con las pieles de búfalo, ella le dio las gracias.

—Parece que el viento me ha dado mucho sueño, Harry. Me temo que no seré capaz de hacer las maletas esta noche. Da igual. Ya las haré mañana. Y ha sido un

buen paseo.

De vuelta a casa, Gordon dejó que sus campanillas (muy musicales, las había puesto para agradar a Lucy) llevaran la mayor parte de la conversación. Sabía cuándo guardar silencio.

Invadía a Lucy una agradable somnolencia, y se encontraba a gusto bajo las pieles. El trineo era un punto diminuto que avanzaba por el paisaje blanco mientras éste se sumía en sombra y silencio. Lucy se agitó de pronto debajo de las pieles. Había visto aparecer la primera estrella en el cielo, que iba oscureciéndose progresivamente, y el corazón le subió a la garganta. Ese punto de luz plateado le hablaba como una señal, de una vida y unos sentimientos que no pertenecían a aquel lugar. Se sintió abrumada. Se había dirigido a la estrella con un simple pensamiento y ésta le había respondido; se habían reconocido al instante. Algo conocido surgió entonces en la desconocida inmensidad: ¡algo que Lucy había sabido desde siempre! La dicha de saludar a lo que se encuentra muy por encima de uno mismo era una cosa eterna, no un simple accidente de su ignorancia y su ridículo corazón.

El reconocimiento fugaz no duró más que un instante. Todo volvió a ser confuso después. Lucy cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Harry para huir de aquello que había estado tan cerca de alcanzar. Era demasiado brillante y demasiado afilado. Dolía, y la hacía sentirse pequeña y perdida.

III

La noche siguiente, la del domingo, todos los jóvenes que habían vuelto a casa para pasar las vacaciones regresaban a sus estudios. La mayoría se detendría en Lincoln; Lucy era la única que continuaba hasta Chicago. El tren procedente del Oeste saldría de Haverford a las siete y media y, a las siete en punto, trineos y carros llegados de todas partes empezaban a reunirse en la estación, en el extremo sur del pueblo.

El andén no tardó en llenarse de jóvenes bulliciosos que miraban hacia la vía y consultaban los relojes como si no soportaran seguir en el pueblo ni un segundo más. Un coche tirado por dos caballos se acercó a la cuneta, y la inquieta multitud corrió a su encuentro, gritando.

—Está aquí. ¡Ha llegado Fairy!

—¡Fairy Blair!

—¡Hola, Fairy!

Una muchacha rubia, ágil y rápida como un gatito, saltó del coche, con un gorrito tirolés de color verde bien ceñido sobre el pelo rizado. Se despojó del abrigo de piel gris, lo lanzó al aire para que los chicos lo recogieran y echó a correr por el andén con su traje de viaje: una chaqueta de terciopelo negra y un chaleco escarlata, con una falda ciertamente corta para la moda de la época. Un hombre salió de la estación para anunciar que el tren llegaría con veinte minutos de retraso. Un murmullo de quejas y protestas estalló entre la multitud.

—¡Vaya lata!

—¿Qué narices hacemos?

El sombrero verde se encogió de hombros y se echó a reír.

—Callaos y dejad de maldecir. Daremos un paseo por el pueblo.

Cogió a dos chicos del brazo y, entre los dos cuerpos envarados en sus abrigos, corrió hacia la calle silenciosa, empujándolos como si sacudiera dos árboles jóvenes y arrastrando los pies de cuando en cuando. Tenía una cara bonita, aunque común, y los ojos tan brillantes y atrevidos como si hubiera bebido. La boca pequeña y fresca, sin ser fea, resultaba realmente osada. No lograba empujar a los chicos a la velocidad que deseaba; entonces, de un salto, salió de entre las dos figuras rígidas, como disparada por un tirachinas y echó a correr por la calle con toda la tropa pisándole los talones. Aunque estaban todos un poco chalados, ella era la más alocada, y los demás la seguían. Se apartaron bruscamente para dejar paso al autobús.

El autobús se acercó al bordillo. El señor Gayheart bajó del vehículo y ofreció una mano a cada una de sus hijas. Pauline, la mayor, se apeó primero. Era bajita, fuerte y rubia, como los Preston, su familia materna. Le sacaba a Lucy doce años. (Dos niños, nacidos entre las dos hermanas, habían muerto en su infancia.) Fue

Pauline quien crio a Lucy, que tenía sólo seis años cuando murió la madre.

Pauline bajó del autobús diciéndole a su padre que corriera a facturar el baúl.

—La sala de equipajes siempre está abarrotada, y Bert tarda una eternidad en facturar cada bulto. Y no te olvides de decirle que lo meta en este tren. Cuando la señora Young se fue a Minneapolis su baúl tardó veinticuatro horas en salir, y no se lo entregaron hasta...

Pero el señor Gayheart se marchó tranquilamente sin quedarse a escuchar la historia del baúl de la señora Young. Lucy tampoco la oyó, a pesar de que estaba a su lado. Pensaba en otra cosa.

Pauline tomó a su hermana del brazo con decisión, como si fuera lo indicado, y guardó silencio por un momento.

—Mira, ahí llega el trineo de Harry Gordon. Lo conduce el chico de los Jenk. ¿Se marcha esta noche al Este?

—Creo que dijo que a lo mejor iba a Omaha —respondió Lucy con aire indiferente.

—¡Qué bien! Tendrás compañía —dijo Pauline, con la improvisada efusividad con que siempre ocultaba su fastidio.

Lucy no hizo ningún comentario; miró el reloj de la estación a través de una ventana. Nunca había tenido tantas ganas de marcharse, de estar sola y de sentir el suave deslizamiento del tren sobre los raíles, de ver pasar las pequeñas estaciones.

Fairy Blair, con su sombrero tirolés, volvía de su carrera sin resuello y sostenida por los dos muchachos. Al pasar junto a las hermanas Gayheart, dijo:

—¿Te marchas al Este, Lucy? Cuánto me gustaría ir contigo. Los músicos sois los que más os divertís. —Mientras se detenía, obedecida por sus puntales, observó a Lucy por el rabillo del ojo. Las dos eran las chicas más populares de Haverford, y Fairy encontraba a Lucy terriblemente estirada y poco femenina. Siempre que se encontraba con Harry Gordon, sacudía la cabeza y le lanzaba una mirada que decía a las claras: «¿Qué narices pretendes?».

El señor Gayheart regresó con el resguardo del baúl, se lo dio a su hija y se dispuso a observar el cielo. Entre otras empresas imposibles, estudiaba astronomía de vez en cuando. Cuando el grito del silbato tembló al fin en el silencio del aire invernal, Lucy inspiró de prisa y se puso en marcha. Su padre le apretó ligeramente el brazo; no era prudente dar demasiadas muestras de afecto a su hija menor. Una larga hilera de luces oscilantes asomó al oeste de la pradera, y al momento el haz blanco de un faro se derramó sobre los raíles de acero, a sus pies. La gran locomotora, cubierta de escarcha endurecida, pasó junto a ellos y se detuvo resollando con fuerza. Pauline agarró a su hermana y le dio un beso torpe. El señor Gayheart cogió el bolso de Lucy y encabezó la marcha hasta el vagón. Encontró el asiento de su hija, dispuso su equipaje con cuidado y se quedó mirándola con una sonrisa exigente y elogiosa. Le

gustaban las chicas guapas, incluso en su propia familia. La rodeó con un brazo y mientras le daba un beso le dijo al oído:

—¡Mi Lucy es una chica muy guapa! —Salió despacio del vagón y apareció en el andén justo cuando el revisor ponía un pie en el escalón. Pauline ya estaba inquieta, convencida de que el tren se lo llevaría hasta la siguiente estación.

En el vagón de Lucy iban varios chicos que estudiaban en la Universidad de Lincoln. En seguida se acercaron a su asiento para charlar con ella. Cuando Harry Gordon apareció en el pasillo, los chicos hicieron amago de retirarse, pero él negó con la cabeza.

—Ahora voy a cenar. Volveré más tarde.

Lucy se encogió de hombros a su paso. ¡Qué típico de Harry! Sin duda sabía que los demás habían cenado en casa antes de salir, pero igualmente podía haberles invitado a acompañarlo al coche-restaurant, para tomar un postre o una tostada con queso fundido. ¡Otro ejemplo de la tacañería que explicaba la fortuna de los Gordon! Harry podía mostrarse espléndido hasta la extravagancia en ocasiones, pero lo convertía en eso, en una ocasión especial; era el resultado de una decisión premeditada.

Lucy ofreció toda su atención a los muchachos, que tanto parecían desearla. Eran todos más o menos de su misma edad, mientras que Harry le sacaba ocho años. Fairy Blair se encontraba en el otro extremo del vagón, rodeada de admiradores, y la distancia no amortiguaba su ocasional risa espasmódica, una risa peculiar, como un balido, que causaba el efecto de un gesto indecente. Cada vez que la alegría de Fairy estallaba, los chicos que acompañaban a Lucy miraban con aire molesto y se acercaban un poco más a ella, como si protestaran y afirmaran su lealtad. Lucy lamentó que se marcharan cuando volvió Harry Gordon. Lo recibió con bastante frialdad, pero él no se dio cuenta. Empezó a hablar de las nuevas farolas que pronto tendrían en Haverford; su padre y él habían corrido con la mitad de los gastos.

Se instaló cómodamente en el asiento, sin llegar a repantingarse. Se sentaba como un caballero. Tenía una buena presencia, tanto en movimiento como en reposo. Era inmensamente engreído, aunque nunca lo manifestaba con nerviosismo o agresividad. Lejos de ser una debilidad, en Harry esto equivalía a una fortaleza. Su desenvuelta seguridad resultaba muy reconfortante para una personalidad dubitativa y voluble como la de Lucy.

Se daba la circunstancia de que, esa noche, Lucy deseaba estar sola, aunque por lo común se alegraba de encontrarse con Harry en cualquier momento; de tropezar con él en la oficina de correos o de verlo venir por la calle. Si se detenía para hablar, aunque no fuera más que una palabra, la vitalidad de Harry y su inquebrantable satisfacción con la vida siempre la animaban. Daba igual de lo que hablase, Harry siempre resultaba divertido. Lucy se sentía plenamente libre a su lado, y todo en él le

parecía sensacional: su voz, sus ojos azules y vivos, su piel fresca y su pelo como la arena. La gente decía que era duro en los negocios, que se aprovechaba de los prestatarios en apuros, pero ni su personalidad ni sus modales insinuaban esta actitud.

Mientras charlaba confidencialmente con Lucy sobre las nuevas farolas, Harry notó que ella no paraba de mover las manos y de rebullirse en el asiento.

—¿Qué te pasa, Lucy? Estás nerviosa.

Ella se recompuso y sonrió.

—¡Es ridículo! Viajar siempre me pone nerviosa. Ya sabes que no estoy muy acostumbrada.

—Tienes muchas ganas de volver. Se nota —asintió él—. ¿Cómo estará la ópera esta primavera? ¿Me permitirás pasar una semana en Chicago y saldrás conmigo todas las noches?

—¡Sería estupendo! Aunque no sé si todas las noches... Ahora soy profesora. Tengo mucho más trabajo que el año pasado.

—Ya lo arreglaremos. Puedo llamar a Auerbach. Me llevo de maravilla con él. Le conté que te conocía desde que eras casi una niña —soltó una risita y se inclinó un poco hacia delante—. ¿Sabes cuándo te vi por primera vez, Lucy? Fue en la antigua pista de patinaje. Supongo que Haverford era prácticamente el último pueblo del mundo que aún conservaba una pista de patinaje.

—De eso hace siglos. La pista de patinaje desapareció antes de que se construyera tu banco.

—Cierto. Papá y yo nos alojábamos en el hotel. Habíamos venido a conocer el pueblo. Una tarde pasé por la pista, oí tocar un piano, y entré. Un pianista mayor estaba interpretando un vals, «Corazones y flores», creo que se llamaba. Había un montón de gente patinando, pero te vi a la primera. Debías de tener unos trece años, y el pelo te caía por la espalda. Llevabas una falda corta y un jersey rojo muy ceñido, y pasaste como un relámpago. Me pareció que tenías los ojos más bonitos del mundo... Todavía me lo parece —añadió, frunciendo el ceño, como si se tratara de una confesión muy importante.

Lucy se echó a reír. Harry era muy cauto, incluso con sus halagos.

—¡Gracias, Harry! Pasé muy buenos momentos en esa pista de patinaje. La eché muchísimo de menos cuando la derribaron. Por aquel entonces, Pauline no me dejaba ir a los bailes. Aunque yo no me acuerdo muy bien de ti hasta que empezaste a jugar de *pitcher* en el equipo de Haverford. Todo el mundo se volvía loco con tus contorsiones. ¿Por qué dejaste el béisbol?

—Creo que soy demasiado perezoso —dijo, encogiéndose de hombros—. Aunque me gustaba jugar. Pero volvamos a la ópera. ¿Me reservarás las dos primeras semanas de abril? No estoy seguro de cuándo podré escaparme.

El joven Gordon observaba a Lucy mientras conversaban, y se decía que estaba

casi decidido. No se había precipitado, no había tenido prisa. No le agradaba la idea de casarse con la hija del relojero, cuando contaba con tantas y tan brillantes oportunidades. Pero, tal como había reconocido muchas veces, tendría que tragarse al relojero. Los dos últimos inviernos que Lucy pasó en Chicago, Harry tonteoó con montones de chicas en las ciudades a las que viajaba con su padre por asuntos de negocios. Y había llegado a la conclusión de que no había nadie como ella... al menos para él.

Al día siguiente tendría que abordar una situación bastante delicada. Harriet Arkwright, de los Arkwright de St. Joseph, iba a visitar a una amiga en Omaha, y había telefonado a Harry para pedirle que la acompañase a un baile. Harry había llevado las cosas demasiado lejos con la señorita Arkwright, cuyos favores halagaban a un hombre de provincias como él. Era una joven de buena posición en St. Joe. Su padre presidía el banco más antiguo y ella contaba además con una considerable fortuna personal, por parte de la madre. Si tenía veintiséis años y aún no se había casado, no había sido por falta de pretendientes. Harriet no tenía prisa por atarse a nadie. Dirigía su propio negocio con mucho éxito, viajaba mucho y disfrutaba de su independencia. Harry la tenía por una mujer de mundo: buen estilo, siempre a sus anchas y con esa especie de autoridad que proporcionan el dinero y la posición social. Pero era fea, ¡maldita sea! Se parecía a los hombres de su familia, y tenía una voz autoritaria y dura, ligeramente nasal, que jamás se suavizaba por nada. Nada de lo que Harriet decía tenía el menor encanto. Si le daba las gracias por unas rosas maravillosas, su tono estropeaba las flores.

A Harry le divertía jugar con la idea de cómo afectaría a su futuro un matrimonio como éste, pero en ningún momento había pensado que estuviera enamorado de Harriet. Curiosamente, la única chica que le producía un escalofrío profundo era Lucy, que vivía en su pueblo, era pobre como un ratón de iglesia, jamás lo adulaba y a menudo se reía de él. Cuando estaba con Lucy, la vida era distinta; ni más ni menos.

Y Harry cayó en la cuenta de que Lucy estaba creciendo. Había detectado el cambio a lo largo de las vacaciones. Se mostraba quizá un poquito más reservada. En el baile de Fin de Año, tuvo la impresión de que lo evitaba... y también a los demás. No es que se mostrara fría: nunca la había visto más adorable, más cariñosa con sus amigos de siempre. Pero estaba distinta. Brillaba en sus ojos algo que no compartió con él. Esta expresión regresaba en cuanto Lucy dejaba de hablar con alguien. Y cuando bailaron el vals, parecía como si mirase algo por encima del hombro de Harry —¡algo decididamente maravilloso!—, a pesar de que la multitud que abarrotaba el Masonic Hall era la misma de siempre, fascinada por la alfombra del Masonic. No le sería fácil a Harry olvidar esa noche de Fin de Año. Lo había visto con claridad. Lucy había dejado de ser una niña de pueblo, inocente y feliz; había emprendido un camino. A él más le valía no tardar en decidirse. Esa noche, en el tren, aunque Lucy

parecía ofrecerle toda su atención, en realidad no lo hacía.

El mozo vino a buscar el equipaje de Gordon y anunció que estaban llegando a Omaha. Lucy salió con Harry al pasillo, y hablaron en voz baja cuando el tren se detuvo. Él le cogió la mano y la miró con esos ojos azules y amables que parecían tan transparentes y ajenos a cualquier cálculo, hasta que el mozo ordenó: «Todo el mundo abajo». Harry la besó en la mejilla y bajó al andén. Ella lo vio decirle adiós con la mano mientras el tren volvía a ponerse en marcha.

Gordon tomó un coche de caballos hasta su hotel. Llevaba la barbilla hundida en el cuello del abrigo y sonreía a las farolas de la calle. Sí, se dijo, debía seguir recurriendo a la diplomacia con la señorita Arkwright todavía por algún tiempo, aunque sus acciones estaban a la baja. Se proponía cometer la suprema extravagancia de casarse por belleza. Se proponía tener una mujer que otros hombres envidiarían.

Lucy se desnudó deprisa, se metió en la litera y apagó la luz. Al fin estaba sola, tranquilamente tumbada en la oscuridad, y podía abandonarse a la vibración del tren, un ritmo que sugería huida, cambio, azar, una vida que marchaba rápidamente hacia delante. La sensación de libertad y rendición se apoderó de todo su cuerpo; se sentía como si estuviera en una bañera de agua tibia. La noche siguiente asistiría al recital de Clement Sebastian. En pocas horas podía uno recorrer esa distancia incalculable, desde el campo invernal y la vecindad hogareña, hasta la ciudad donde el aire temblaba como un diapason rebotante de posibilidades inimaginables.

Lucy guardaba en la cabeza un mapa muy personal de Chicago: una imagen borrosa, de humo, viento y ruido, con destellos de agua azul y algunos perfiles nítidos en mitad de la confusión; un alto edificio de la avenida Michigan donde Sebastian tenía su estudio —la zona del parque por el que a veces paseaban por la tarde—, la puerta de la catedral, de donde lo había visto salir una mañana, la sala de conciertos donde le oyó cantar por primera vez. Esta ciudad de sentimientos se alzaba en medio de la ciudad real como una composición definida: hermosa, porque todo lo demás resultaba difuso. Imaginó la escalera del Museo de Arte, eternamente inundada por la luz anaranjada del sol; la misma luz los inundó una tormentosa tarde de noviembre, cuando Sebastian salió del edificio a las cinco en punto y se detuvo junto a uno de los leones de bronce para subirse el cuello del abrigo, encender un cigarrillo y mirar vagamente a uno y otro lado de la avenida antes de llamar un taxi con la mano.

En su ronda de quehaceres diarios, mientras corría de un lado a otro de la ciudad, Lucy se encontraba a veces en lugares que elevaban de pronto su ánimo, que la hacían sentirse feliz sin saber por qué. Esa noche, tumbada en la litera del tren, Lucy pensó que se sentiría feliz en Chicago aunque Clement Sebastian no estuviera allí. Lo importante era que volvía «a la ciudad», al lugar donde se concentraban tantos recuerdos y tantas sensaciones, donde una ventana o un portal o una esquina con un significado mágico podían surgir de la niebla en cualquier momento.

IV

A la mañana siguiente Lucy se encontraba en Chicago, en su habitación, deshaciendo el equipaje y poniendo sus cosas en orden. Vivía de un modo algo peculiar, en una habitación sobre una panadería, en una de las sórdidas calles del río.

El primer año en la ciudad se alojó en una casa de estudiantes, pero no le gustó el ambiente, demasiado informal, ni la dama sureña venida a menos que regentaba la casa. Le dijo a su maestro, el profesor Auerbach, que no podría hacer nada hasta que se viera instalada a solas con su piano, sin oír voces alegres en el vestíbulo ni amistosas llamadas a su puerta. Auerbach llevó a Lucy a su casa, para consultarlo con su mujer. La señora Auerbach supo exactamente cómo resolverlo. Acompañó a Lucy a la panadería de la señora Schneff.

La panadería Schneff era todo un símbolo alemán en aquella zona de la ciudad. En la planta baja se encontraban la panadería y el restaurante casero especializado en comida alemana que dirigía la señora Schneff. En el ático había una fábrica de guantes, y las tres plantas intermedias estaban alquiladas por los Schneff a gente que no deseaba alojarse por demasiado tiempo: viajantes de comercio, oficinistas y ferroviarios que tenían que vivir cerca de la estación. La comida de la panadería era buena, y allí no había ni compañeros de mesa ni chistes en las comidas. Cada inquilino se instalaba en su propia mesa, se ocupaba de sus propios asuntos y leía su periódico. Lucy alquiló una habitación nada más verla, y por primera vez en su vida pudo entrar y salir como un chico, sin que nadie se preocupara por ella ni la agobiase. El edificio tenía sus inconvenientes, por supuesto. Los inquilinos entraban y salían por una escalera exterior que arrancaba desde la calle, junto a la entrada del restaurante; en invierno, el viento se colaba entre los pasillos... y podían entrar ladrones, aunque hasta la fecha no había ocurrido. Lucy no disponía de una salita donde recibir visitas. Cuando salía con alguno de los alumnos de Auerbach, el joven la esperaba en la escalera o en la puerta del restaurante.

Esa mañana, Lucy se sentía más contenta que nunca de encontrarse entre sus cosas y de vivir a su entera libertad. Tras deshacer las maletas, colocó y recolocó todo; no había mucho que ordenar. En cuanto despidió al mozo que le había subido el equipaje y cerró la puerta, sintió que volvía a su ser. Durante las vacaciones en Haverford no había sido ella misma; había intentado sentir y actuar como una persona que ya no era ella, como esos niños que siguen entreteniéndose con los juegos de siempre para agradar a sus mayores, cuando en su corazón ya han dejado de ser niños. Cuando volvía de la estación, bajo el picoteo del aguanieve, se preguntaba si alguna de las cosas que dejó en su habitación habría desaparecido en su ausencia, si no estarían allí para recibirla. A esa habitación había regresado una noche, tras escuchar por primera vez a Clement Sebastian, y en esa habitación lo había evocado

cada vez que lo veía por casualidad. Aquellas cuatro paredes encerraban todos sus pensamientos y sentimientos acerca de Sebastian. Sus recuerdos no eran independientes; todos se mezclaban y estaban siempre presentes. Hacían que la habitación pareciera más grande de lo que en realidad era, más tranquila y más segura; le daban un toque de austeridad.

Esa noche, como tenía previsto asistir al recital de Sebastian, cenó temprano en el restaurante de los Schneff. Cuando terminó de cenar y volvió a su habitación aún era pronto para vestirse. Se puso la bata, apagó la lámpara de gas y se tumbó a pensar.

Sólo tres meses antes, a primeros de octubre, el profesor Auerbach le había dicho que su viejo amigo, Clement Sebastian, estaba en Chicago, y que debía oírle cantar... Probablemente no se quedaría mucho tiempo. No podía perderse. Pero Lucy tenía poco dinero y muchas necesidades; un barítono no le pareció de las más urgentes. Pasó por alto el primer recital sin lamentarlo, pero las crónicas de la prensa y los comentarios de sus compañeros despertaron su curiosidad. Una semana más tarde, Sebastian daba un recital benéfico en favor de los supervivientes de un accidente en una mina. Auerbach le consiguió una entrada y Lucy fue sola al concierto. Se había vestido allí, en esa misma habitación, sin demasiado entusiasmo, con pocas ganas de salir de nuevo tras un día agotador. Encendió la calefacción de vapor, cerró el gas y bajó las escaleras, con muy pocas expectativas.

La personalidad de Sebastian fascinó a Lucy, incluso antes de que empezara a cantar, nada más salir al escenario. No era joven. De hecho era un hombre de mediana edad, de rostro serio y ojos grandes y cansados. Era alto, corpulento y ancho de hombros. Ocupaba una buena cantidad de espacio y lo llenaba sólidamente. El torso, enfundado en una camisa negra y un chaleco blanco, incuestionablemente ovalado, parecía la forma más idónea para aquel hombre. Lucy se dijo al punto: «Sí, un gran artista debe tener ese aspecto».

La primera pieza era una canción de Schubert que ella no conocía. La dicción era uno de los rasgos más notables del canto de Sebastian, y Lucy logró entender todas las palabras en alemán. Un marinero griego, que regresa tras un viaje, se detiene ante el templo de Cástor y Pólux, las estrellas de los navegantes, para agradecerles su protección. Ha gobernado su pequeña embarcación bajo su luz suave y protectora, *eure Milde, eure Wachen*^[1]. En señal de agradecimiento, cuelga su remo a modo de ofrenda en el pórtico del templo.

Sebastian interpretó la canción con religioso recogimiento, a la manera clásica, más como un rito que como una oración, como una noble salutación a unos seres tan sublimes que no cupiera en la invocación del marino ni humildad ni súplica alguna. «Bajo vuestra luz avanzo sin temor, ¡oh augustas estrellas! Saludo vuestra eternidad.» Ése era el sentimiento. Lucy jamás había oído cantar con un estilo tan elevado. Había en su calma, en su serenidad, una especie de iluminación profunda, como un

amanecer.

Sucedieron a esta invocación otras cinco canciones de Schubert, todas melancólicas. Lucy sintió que había algo profundamente trágico en aquel hombre. La oscura belleza de las piezas parecía una cualidad de la propia voz, como la bondad que puede encerrar una caricia. Era así de sencillo: como un ligero cambio en las aguas. Cuando Sebastian empezó a interpretar la última canción del ciclo *Der Doppelgänger* («Still ist die Nacht, es ruhen die Gassen»)^[2], fue como si la luz de la luna se derramara sobre una callejuela de la vieja ciudad alemana. La imagen se intensificaba a cada frase: la luz de la luna, profunda y serena, dormía en las casas de la gente, y en algún lugar, una nube negra y solitaria colgaba en el cielo nocturno. *So manche Nacht in alter Zeit?*^[3] La luna desaparecía, y la calle quedaba en silencio. Y Sebastian también desapareció, sin que ella fuera consciente de cómo había salido del escenario. La nube negra que había ocultado la luna de la canción había borrado también al cantante. No había nadie delante del telón de terciopelo gris, salvo el pianista pelirrojo, un joven cojo que cruzó el escenario arrastrando un pie.

La concentración de Lucy fue intermitente en lo que quedaba de recital. Por momentos escuchaba con suma atención, y al instante su pensamiento se encontraba muy lejos de allí. Luchaba contra algo que nunca había sentido. ¿Un nuevo concepto del arte? Se trataba de algo más próximo. ¿Una personalidad nueva? Era mucho más que eso. Era un descubrimiento sobre la vida, una revelación del amor como una fuerza trágica; no como un estado de ánimo enternecedor, sino como una pasión que ahoga igual que las aguas negras. Allí, desde su asiento, el mundo exterior le pareció oscuro y aterrador, lleno de temores y de peligros que hasta entonces no la habían rozado.

Una nota en el programa de mano indicaba que no habría bises. Tras la última canción, después de que el intérprete saliera varias veces a escena para recibir los aplausos del público, las luces del teatro se encendieron; pero la gente no se movió de sus butacas. Un bajo francés de la Ópera de Nueva York, que casualmente se encontraba en la ciudad y ocupaba un palco con un grupo de amigos, gritaba sin cesar:

—¡Clément! ¡Clément!^[4]

Finalmente el barítono volvió al escenario, con el abrigo en un brazo y el sombrero en la mano. Saludó a su colega, el bajo, con una reverencia, se apartó y habló con alguien a través de la puerta del escenario. Apareció el pianista cojo; intercambiaron unas palabras mientras continuaban los aplausos. Sebastian se acercó hasta el borde del escenario en la penumbra y empezó a cantar una vieja canción de Byron, «When We Two Parted»,^[5] una melodía triste, sencilla y antigua, que no exigía gran cosa del cantante, aunque es muy probable que quienes la escucharon esa noche no la olvidaran jamás.

Lucy volvió a casa y subió a su habitación, cansada y temerosa, con la sensación de que una barrera protectora había desaparecido, de que se había roto una ventana, por la que entraban el frío y la oscuridad de la noche. Se sentó sin quitarse la capa, temblando, y susurró una y otra vez la letra de la última canción:

*Cuando nos separamos
en silencio y con llanto,
el corazón deshecho
ya para tantos años,
se tornó tu mejilla fría y pálida,
y más frío tu beso;
segura de la pena
que esa hora traería.*

Sentía como si aquella canción fuese a tener consecuencias en su propia vida. Intentó olvidarla, pero le fue imposible. La canción la acompañaba como un mal presagio; no podía apartarla de su pensamiento. Y siguió sonando semanas en su cabeza sin que lo quisiera. Sus presentimientos resultaron ciertos. Sebastian había destruido muchas cosas para ella. A algunas personas les afecta lo que sucede con su vida o con sus propiedades, mientras que para otras es el destino lo que se cruza en sus sentimientos y en sus pensamientos... el destino y nada más.

El día siguiente al recital Lucy interrogó a Paul Auerbach sobre Sebastian, al principio con timidez y después con ferocidad. ¿Cómo había sido su vida? ¿Cómo era cuando era niño? ¿Qué lo hacía diferente de otros cantantes?

—Bueno, Clement es sin duda excepcional —dijo tranquilamente el profesor Auerbach—. Es un artista magnífico. —Esto exasperó a Lucy. Era como decir: eso es un caballo negro o eso es un árbol alto. Auerbach le prometió que algún día lo conocería, pero ese día no parecía llegar nunca.

Una tarde, pocos días antes de las vacaciones de Navidad, Auerbach entró en la habitación donde Lucy terminaba su lección con una alumna, y le anunció que tenía una sorpresa para ella. Sebastian estaría allí, en el estudio, al día siguiente, a las diez de la mañana. Su acompañante, James Mockford, debía operarse de la cadera en cuanto volviese a Inglaterra, y el médico quería que pasara las mañanas en la cama. Sólo podría continuar con su calendario de conciertos si se liberaba del trabajo rutinario. Sebastian buscaba alguien que lo acompañara en los ensayos. Iría a la mañana siguiente para probar a algunos alumnos de Auerbach, y Lucy tendría la oportunidad de tocar para él.

—Quiere alguien que sea joven y a quien le pueda enseñar, no alguien que intente enseñarle. Creo que tú podrías gustarle, Lucy. Le he hablado de ti.

Esa noche, como es natural, Lucy durmió muy poco. Nunca se ponía nerviosa cuando Auerbach le pedía que tocara para sus amigos; Auerbach le decía que eso le pasaba porque no era ambiciosa... y ése era su principal defecto. Pero esta vez era distinto. Si a Sebastian no le gustaba, Lucy probablemente no volvería a verlo. Si le gustaba... aunque esta posibilidad le asustaba todavía más que la anterior. Lucy se veía capaz de tocar muy bien para un cantante corriente, pero a Sebastian jamás podría acompañarlo. No tenía lo que él necesitaba. A las cinco de la madrugada había decidido no aparecer por el estudio; no quería correr el riesgo.

Con el desayuno recuperó el valor. Hoy sigue sin recordar cómo llegó al estudio de Auerbach, pero allí estaba. Cuando se acercaba a la puerta oyó a Sebastian cantando el «Largo al Factotum» de *El barbero de Sevilla*. Debía de ser John Patterson quien tocaba el piano. Entró sin hacer ruido. Su llegada fue más fácil de lo que imaginaba.

Terminada el aria, Auerbach le presentó a Sebastian, que se mostró sencillo y amable. Tomó su mano y la miró directamente a los ojos.

—¿Nos ponemos a trabajar sin más preámbulos, señorita Gayheart, o prefiere esperar un poco mientras el señor Schneller y yo probamos suerte?

—Prefiero ahora, si le parece bien —respondió Lucy con decisión.

Sebastian se echó a reír.

—¿Para terminar cuanto antes? No se preocupe. No es gran cosa. Podríamos probar con esta misma aria. Creo que no me ha salido demasiado bien.

El pobre Patterson se puso como un tomate; comprendió lo que el cantante quería decir.

—¿Ha tocado alguna vez el acompañamiento para el piano? —le preguntó Sebastian a Lucy, mientras ella se sentaba.

—No he tenido la ocasión, pero conozco la ópera.

Cuando hubieron terminado, Sebastian repasó sus partituras.

—¿Qué le parece si intentamos algo muy distinto? —Puso en el atril el aria «Visión fugitiva», de *Herodiade* de Massenet.

Después llamó al señor Schneller y Lucy se sentó en un rincón del sofá, recordando todos los errores que había cometido. Oyó que Sebastian daba las gracias a los dos jóvenes y le decía a Auerbach que eran dignos de su maestro.

—No os entretendré más, muchachos. Volveremos a practicar cualquier día de éstos. Voy a quedarme un rato con la señorita Gayheart; parecía un poco nerviosa y me gustaría que volviera a intentarlo. —Estrechó la mano de Schneller y Patterson, y éstos se marcharon. Luego cogió del brazo a Auerbach y se acercó con él al sofá donde estaba Lucy—. En conjunto, Paul, creo que la señorita Gayheart sería la mejor opción. Es un poco insegura, pero su estilo es el mejor con mucho.

Auerbach salió en su defensa.

—Normalmente no es insegura. Me ha sorprendido que se equivocara en Massenet. Lee muy bien a primera vista.

—Estaba aterrada, señor Auerbach —dijo Lucy con voz apenas audible.

El hombre corpulento, vestido con chaqué, le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Noto cuando alguien tiene miedo, querida. Lo he visto muchas veces. Lo importante es que no hace sonidos desagradables; eso me molesta mucho. Venga a mi estudio a la vuelta de las vacaciones y ensayaremos una hora juntos. Es la única manera de llegar a algo. ¿Cuándo termina sus vacaciones?

—El tres de enero —dijo Lucy.

—Muy bien. ¿Nos vemos el 4 de enero en mi estudio de la avenida Michigan? —Sacó una agenda del bolsillo para anotarlo—. Podría llevarse la partitura de *Elías*^[6] para prepararla un poco —volvió a mirarla intensamente, con una expresión muy amable—. Adiós, señorita Gayheart. Le deseo unas gratas vacaciones.

Ésta fue la última vez que Lucy vio a Sebastian.

En unos momentos asistiría a su concierto de Schubert, y a la mañana siguiente, a las diez, debía estar en el estudio del cantante.

* * *

Lucy saltó de la cama; ya era casi la hora de salir para el concierto. Se puso su único vestido de noche y la capa de terciopelo que había comprado justo antes de volver a casa en Navidad. Era muy bonita y le sentaba muy bien (se había arruinado para comprarla), pero abrigaba poco. Esa noche soplaba un viento gélido del lago, pero pensaba tomar un taxi, y en todo caso no le temía al frío. Le agradó mucho la sensación de envolverse los brazos y los hombros desnudos con una capa suave y ligera, y de adentrarse en el frío glacial, entre los martillazos de los obreros que derretían el hielo de las agujas en las vías de carga con sus antorchas de gasolina. Debía convertir el frío en un abrigo, sentirse caliente y despierta en lo más profundo de su gelidez, sin que la sangre dejara de fluir en aquel ambiente donde las rosas tardaban un segundo en helarse.

V

El recital se celebraba en una sala pequeña, ante un auditorio de alemanes y judíos. Lucy llegó muy temprano y pudo cambiar su asiento (al lado de Auerbach) por otro del fondo. Escondida tras una columna, podría sentirse mucho más a solas. Nunca había oído cantar el ciclo *Die Winterreise*^[7] completo, como una pieza integral. Lo escuchó como si se cantara por vez primera, como una creación nueva, y atribuyó al artista mucho de lo que pertenecía al compositor. Lucy no dejaba de sentir que aquello no era una interpretación sino una creación pura, con un hombre y una naturaleza detrás de cada canción. El canto no parecía tener ningún dramatismo conocido para ella. Sebastian no se identificaba con la melancolía juvenil; se presentaba ante el público como si fuera un recuerdo que no debía acercarse demasiado al presente. Parecía mediar una gran distancia entre el cantante y las escenas que evocaba con su canto, una amplia perspectiva.

Esa tarde, Lucy intentó prestar un poco de atención al pianista: tenía que hacerlo puesto que iba a ocupar su lugar al día siguiente. Ya en el concierto anterior tuvo la impresión de que nunca había oído a nadie acompañar tan bien a una voz. «Die Krähe», «Der Wegwiser»^[8]... había algo asombroso en los dedos cortos y sugerentes del joven intérprete. Lo admiraba, aunque no le gustaba. ¿Estaba ya celosa de él? No, algo en el físico del pianista le causaba cierto malestar. Era peculiar... demasiado peculiar. Tenía esa piel muy blanca que a veces acompaña a los pelirrojos, y esa tarde, ante el telón de terciopelo verde oliva, sus rasgos parecían borrarse por completo. Su rostro era como un puñado de harina lanzado contra el telón. Tenía la cabeza muy plana en los lados, y el pelo rojo parecía sostenerla con una corona de rizos tenaces, aunque no rígidos. Recordó haber visto rizos así en algunas estatuas del Museo de Arte. Por alguna razón le desagradaba la manera que tenía el pianista de moverse en el escenario. La cojera le daba un aire vacilante y débil, «como un trapo andante», pensó Lucy. Era ruin menospreciar a un hombre por su enfermedad; además, si él no fuera cojo, ella no tendría la oportunidad de ir al día siguiente al estudio de Sebastian, ni habría llegado a conocerlo. ¡Qué extraño que la cadera de James Mockford le ofreciera la ocasión más importante de su vida!

Terminado el concierto, Paul Auerbach se acercó a ella, con su traje pasado de moda y su corbata de batista blanca.

—Voy a pasar por el camerino, Lucy. ¿Quieres acompañarme?

Lucy vaciló y dijo:

—No, gracias, señor Auerbach, casi prefiero no ir. ¿De verdad cree que él me espera mañana?

VI

A la mañana siguiente, Lucy caminaba en dirección a la avenida Michigan. Se sentía feliz, pero también asustada: no podía concentrarse en nada. Los pensamientos se le escapaban y salían disparados como flechas a la luz del sol, saltaban por encima de los altos edificios. A las diez en punto entró en el Arts Building y anunció al portero que tenía una cita con el señor Sebastian. El portero llamó el ascensor y Lucy subió hasta la sexta planta. Cuando levantó el llamador de bronce, el propio Sebastian abrió la puerta.

—La estaba esperando —dijo—. Sabía que ya había vuelto porque anoche la vi entre el público, escondida detrás de una columna. ¿Le gustó el concierto? —Cogió la capa de Lucy para colgarla—. Será mejor que se quite también el sombrero. Estará más cómoda.

La sala de música se encontraba directamente a continuación del vestíbulo, separada sólo por una puerta. Era una habitación muy espaciosa y llena de luz, en la que predominaba el color granate, en alfombras, cortinas y asientos. El piano se encontraba frente a la puerta, entre dos ventanas.

Sebastian notó que Lucy no se fijaba en nada; probablemente volvía a estar asustada.

—¿Empezamos? Ya charlaremos después. Trabajaremos un poco el *Elías*. Pronto tendré que ir a St. Paul para interpretarlo con una sociedad dedicada al oratorio, y hace mucho tiempo que no lo canto.

Lucy se sentó al piano, mientras Sebastian colocaba las partituras en el atril y pasaba las páginas.

—Antes de empezar con mi parte, haremos el aria del tenor. Es una tesitura muy alta para mí, pero me gusta cantarla —señaló la página y empezó a cantar—: «Si lo buscas con todo tu corazón...». La introducción es muy bonita. ¿No le parece? Empezaremos justo por aquí —dijo, inclinándose para señalarlo con el dedo.

Mientras cantaba, Sebastian paseaba por la habitación con sus mocasines de piel de alce, con las manos en el bolsillo del esmoquin. Lucy sólo pensaba en la partitura que tenía delante. Una hora y media transcurrió muy deprisa. Cuando pensaba que las cosas empezaban a salir mejor, Sebastian le puso una mano en el hombro.

—Ya es suficiente por hoy, señorita Gayheart. Ha estado muy bien para ser el primer ensayo. ¿Nos vemos mañana a la misma hora? Y no se ponga nerviosa. Lo que quiero sobre todo es elasticidad. Debe aprender a captar rápidamente el matiz de los tempos. Si ve que me pongo excéntrico, sígame. Si lo hago es porque tengo una razón, o creo tenerla. ¿Le parece que nos sentemos al lado de la chimenea y tomemos un vaso de oporto y una galleta? Hemos trabajado mucho.

Lucy se levantó para acercarse a la silla que él le indicaba. De pronto se sentía

cansada. Sebastian bajó un poco los toldos, hasta que la luz del sol cayó sólo sobre las alfombras y la rejilla de bronce de la chimenea. Trajo una bandeja con una jarra y unos vasos y se sentó enfrente de Lucy, recostándose en la silla, con los pies hacia el fuego.

—¿Ha escuchado alguna vez el *Elías* bien interpretado, señorita Gayheart?

Lucy le dijo que no lo había escuchado nunca.

Sebastian sonrió con indulgencia.

—Mendelssohn está pasado de moda. ¿Qué está de moda hoy? Supongo que Debussy. ¿Ha notado que la gente se interesa por la música principalmente para tener algo de lo que hablar en las cenas?

Lucy respondió que no lo sabía; ella no asistía a cenas, no conocía a nadie en Chicago, aparte del profesor Auerbach y algunos de sus alumnos.

—¿Y en su zona del país también es igual?

—Creo que mi padre es la única persona del pueblo a quien de verdad le interesa la música. Dirige la banda municipal y da clases de clarinete.

—¿Su padre es profesor de música?

—No exactamente. Es relojero, pero toca muy bien el clarinete y la flauta, y un poco el violín.

—Alemán, ¿verdad? Eso está bien. Un relojero alemán que toca la flauta parece un buen padre.

Sebastian le preguntó cómo había llegado a Chicago y cómo había acabado estudiando con Auerbach. Lucy comprendió que sus preguntas no eran accidentales, que de veras deseaba saber algo sobre su vida, y superó su timidez.

Mientras conversaban, la puerta se abrió suavemente, y un hombre bajito con una chaqueta blanca muy almidonada y unas silenciosas zapatillas de tenis, cargado con varios abrigos en perchas, cruzó la habitación y desapareció en el dormitorio.

—Es Giuseppe, mi mayordomo —explicó Sebastian—. Venga a ver lo bien que se ocupa de mí —abrió la puerta y condujo a Lucy hasta el dormitorio—. Giuseppe, ésta es la *signorina* que me acompañará hasta que el señor Mockford se encuentre mejor. Quiero que vea cómo vivimos.

—*Si, si, signore.* —Giuseppe sonrió de buena gana y se apartó del armario, mostrando las hileras de chaquetas y pantalones como un guía en una galería de arte. Cuando le pareció que Lucy las había observado suficientemente, hizo una floritura con la mano hacia el tocador y la cama, de impecables contornos.

—Sí, lo tiene todo muy ordenado. Si viera usted los cajones de mi escritorio, los encontraría exactamente igual que los suyos. También me prepara el desayuno y me lo trae.

Giuseppe tenía las manos entrelazadas sobre el estómago y sonreía como un niño elogiado. Su rostro era casi infantil, aunque tenía el pelo fino y descolorido, y la

frente alta y roja (como un cuenco) estaba surcada por profundas arrugas de derecha a izquierda. Momentos después, cuando el mayordomo salió a la sala de música para avivar el fuego, Lucy le preguntó a Sebastian si Giuseppe llevaba mucho tiempo con él.

—Lo contraté en Londres, antes de venir aquí. Era *valet de chambre* en un hotel de Florencia. Nunca he tenido mejor servicio. Fíjese que esas arrugas que tiene en la frente son el resultado de sus desvelos por los abrigos, los zapatos y los desayunos de otras personas. No tengo un solo amigo en el mundo que hiciera por mí lo que hace este hombre.

Algo en la manera en que dijo estas palabras produjo en Lucy un ligero abatimiento. Casi deseó ser Giuseppe. A fin de cuentas, eran las personas como él las que de verdad importaban a los artistas, no sus admiradores.

Poco después, cuando salió del estudio, Lucy se encontró con el mayordomo italiano en el vestíbulo, delante de un cajón dividido en compartimentos. Ordenaba los guantes; en uno los blancos, en otro los tostados, en otro los grises. Pensó que un hombre debía ser rico y tener mucho éxito para vivir con aquel orden tan hermoso.

Cuando volvió a su habitación, después de almorzar, la miró con cariño y compasión. Bajó las cortinas, abrió un poco las ventanas y se acostó en la cama, demasiado cansada para sentarse y demasiado excitada para dormir. Cosas en las que apenas había reparado en su momento le venían precipitadamente a la cabeza: la bata colgada en una silla, los objetos de plata sobre el tocador, la esponjosa suavidad de las mantas de color rosa que el mayordomo estaba doblando sobre la cama, y aquellos guantes en el cajón. Era evidente que nada se acercaba a Sebastian lo suficiente para empañar su elegancia personal. Jamás había conocido a un hombre que viviera de ese modo.

Harry Gordon era rico, desde luego; poseía coches y caballos de pura raza, trineos y armas, y se hacía los trajes en Chicago. Pero sus cosas saltaban a la vista y no eran parte de él. Sus abrigos resultaban ásperos al tacto, sus sombreros rígidos. Era tosco, como todas las personas que conocía. Un hombre cabal, decían en casa, sencillo y poderoso en su pueblo, aunque en la gran ciudad adoptaba un aire algo presuntuoso, como si temiera pasar desapercibido entre la multitud. Recordó el aspecto de Sebastian a contraluz, con sus zapatos completamente planos y su chaqueta de terciopelo vieja. Se mostraría igual ante cualquier situación del mundo. Su sencillez parecía residir en lo mucho que había vivido y en lo mucho que había conquistado. Bastaba con arañar un poco su vida, siquiera ligerísimamente, para que sonara una campana profunda; uno sentía todo lo que no era posible oír.

VII

Acordaron que ensayarían todas las mañanas mientras Sebastian estuviera en Chicago. Lucy despertaba con una ligereza de ánimo que le daba la impresión de haber pasado la noche flotando en una nube dorada. Tras quedarse inmóvil unos instantes, para experimentar el placer físico del momento de salir del sueño, corría por el pasillo frío para darse un baño antes de que los demás inquilinos de la planta empezaran a moverse. Entraba en la panadería, y el aroma del café le resultaba delicioso. La señora Schneff atendía principalmente a los huéspedes que llegaban primero, con un vestido a cuadros azules y un delantal blanco. Le preguntaba a Lucy «cómo es que» ahora desayunaba con más apetito que antes. Lucy se reía y le decía que ahora ganaba más dinero. «Eso está bien», decía la rolliza panadera, en tono aprobatorio.

Después de desayunar, subía a recoger la habitación. Nunca lograba que su cama resultara tan alta y lisa como la de Giuseppe, pero es que ella no tenía un colchón de muelles y unas mantas suaves como la piel.

El tiempo era milagroso para el mes de enero. Lucy salía muy temprano hacia la avenida Michigan, y tenía más o menos una hora de paseo por la orilla del lago hasta el Arts Building. Había muy poco hielo en el agua ese invierno, y el fondo azul del lago, rizado de oro, parecía el propio día, tendido ante Lucy, intacto y hermoso. Mientras andaba, con el cuello subido para protegerse las mejillas del viento, le costaba creer que hubiera algo en el mundo que no pudiese alcanzar si se lo proponía. El aire cortante que llegaba del agua le hacía sentir el fuego de la vida; era como beber fuego. Tenía que darle la espalda para poder respirar.

A las diez en punto entraba en el estudio, llevando consigo la frescura de la mañana al hombre que se levantaba tarde y no salía hasta el mediodía. Se calentaba las manos en la chimenea mientras él terminaba de fumar un cigarrillo. Si Sebastian se retrasaba vistiéndose, era Giuseppe quien le abría la puerta, con el trapo del polvo colgado del brazo, y recogía su abrigo mientras le comunicaba que el «maestro» saldría *subito, subito*. La llamaba *signorina Lucia*. Cuando ellos dos empezaban a trabajar, Giuseppe pasaba al dormitorio y dejaba la puerta entreabierta para escucharlos.

Una mañana, cuando Sebastian terminó de cantar «It is enough... I am not better than my fathers»^[9], Lucy se volvió bruscamente a mirarlo. Nunca se permitía hacer el menor comentario (sabía que a él no le agradaría), pero sí, a menudo, algún movimiento corporal para aliviar la tensión. En la puerta del dormitorio estaba Giuseppe, con las manos enrojecidas entrelazadas sobre el estómago, la cabeza inclinada, el rostro alerta y los ojos pequeños y rápidos fundidos en reposo y gravedad. Sacó la bolsa con la colada de detrás de la puerta y, apoyando sólo un

momento la punta del pie, miró a Sebastian directamente a los ojos. «*Ecco una cosa molto bella!*», dijo con voz grave, antes de desaparecer en el vestíbulo.

Lucy descubrió que Giuseppe empezaba a ser para ella una especie de protector entre tantas cosas nuevas y extrañas. En varias ocasiones lo encontró en la calle, haciendo sus recados con un sombrero de fieltro y un abrigo gris que le venía demasiado largo. Al verla se descubría, y su expresión, todo su cuerpo, manifestaban auténtico asombro y agrado, como si el hecho de que pudieran encontrarse fuera extraordinario, casi sobrenatural.

La relación de Lucy con Giuseppe progresaba rápidamente, mientras que con Sebastian no parecía haber pasado del primer día. El artista se protegía tras sus modales corteses, algo traviosos y muy profesionales, tan perfeccionados que podían seguir actuando mecánicamente cuando él se aletargaba o se abstraía por completo. Su amabilidad desconcertaba a Lucy y la desalentaba mucho.

Cuando veía a Sebastian por azar, en la calle o en el parque, su expresión le parecía intimidante. A veces le parecía indiferente y severo, aunque en más de una ocasión lo interpretó como melancolía. Mientras ensayaban, todo eso desaparecía. Sebastian recibía a Lucy con una sonrisa y se mostraba cordial y afable en todo momento. Sin embargo, ella se marchaba con la sensación de que el otro hombre, ése al que a veces veía en secreto, era el verdadero.

Ciertos incidentes sin importancia fueron quebrando gradualmente las reservas del cantante. Un día, cuando Lucy pasaba por la orilla del lago de la avenida Michigan, vio a Sebastian ante una ventana abierta, mirándola. Se inclinó levemente y la saludó con la mano. En lo sucesivo, la esperó en la ventana todas las mañanas. Esto supuso una diferencia en el modo de recibirla en la puerta, como si ya se hubieran encontrado en la calle y hubiesen subido juntos al estudio. Lucy detectaba en sus ojos un mayor interés cuando le tomaba la mano, y él la miraba como si le trajera algo agradable. Un día se lo dijo. Ella acababa de dejar el sombrero en la mesita del vestíbulo. Sebastian lo cogió, acarició la piel marrón, y deslizó las puntas de los dedos sobre la pluma fina, alabeada y roja.

—¿Sabe? Me gusta ver pasar por la calle esta pluma roja. Espero el momento de verla aparecer, y sería una decepción terrible que no se presentara. Da la impresión de que andar bajo el frío es lo más delicioso del mundo para usted. Montaigne dice en alguna parte que, en la primera juventud, la alegría de la vida reside en los pies. Usted me recuerda ese pasaje, Lucy. Lo había olvidado.

Sebastian le contaba anécdotas divertidas. No tenía la costumbre de hacerlo, pero le gustaba verla reír. Nunca lo decía (creía que los cumplidos tenían un efecto desastroso en el encanto de cualquier expresión natural), y provocaba la risa de Lucy tan sólo por su propio placer. Una risa hermosa era ciertamente rara; cuando ella se marchaba, Sebastian cerraba los ojos con fuerza e intentaba imitar aquella risa. Nada

lo acercaba tanto a ella como esta respuesta física puramente espontánea.

Lucy estaba más o menos al corriente de la vida exterior de Sebastian por las conversaciones que le oía al teléfono. Cuando terminaban el ensayo, él siempre la obligaba a descansar antes de salir al frío de la calle. Se sentaba a charlar con ella, y muchas veces el teléfono les interrumpía; la operadora del edificio no pasaba ninguna llamada hasta después de las once y media. Lucy no podía evitar escuchar sus respuestas y a veces se enteraba de sus compromisos y de sus asuntos profesionales, de quiénes eran sus amigos. Cuando Sebastian hablaba con una mujer, la conversación era por lo general suave y tranquilizadora, como si la dama que se encontraba al otro lado de la línea estuviera nerviosa o se mostrara muy insistente. Decía las mentiras más transparentes para declinar invitaciones, sin molestarse siquiera en que pareciesen plausibles; pero siempre añadía algo agradable, se acordaba de preguntar por la encantadora hija de la dama o agradecerle la recomendación de un libro que le había gustado mucho. Su agente, Morris Weisbourn, lo llamaba a diario en cuanto la línea estaba disponible. La conversación solía ser muy breve, pero una mañana, al responder la llamada de Weisbourn, Lucy detectó un súbito cambio en su tono.

—¿Qué me dices, Morris? ¿Cuándo llegó esa carta?... No, ella no me dijo nada. En nuestra correspondencia no hablamos de asuntos profesionales, para eso estás tú... Envíale un cheque por la cantidad que indica, hoy mismo, sin demora... Naturalmente que puedo. Límitate a aplazar las facturas... Muy bien, nos vemos en el Auditorium para almorzar, te extenderé un talón.

Volvió del teléfono, encendió un cigarrillo y reanudó la historia que le estaba contando sobre su primer encuentro con Debussy. Sin embargo, había en su sonrisa algo deprimente y antinatural, y Lucy se marchó en cuanto pudo.

Supo, como si se hubiera pronunciado un nombre, que la mujer que escribía pidiendo dinero era la señora Sebastian, y lo encontró vergonzoso. Él siempre hablaba de su mujer como un caballero y con mucha admiración. Lucy le oyó explicar por teléfono a un amigo recién llegado de Oriente que la señora Sebastian no estaba con él porque temía el invierno de Chicago. Cuando le contaba a Lucy algo que su mujer y él habían hecho o visto juntos, parecía recordarlo con agrado, se animaba y se ponía contento. Pese a todo, Lucy estaba segura de que las cosas ya no eran así entre ellos. Tal vez por eso parecía infeliz.

En compañía de Lucy, la actitud de Sebastian era la de un hombre que disfruta de la vida sin dificultad, aunque con cierta tolerancia. Parecía sentir un afecto sincero por algunas de las personas que lo llamaban por teléfono, y Lucy sabía que apreciaba mucho a James Mockford, «uno de los pocos amigos que aún conservaba a pesar del tiempo y de los cambios», según señaló en cierta ocasión. No obstante, parecía cuidarse mucho de acercarse demasiado a los demás. Lucy tenía la sensación de que

estaba desencantado de algo... o de todo.

Llevaba casi tres semanas acompañándolo al piano cuando por puro accidente volvió a ver esa faceta de él, normalmente oculta por su genialidad. Una tarde, Giuseppe pasó por su habitación para entregarle una nota de Sebastian. No estaría en el estudio al día siguiente, pues debía acudir a los funerales de una amiga.

Hojeando el diario vespertino, Lucy supo que madame Renée de Vignon, una cantante francesa que regresaba de California, había muerto en su hotel la noche anterior tras una enfermedad de apenas veinticuatro horas. Las exequias se celebrarían a las once de la mañana en la pequeña iglesia católica situada en las inmediaciones del hotel. Posteriormente, sus restos mortales serían trasladados a Francia.

Esa mañana, poco antes de la hora anunciada, Lucy se coló en la iglesia. No había demasiada gente, y en seguida distinguió a Sebastian en la penumbra. Estaba arrodillado y se cubría el rostro con las manos. Cuando el órgano empezó a sonar suavemente y las puertas se abrieron para dar paso a los portadores del féretro, Sebastian levantó la cabeza y se volvió para mirar el ataúd, que entraba en la iglesia cargado por seis hombres. Un cortejo de sacerdotes y monaguillos con incensarios lo acompañó hasta el altar. Sebastian no apartaba la vista del féretro: volviendo lentamente la cabeza, lo seguía con una mirada que produjo escalofríos en el corazón de Lucy. Había en sus ojos una expresión terrible, de angustia y desesperación, y de algo parecido a la súplica. Todos los rostros se habían vuelto respetuosamente hacia el cortejo, pero el suyo destacaba especialmente, por la peculiaridad y la fuerza de su sentimiento. Se había olvidado de sí mismo, de dónde estaba y de que tal vez lo estuvieran mirando. Lucy sintió como si una oleada de negra desesperanza invadiera la iglesia, arrastrando a Sebastian tras el féretro, sin que el clero ni los fieles fueran conscientes de lo que ocurría. ¿Habría sido esta mujer una amiga muy querida para él? ¿O era la propia muerte lo que le horrorizaba... la muerte en un país extraño, en un hotel, lejos de todos sus seres queridos?

Pasó todo el servicio arrodillado. De cuando en cuando sacaba un pañuelo para enjugarse la frente, pero no levantó la cabeza ni la espalda, amplia y negra, hasta que el féretro volvió a ser trasladado hacia la puerta. Al verlo pasar junto a él, le dirigió una mirada larga y triste, con los ojos entornados. Fue de los primeros en salir de la iglesia. Cuando Lucy llegó a las escaleras de la entrada, lo vio ya bastante lejos, caminando deprisa, erguido y tenso.

En una ocasión anterior, en el mes de noviembre (¡cuánto tiempo parecía haber transcurrido!), Lucy lo había visto salir de una iglesia, de la catedral, cuando por azar pasaba por allí. Lo vio bajar las escaleras deprisa y enfilarse directamente hacia el norte, sin buscar un taxi como tenía por costumbre. A juzgar por su expresión, Lucy tuvo la certeza de que acababa de asistir a un servicio religioso. Entró en la catedral y

vio que no se estaba celebrando ninguna misa, que no había siquiera una docena de personas en el edificio, aunque estaba segura de que era un propósito relacionado con las necesidades de su alma lo que había llevado a Sebastian hasta allí.

VIII

Sebastian y Mockford salían de la ciudad los fines de semana para dar algún recital. El cantante telefoneaba a su pianista y se citaban a primera o a última hora de la tarde, pero Mockford nunca pasaba por el estudio durante los ensayos, y Lucy se alegraba de que así fuera. Nunca lo había visto fuera del escenario. Una mañana, cuando Sebastian le dio a Lucy algunas canciones de *Die Winterreise* y le pidió que les echara un vistazo, ella suspiró y sacudió la cabeza.

—Me temo que no servirá de mucho. Después de oírse las tocar al señor Mockford, creo que debo limitarme sólo a leerlas.

Sebastian se echó a reír.

—Jimmy es un genio con esta música, ¿verdad? No creo que Schubert las escuchara nunca tan bien interpretadas. Acaso en su imaginación. Jimmy no es especialmente bueno con Mozart o los compositores italianos, pero cuando se trata de auténtico *lied* alemán, nunca falla. Me ha enseñado muchas cosas.

El día en que Sebastian debía salir para sus conciertos en Minnesota y Wisconsin, Lucy pasó por el estudio a despedirse. Fue Mockford quien le abrió la puerta y la invitó a pasar. Lucy retrocedió, y de buena gana habría salido corriendo.

—Por favor, pase, señorita Gayheart. Es usted la señorita Gayheart, ¿verdad? Clement ha salido un momento al estudio de Allston. Permítame, por favor. —Le quitó la capa, esperó a que entrara en la sala de música, y la siguió renqueando.

Mientras retiraba una silla para ella y atizaba las brasas, Lucy lo vio por primera vez a la luz del día. Le había parecido hasta entonces muy joven, casi un muchacho. Esa mañana no le pareció joven, sino enjuto, nervudo y duro. Hasta la piel blanca parecía más dura, ligeramente acorchada, con un tinte amarillo donde la navaja no había apurado lo suficiente. El pelo rojo cobrizo se ceñía a su cabeza con la perfección de una peluca de buena calidad.

—Me alegro de conocerla, señorita Gayheart. Me alegro de tener la oportunidad de darle las gracias por sustituirme. —Se sentó y miró a Lucy con deliberación, y ella le devolvió la mirada. En el momento de abrirle la puerta, la luz iluminaba a Mockford desde atrás y Lucy no pudo verle los ojos. Podía decirse que eran de color avellana, aunque ese día eran decididamente verdes, de un verde frío y brillante, y algo inquietos. Fue el primero en bajar la vista tras examinarse el uno al otro. Se levantó de prisa, pero sin brusquedad, y bajó un poco los toldos. Mientras volvía a su asiento empezó a decir—: Es un fastidio tanto médico y tanta interrupción. Ni Sebastian ni yo emprendimos esta gira con muchas ganas. En todo caso, parece que él se las arregla muy bien con usted.

—No creo que llegue a tanto. Yo no tengo experiencia. Hago lo que puedo. — Lucy no supo si Mockford pretendía ser condescendiente o simplemente desahogarse

a su antojo. Tuvo la impresión de haberle inspirado disgusto desde el primer momento, como él a ella.

—Le gusta mucho conocer gente nueva. El caso es que Clement no puede trabajar con alguien que no le resulte simpático. La probabilidad de encontrar precipitadamente a una persona así siempre va en contra nuestra.

Lucy se sonrojó, pero no dijo nada. Miraba las manos de él, blancas y cubiertas de pecas, que reposaban en los brazos del sillón forrado de terciopelo rojo. Los dedos eran cuadrados e insólitamente cortos en un pianista, pero la palma de la mano era notable.

—Habla muy bien de usted —dijo Mockford, disparándole una mirada con sus ojos verdes—, y el hecho de que usted siga viniendo debe de ser bueno para él, un cambio. No encuentra mucho con lo que distraerse aquí. Lo cierto es que se muere de aburrimiento. Yo no era partidario de hacer este viaje, pero él necesita el dinero. Además, se aburriría igualmente en cualquier parte. Debe saber que aquí no es el mismo artista que en casa, en Inglaterra, y en el resto de Europa.

—¿Lleva usted mucho tiempo con él, señor Mockford?

—Sí, con intervalos, pero mucho —dijo con indiferencia—. De vez en cuando la señora Sebastian se encapricha con un nuevo pianista, y Clement lo prueba. Pero hasta el momento ninguno le ha convencido.

—¿Entiende de música, la señora Sebastian?

—¡Desde luego! Es una de las hijas de sir Robert Lester —miró a Lucy, para ver si esto le aclaraba algo. Comprendiendo que no, murmuró—: Fue uno de nuestros mejores directores. El pianista que acompañe a Clement debe entenderse bien con ella, si se refiere a eso.

Lucy volvió a ponerse colorada.

—No, no me refería a eso. Sólo quería saber si ella se interesa mucho por esa faceta de él.

—Yo diría que se interesa por todas. Estaba acostumbrada a dirigir la casa de su padre. Se le da muy bien. —Frunció la nariz corta y parpadeó, como deslumbrado por una luz intensa.

Había en Mockford algo que fascinaba a Lucy. Parecía hecho para el escenario, y sin embargo estaba allí sentado, vestido de una manera completamente convencional, salvo por la camisa de seda verde y la corbata de lazo del mismo color. No podía evitar su aspecto extravagante: era su naturaleza; y Lucy no sabía si a él le agradaba o le disgustaba ser especial. Había en su trato una desconcertante mezcla de timidez y de descaro. Una cosa saltaba a la vista: no se sentía cómodo en compañía de Lucy, y a ella le ocurría exactamente lo mismo. Lucy estaba a punto de levantarse cuando oyó que alguien hurgaba en la puerta. Resultó que no era Sebastian, sino el conserje, que venía con los billetes de tren. Se los dio a Mockford, le anunció a qué hora salía el

tren y cuándo los esperaría el taxi en la puerta.

En cuanto el conserje se hubo marchado, Lucy se levantó y dijo que no podía esperar más. Les deseó buen viaje a los dos y pidió que el señor Sebastian le comunicara si volvería a necesitarla.

—Le enviará un telegrama, sin duda. Estaremos fuera algo más de ocho días; tenemos dos oratorios y tres recitales. Lamentará prescindir de usted, aunque es muy frecuente que olvide sus compromisos.

Mientras bajaba en el ascensor Lucy se preguntaba si alguna vez volvería a subir en él.

Tenía miedo de conocer a Mockford, pero en ningún momento se figuró que este encuentro minaría su valor y heriría sus sentimientos. Le indignó que él se hubiera formado una opinión acerca de ella o de su relación con Sebastian. Era la primera vez que una tercera persona aparecía en su pequeña escena, y lo encontró detestable. El pianista y el cantante habían hablado de ella. Tal vez fuera natural, pero le dolía de todos modos. Y había algo más que le molestaba. Tenía la sensación de que aquel hombre tan extraño, que no era ni joven ni viejo, aquel hombre tan pintoresco y un poco repulsivo, no era del todo de fiar. Si ella le hubiera dado pie, habría hablado sin rodeos de la señora Sebastian, y se refería a Sebastian con demasiada familiaridad. Le pareció tremendamente egoísta y fatuo, además de celoso del hombre al que llamaba «Clement». Quería quitarse de la cabeza su cara blanca.

Mientras se alejaba a paso ligero, pensó en todos los errores que había cometido. Mockford le había hecho ver su propia posición como seguramente debía de verse desde fuera. Le había hecho sentir que una chica de pueblo, inexperta y sin ninguna educación, no debía aspirar a trabajar para Sebastian.

En ese caso, ¿por qué no habían buscado a un pianista profesional? Los había a montones en Chicago. Era una farsa que ella estuviese tocando para Sebastian; ¿cómo había llegado a verse metida en aquel asunto? Acudió por primera vez al estudio del cantante porque él se lo pidió; se encontró muy a gusto allí, y volvió a diario. Él parecía complacido y divertido, y la trataba con mucha amabilidad. Lucy tenía incluso la impresión de que a Sebastian le gustaba que ella fuese joven e ignorante, y no demasiado inteligente. La suya era una relación accidental entre alguien que lo tenía todo y alguien que no tenía nada; y a nadie más concernía. Lucy se había visto de pronto en el centro de la vida de aquel hombre, y robaba todo lo que podía de ella, del presente y del pasado. El hecho de acompañarlo al piano no era sino fantasía; y su amistad acaso también lo fuera. Todo era irreal, menos los sentimientos de Lucy. Eso era real.

Esa tarde, Lucy tenía que dar dos clases en el estudio de Auerbach. El tiempo cambió durante esas horas, y una triste lluvia invernal se adueñó de la ciudad. Estaba acostumbrada a volver a casa bajo la lluvia; salió del estudio y emprendió su camino,

pero al cabo de un rato cayó en la cuenta de que iba en dirección contraria y muy pronto se encontró en el otro extremo de la avenida Michigan. Se puso a dar vueltas en la acera contraria por delante del Arts Building, observando las luces en las ventanas de Sebastian. Al cabo de un rato las luces se apagaron. Vio que el portero sacaba un baúl, cargado a hombros, y lo metía en un taxi. Sebastian y Mockford salieron a continuación y se quedaron charlando bajo la marquesina mientras bajaban el resto del equipaje. Sebastian dio una propina al portero y al mozo, ayudó a entrar en el coche al hombre tullido y subió tras él. El taxi arrancó, y Lucy se sintió abatida y sola en el mundo.

Recorrió la ciudad despacio, hallando cierto consuelo en las calles abarrotadas y en la gente que pasaba corriendo y tropezaba con ella, huyendo de la lluvia. Pensó que en la ciudad había espacio en abundancia para estar a solas; nadie se fijaba en nadie. Y, si uno se consumía, también se consumían los demás; no estaba consumiéndose solo en el último rincón de la pradera. Tuvo la sensación de que nunca había visto tanta gente triste y sin fuerzas. Los vagabundos se cobijaban en los portales, empapados como los caballos. Pasó al lado de un anciano que se calentaba en el vapor que salía por una rejilla de hierro en la acera.

Normalmente pasaba por estas calles y sus pensamientos iban por delante de ella, como un niño detrás de un globo; no le importaba el frío: ni el suyo ni el de nadie. Pero esa noche todos le parecían compañeros, y sentía una especie de humilde afecto por ellos.

IX

Sebastian llevaba nueve días fuera, y Lucy empezaba a preguntarse si volvería a verlo. Le había enviado un cheque, sin una palabra, junto con una nota para Auerbach. Era mucho dinero, y le pareció que la estaban despidiendo. No lo había cobrado; seguía en el primer cajón de su escritorio.

Estuvo muy ocupada: recibió cuatro clases de Auerbach, dedicó a sus alumnos el tiempo habitual y practicó con mucho tesón. Pero su corazón estaba en otra parte. Probablemente Sebastian hubiese encontrado un pianista mejor, o tal vez James Mockford volvía a encontrarse en condiciones de reanudar su trabajo. Cuando coincidió con él en el estudio, mientras Mockford le daba la espalda para recoger su abrigo, lo vio reflejado en el espejo que había sobre la mesa y captó la extraña sonrisa que cruzó por un instante su rostro, como si se guardara un as en la manga.

El décimo día de ausencia de Sebastian, Lucy se despertó tarde, por la oscuridad de la habitación. Estaba nevando, y la nieve se había colado por la ventana abierta. Se puso la bata, barrió la nieve con una escoba, la recogió con un periódico, encendió la calefacción y volvió a la cama hasta que el ambiente se caldeara un poco. Estaba tumbada, sin pensar en nada en particular, cuando la sobresaltaron unos golpes en la puerta, y una voz infantil anunció: «¡Correo!».

Después de que se marchara el chico del impermeable, Lucy se quedó un rato mirando el sobre amarillo antes de abrirlo. Estaba segura de que era de Sebastian, y además era el primer telegrama que recibía en su vida.

Espero que pueda venir al estudio el jueves por la mañana a la hora de siempre. Saludos. Sebastian.

El jueves; el día siguiente. Colocó el telegrama en el marco del espejo y se apresuró a vestirse. Pensó que pasados muchos años, cuando quizá se dedicara a enseñar piano a los niños de Haverford, nada evocaría más nítidamente que ese trozo de papel esta etapa de su vida, nada la haría parecer tan real.

Cuando bajó a la panadería, la señora Schneck la recibió con una amplia sonrisa.

—Espero que hoy desayunes bien. El chico del telegrama pasó a preguntar por ti, pero veo que no has recibido malas noticias.

Lucy respondió que eran noticias agradables.

—Me alegro. Ahora tomarás un buen desayuno. No me gusta verte preocupada.

—Limpió una mesa con el delantal y la cubrió con un mantel limpio.

Un rato después, Lucy se puso unos chanclos y fue corriendo al banco a cobrar el cheque. A continuación fue a comprarse un conjunto para sus ensayos, uno muy bonito, con blusa de seda rosa y chaqueta bordada. De vuelta a casa, cargada con sus

paquetes, se detuvo en una floristería y compró un ramo de violetas.

Pasó el resto de la mañana ordenando su ropa y los cajones del escritorio. A las cuatro fue al estudio de Auerbach a dar una clase. Al volver a su cuarto, casi había oscurecido; hacía fresco, porque había dejado una ventana entreabierta, y olía intensamente a violetas. Sintió como si al entrar desde las calles invernales hubiese llegado la primavera. Se sentó a descansar en la penumbra, delante del rectángulo gris de la ventana.

Había pasado el día anterior como quien espera en la consulta de un médico; eso no era vivir, era tan sólo matar el tiempo. Sentía una extraña pesadez en todo lo que hacía, como si hubiera comido plomo. Hoy todo le parecía tranquilo y suave. Se respiraba un aire amable. Todos se habían mostrado muy agradables con ella en las tiendas. La vida debiera ser siempre así.

Cuando el cristal de la ventana se volvió oscuro, encendió la luz de gas y se sentó al piano para tocar algunas canciones del ciclo de *Die schöne Müllerin*^[10] que Sebastian había estado ensayando antes de su partida. Pensó que ya debía estar de camino, instalado en su compartimento del tren y dejando atrás velozmente los grandes paisajes nevados, repletos de bosques y de lagos, según había oído decir.

X

La ciudad amaneció sucia tras la nevada, y Lucy decidió no dar su paseo habitual por la orilla del lago, para no salpicarse el vestido. Fue derecha al Arts Building. ¡Qué alegría le produjo saludar al portero y entrar una vez más en el ascensor!

—Hace tiempo que no le molesto, ¿verdad George? ¿Ya ha regresado el señor Sebastian?

—Sí, señorita. Llegó ayer a primera hora de la mañana.

Lucy se quedó muy sorprendida. ¿Llegó ayer? ¿Por qué había recibido el telegrama el día anterior? ¿Y por qué le decía que llegaba hoy? No, el mensaje no decía eso exactamente. Sebastian debió de enviarlo justo antes de subir al tren en St. Paul. No se había fijado en la fecha. ¡Qué raro! Había podido enviarle el recado desde casa... Tal vez fuese su manera de hacer las cosas... y ya había llegado a la puerta del estudio.

Sebastian abrió la puerta, con sus mocasines de alce y una chaqueta corta, como de costumbre, aunque parecía más joven y descansado que antes del viaje. Se rio al ver a Lucy y le puso las manos en los hombros.

—¡Ya está aquí! Deje que la mire y dígame si se ha portado como una buena chica. Ropa nueva. ¡Y muy bonita!

Mientras la retenía en el vestíbulo, Lucy detectó una densa fragancia de flores. Al entrar en la sala de música vio que la mesita del té se había desplazado de su lugar habitual, al lado de la gran chimenea, y que en ella se había colocado un gran jarrón amarillo, lleno de rosas de color crema adornadas con grandes ramos de mimosa. Soltó una exclamación y se detuvo para mirarlas mientras se acercaba al piano. Eran lo más opulento y precioso que había visto en la vida.

—Sí, una dama muy agradable, una vieja amiga, pasó ayer por Chicago y vino a verme. Esta mañana, de camino a la estación, me ha traído estas flores, tal como las ve.

Lucy nunca había visto una mimosa, salvo en los escaparates de las floristerías, y las examinó con atención; el jarrón parecía un jardín sureño.

—Supongo que esa dama sería un antiguo amor —murmuró Lucy.

Sebastian sonrió y dijo:

—Tal vez. Y tal vez guarde un recuerdo de las cosas más dulce de lo que en realidad fueron. Eso pasa a menudo. ¡Y también hay compasión! —dijo Sebastian, mientras preparaba las partituras para Lucy—. Ensayaremos el ciclo de *Die schöne Mullerin* hasta que nos cansemos. Tengo ganas de trabajar esta mañana.

Le pareció a Lucy que nunca había oído cantar a Sebastian de un modo tan hermoso, pero no se atrevió a decirlo. Interpretaron el ciclo completo sin interrupción. Al terminar, Sebastian sacó la botella de oporto y se sentaron junto al

fuego. Le habló de sus conciertos en el Norte, y dijo que le gustaba cantar con coros.

—A muchos cantantes no les gusta, pero yo siempre encuentro mucha cordialidad entre la gente del coro; me gustan, sobre todo si cantan bien. Las sopranos de Minneapolis eran muy buenas. Los bajos también; en su mayoría alemanes y suecos. Las personas que cantan en un coro disfrutan de verdad de la música; encuentran en ella algo que las ayuda a vivir, no algo de lo que hablar. Son fontaneros, licoreros, empleados de banca y modistas que no estarían allí si no fuera importante para ellos; le dedican una noche a la semana todo el invierno.

Justo en ese momento su agente lo llamó por teléfono. Cuando volvió, Lucy seguía inclinada sobre las flores. Él cogió el jarrón y lo sostuvo a contraluz.

—Sí, son muy bonitas, ¿verdad? Muy sugerentes: juventud, amor, esperanza... todas esas cosas efímeras. —Se volvió hacia la chimenea para coger el cigarrillo que había dejado en la repisa.

En ese momento en que parecía distraído, Lucy salió al vestíbulo y se puso el abrigo y el sombrero. Volvió para despedirse. Sebastian seguía de pie junto al fuego, fumando, más tratable de lo acostumbrado, pero cuando cogió la mano de Lucy era evidente que pensaba en otra cosa.

—Señor Sebastian —le preguntó ella, esbozando una amplia sonrisa—, ¿nunca ha encontrado ningún placer en el hecho de estar enamorado?

Sebastian movió la cabeza despacio, frunció el ceño y sonrió con los labios.

—N-n-no, no mucho. —Y, volviéndose para coger un cenicero, añadió con malicia—: ¿Por qué lo pregunta? ¿Usted sí?

Lucy se vio de pronto en la puerta, con la mano en el pomo. Sólo quería salir de allí, mas por alguna razón se detuvo y, mirándolo, aunque sin verlo en absoluto, dijo:

—Sí, yo sí. Y nadie podrá estropearlo.

Oyó su propia voz, pequeña y quebrada, porque le faltaba el aire. Salió al pasillo y bajó los cinco pisos corriendo, en vez de tomar el ascensor.

De pequeña, cuando le reñían, se marchaba corriendo por la carretera que conducía hasta el Platte, cada vez más deprisa, como si así pudiera dejar atrás los sentimientos dolorosos. Ese día corrió igual por la ciudad, salpicándose la ropa nueva que tanto deseaba cuidar. Iba llorando, y le daba igual que alguien la viese. No volvería nunca más al estudio. Si no sabía guardar sus sentimientos en silencio no debía volver por allí. En todo caso, Sebastian había sido cruel por reírse de ella; jamás lo había imaginado capaz de hacer algo así. Había estado con una mujer rica, hermosa y culta, que tenía todo lo que a ella le faltaba. Este encuentro había animado a Sebastian y halagado su vanidad; Lucy Gayheart le parecía simplemente divertida. Lucy sintió un repentino malestar nada más ver las flores, una envidia difusa de la persona desconocida con derecho a enviar aquellas rosas que valían su peso en oro. Hasta ese día no se le había pasado por la cabeza que Sebastian pudiera no ser amable

con ella; indiferente, tal vez, pero nunca desagradable. Además, estaba equivocado. Ella no sentía eso por él. No quería nada de él; ni siquiera deseaba que llegara a conocerla demasiado. ¿Por qué le había dicho eso?

Estaba ya muy cerca de casa cuando se detuvo de improviso y se quedó mirando el barro con expresión de profundo asombro. ¡Probablemente él no tenía la menor intención de decir lo que ella se imaginaba! ¿Qué sabía Sebastian de su vida, a fin de cuentas? Seguramente él había interpretado que estaba enamorada de alguno de los alumnos de música. Era guapa y tenía una edad en la que estar enamorada era la cosa más natural. Los hombres mayores a veces les gastaban esas bromas a las chicas jóvenes, como un cumplido. Relajó los hombros y reanudó su camino muy despacio.

En ese caso no había por qué preocuparse, salvo por la estupidez que había dicho en la puerta. ¡Ah, por qué le había revelado sus heridas y su rabia! ¡Cuántas veces le había repetido Pauline que acabaría sufriendo si decía todo lo que sentía!

No llevaba ni media hora en su cuarto cuando llegó un recadero con un telegrama. Le anunció que esperaba su respuesta, que ya estaba pagada. Abrió el sobre con cierto temor. Era de Sebastian; le preguntaba si podía reunirse con él para tomar el té en el Auditorium a las cinco. Añadía la palabra «importante».

En ese momento no soportaba la idea de verlo. Por fortuna, tenía una buena razón para rechazar la invitación. Escribió una respuesta sincera.

—Lo siento, pero debo sustituir al profesor Auerbach para dar una clase a las cinco.

No quería firmar con su nombre, pero el recadero insistió en que era necesario. Cuando el chico se hubo marchado, Lucy miró el sobre amarillo que tenía en la mano y el telegrama que había llegado el día anterior, colocado en el espejo. ¿Qué había pasado entretanto? Renunció a comprenderlo; se sentía demasiado cansada para pensar. Que el azar siguiera su curso. Se tumbó en la cama y durmió cerca de dos horas. Cuando se despertó, a las cuatro, para salir hacia el estudio de Auerbach, casi volvía a ser ella misma.

Esa tarde, Lucy se entretuvo con su alumno más de lo habitual. El señor Auerbach llamó a la puerta y le pidió que pasara a verlo antes de marcharse. Al entrar en el estudio, se encontró con Clement Sebastian sentado ante la mesa de Auerbach, conversando con él. Sebastian se levantó al entrar Lucy, y le tendió la mano. Dijo que tenía que verla por el ensayo del día siguiente, y como ella no tenía teléfono pensó que podría encontrarla allí.

—Tengo un taxi esperando en la puerta; puedo llevarla a casa. Hablaremos de camino. Y ahora sabré dónde vive esta jovencita, Paul. Por su dirección supongo que en la mitad del río Chicago.

Una vez instalados en el coche, Sebastian fue directo al grano.

—Dígame, querida, ¿por qué se marchó tan precipitadamente esta mañana? Uno

siempre dice cosas así a la gente joven. Puede que no sea de muy buen gusto, pero es frecuente, y ya nos hemos acostumbrado... ¡«Usted» ya tendría que haberse acostumbrado! ¿Por qué se molestó tanto?

Lucy miró por la ventanilla del coche de caballos. Le resultaba muy difícil explicarse.

—No lo sé, señor Sebastian. Después me sentí muy avergonzada. Debió de ser por cómo lo dijo. Me sorprendió. Por favor, no vuelva a pensar en eso. Sé que no tenía intención de decir nada desagradable.

—¿Desagradable? ¡Mi querida Lucy! Debemos confiar más el uno en el otro. No podemos dejar que una pequeña nube ensombrezca nuestras mañanas. No podemos permitirnoslo. No tardará en llegar el momento de mi partida, y entonces lo lamentaremos.

Al torcer una esquina aparecieron a la vista las luces verdes de la panadería. El taxi se detuvo al momento.

—¡Conque es aquí donde vive! Si usted no quiere ir a tomar el té, vendré yo a tomar café. Parece un buen sitio. —Acompañó a la joven hasta el pie de las escaleras de madera cubiertas de linóleo y se detuvo un momento allí, con el sombrero en la mano, sonriendo. Sus ojos seguían teniendo esa expresión más viva de lo común que Lucy había visto esa misma mañana—. ¿Hasta mañana, entonces? Prometo ser solemne como un búho. ¡Nada de bromas con Lucy!

Al día siguiente, fue Giuseppe quien le abrió la puerta; parecía radiante y en seguida empezó a contarle cosas. Esta vez logró entenderlo muy bien. Sebastian le había regalado una gramática italiana, para que aprendiera un poco. Giuseppe le explicó que el maestro había subido un momento al piso de arriba para ver al señor Cunningham, que se encontraba enfermo, pero no tardaría en volver. Entretanto Lucy debía sentarse y entrar en calor. Giuseppe se arrodilló para avivar el fuego. Después siguió limpiando el polvo, mientras le decía a Lucy que era muy afortunada, siendo tan joven, por poder trabajar con un gran artista como Sebastian. La educación lo era todo en esta vida; si su padre hubiera podido llevarlo al colegio, ahora él no tendría que *fare il cameriere*. Lucy cayó en la cuenta, por primera vez, de que incluso aquel hombrecillo sonriente tenía sus íntimas penas. ¿Habría notado, a su manera inocente, que algo había ocurrido el día anterior?

XI

Una tarde de domingo, a finales de febrero, Lucy estaba en su cuarto, mirando la fachada trasera del edificio contiguo, muy próxima a su ventana; era un muro ciego de ladrillo, pintado de gris. El domingo era el único día en que disponía de tiempo en abundancia para pensar. El sábado tenía clases mañana y tarde, pero el domingo era su día libre.

Esa misma mañana había estado pensando en lo deprisa que había pasado más de un mes, casi dos meses enteros. Llevaba una vida extraña. Pasaba dos horas al día, cinco días a la semana, a solas con Sebastian, lejos del mundo. Era como si estuvieran en la cumbre solitaria de una montaña, envueltos en la niebla. No veían a nadie más que a Giuseppe, ni oían a nadie; Chicago se borraba. Un poco más tarde, pasadas las once y media, la ciudad empezaba a asomar sus dedos. El teléfono sonaba, y Lucy oía planificar a Sebastian el resto del día, hasta la noche. A eso de las doce, Lucy entraba en el ascensor y volvía a la calle.

El tiempo, del que todos se quejaban, a ella le parecía perfecto. Las mañanas oscuras y tormentosas intensificaban el calor y la quietud del espacio hacia el que se dirigía con tanta prisa. Las calles sucias por las que caminaba bajo la lluvia y la nieve eran como ríos estrechos, encerrados por acantilados grises donde la luz era siempre cambiante, y ella se sentía como una ramita o una hoja arrastrada por la corriente. En cuanto llegaba al estudio de Sebastian, la inquietud y la sensación de lucha se esfumaban; sus pensamientos se detenían, como un balancín. Una poderosa fuerza natural parecía sosegarla. Las cosas respondían a una relación exacta; todo lo trivial y lo molesto quedaba fuera. La vida se transformaba en algo sencillo y noble... sí, y también dichoso, una dicha que parecía a salvo del tiempo y de los cambios, como en esa canción de Schubert, «Die Forelle»,^[11] que Sebastian cantaba a menudo.

Dejó de mirar la lluvia que caía a chorros por la pared gris, se acercó al desvencijado piano y empezó a tocar esa canción una y otra vez. Había otras piezas que guardaban para Lucy una relación más estrecha con Sebastian, pero ésta se parecía al estudio, a las horas que pasaban allí juntos. Cada vez que la escuchara, en cualquier lugar del mundo, regresaría a aquella habitación, con el piano entre los dos ventanales, el fuego de carbón resplandeciendo a sus espaldas, el lago tendido delante y el hombre que cantaba sin parar de pasear.

Ese mismo domingo, Sebastian estaba pasando un mal día. No tenía compromisos fuera de la ciudad, y se encontraba en su estudio. La desolación iba creciendo lentamente, a lo largo de las horas de lluvia brutal que golpeaba contra los brutales edificios.

Por la mañana había visto en el periódico una nota de Ginebra, que anunciaba la muerte de un viejo amigo y compañero de estudios en un sanatorio de Saboya.

Sebastian ni siquiera tenía noticia de que Larry MacGowan estuviera enfermo; su relación se había enfriado en los últimos años, pero nada más ver el titular negro, el sentimiento de distancia se desvaneció, como si jamás hubiera existido. Lo único real era una ardiente y generosa amistad juvenil, los años que compartieron en su época de estudiantes, que, a fin de cuentas, había sido ayer mismo. Dejó el periódico con cuidado, como si temiera despertar a alguien. Se sentía como si acabara de leer su propia necrológica. ¿Su propia necrológica? Eso, exactamente. El obituario valía para los dos, para sus buenos momentos.

Sebastian no aceptaba que su juventud hubiera concluido para siempre, irrevocablemente. Se aferraba a la íntima creencia de que podría recuperarla en alguna parte. Vivía una etapa de lasitud y de desilusión transitorias, pero sus viejos sentimientos por la vida regresarían en algún momento: torcería en una esquina y se encontraría con ellos. Despertaría una mañana y saldría de la cama siendo de nuevo el hombre que había sido. Sin embargo, en ese instante, comprendió que cuando la gente hablaba de su juventud perdida no empleaba una figura retórica. Eso que él perseguía se había escapado en la inmensidad del aire, como una esencia volátil, y ahora contemplaba un frasco vacío. Ésa era su sensación: de vacío. Hasta los objetos del estudio parecían alejarse los unos de los otros y mirarse con mayor frialdad. MacGowan había dejado atrás todas estas cosas: los cielos grises, la lluvia y los afectos enfriados. Todo en aquella habitación, en aquella ciudad y en aquel país, se había vuelto de pronto extraño y hostil.

Una vez abierta esta válvula, Sebastian empezó a recordarlo todo, y tuvo la sensación de que todo se había estropeado. Su vida había transcurrido de tal manera que, en ese momento, cuando se acercaba a los cincuenta años, no tenía ni país, ni hogar, ni familia, y apenas tenía amigos. Desde luego que un hombre podía felicitar por una carrera como la suya, pero había perdido la más profunda de todas las compañías: la relación con la tierra, con el paisaje y con la gente. Comprendió que no podía recuperar esta relación, pues debía ser un vínculo continuado, deliberado e inconsciente. Debía ser, sin lugar a dudas, una manera de vivir. Lo cierto es que él había perdido eso, fuera lo que fuese, y se dijo que justo ese vínculo era lo mejor que un hombre podía tener. ¿Amistades? Larry había sido el amigo más querido. ¿Mujeres? No guardaba demasiados recuerdos gratos en ese capítulo. Se había casado con la mujer a la que amaba, y durante años habían vivido felices; ahora se encontraban los dos mejor separados por el Atlántico. La razón de su alejamiento no era la situación convencional que puede surgir entre un artista y su mujer. Tal vez fueran los celos, pero se trataba de unos celos atípicos.

Puesto que no tenían hijos, Sebastian acogió en su casa a un chico de gran talento, sin hogar y sin padres, que era casi un niño cuando llegó, el hijo huérfano de una pareja de cantantes de la Opéra Comique. Era un muchacho encantador y sentía

auténtica devoción por madame Sebastian. Pero ella le tomó una manía inexplicable, y lo trataba con mucha dureza. El muchacho era sensible, y adoraba tanto a esta mujer que su severidad resultaba casi cruel. Pasado un año y medio Sebastian no pudo soportar la situación por más tiempo, y envió a Marius a un buen colegio, pero esto no sirvió para enderezar las cosas. Para entonces Sebastian había visto un aspecto del carácter de su mujer que jamás había sospechado, y esto transformó sus sentimientos. Ella lo percibió, y se mostró muy resentida. Sebastian echaba de menos al niño y viajaba con frecuencia a París para verlo, lo que molestaba mucho a su mujer. Y ahora estaba en Chicago, donde había nacido y de donde se había marchado a los dieciocho años, para vivir desde entonces la mayor parte del tiempo fuera de su país.

Llevaba varias horas sentado junto al fuego. Fumó hasta que se le secó la garganta, y dejó vagar sus pensamientos por buena parte de la superficie de la tierra. Dragó el fondo, sin encontrar nada que valiese la pena recordar. No lograba sentirse cómodo en ninguna posición. Recordó un verso de Macbeth: «¡Ay, querida esposa, está mi alma llena de escorpiones!». ¿No era ése un recuerdo adorable e intacto? ¿No había en el presente, en algún lugar, una flor o una rama verde, que él pudiera sostener para aspirar su frescura? Su mirada se deslizó hasta el piano; ¡tal vez hubiera una!

Se levantó y abrió las ventanas de par en par; se puso una bufanda y empezó a dar vueltas por la habitación mientras el viento se llevaba el humo del tabaco. Pensaba en Lucy; si hubiera pasado una hora allí esa mañana, es posible que él no hubiese llegado tan lejos. Era peligroso buscar consuelo en una joven que estaba enamorada de uno, pero Lucy era distinta. Mientras daba vueltas por el estudio, se dijo que los sentimientos de Lucy eran muy diferentes de los que había encontrado bajo tantos disfraces. Parecían bastarse a sí mismos, y no lanzaban sus tentáculos en todo momento. Sebastian la encontraba a veces bastante masculina, por su constitución más bien angulosa. Los afectos de Lucy eran más parecidos a la lealtad caballeresca que a la pasión juvenil. No la creía capaz de cometer esas pequeñas e innumerables traiciones que la vanidad impulsaba a cometer a tantos jóvenes. No podía imaginarla pronunciando alguna vez su nombre para obtener algún provecho, siquiera de la manera más inofensiva, sólo para darse importancia ante un grupo de estudiantes, por ejemplo. Y eso decía mucho de una joven que tenía toda su vida por delante, que luchaba por encontrar un punto de apoyo en un mundo resbaladizo. Sebastian nunca había visto tal delicadeza, en ningún hombre ni en ninguna mujer. Cuando Lucy le dirigía una mirada rápida y tímida, y de sus ojos brotaban chispas doradas, leía en ellos devoción, y detectaba el fuego de la fantasía, pero jamás una invitación o un llamamiento. Jamás había sentido en su compañía la menor sombra de exigencia. La muchacha tenía, por el contrario, un espíritu que desdeñaba el beneficio.

Notó que la habitación se había quedado muy fría. Su reloj marcaba las cinco; debía de llevar casi una hora de pie. El ambiente se había refrescado, y también algo se había limpiado dentro de Sebastian. La opresión en el pecho, el sabor amargo en la boca habían desaparecido. Cerró las ventanas y fue al dormitorio a cambiarse de ropa. Un cuarto de hora más tarde salía vestido de esmoquin y se ponía el abrigo. Detuvo el primer taxi que vio pasar y le indicó al cochero la dirección de Lucy.

Cuando se encontró en la puerta de la panadería, le pidió al cochero que esperase un momento. Miró primero en el restaurante, pensando que tal vez Lucy hubiera bajado a cenar, y subió luego los dos tramos de escaleras. No habría sabido a qué puerta llamar, pero tras una de ellas, un maltrecho piano tocaba «Die Forelle». Sebastian sonrió, y esperó a que la canción terminara antes de llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Sebastian, señorita Gayheart. ¿Podría verla un momento?

Lucy miró su cuarto con desesperación, pero estaba oscuro, y él no podría ver nada. Se ciñó la bata y entreabrió la puerta.

—No debería molestarla en domingo, ¿verdad? ¿Le gustaría salir a cenar conmigo, si no tiene otro compromiso? He pasado un día muy melancólico, y tengo miedo de cenar solo.

—Por supuesto, señor Sebastian. Tengo que vestirme, pero no tardaré mucho.

—No se apure, tómese todo el tiempo que necesite; todavía es muy temprano. La esperaré abajo, en el taxi. Y entraré en la panadería a comprar un panecillo, para que esa buena mujer vea que sale usted con una persona seria y respetable.

Lucy cerró la puerta y encendió la lámpara. Sólo tenía un traje de noche, el de gasa negra que se ponía para ir a los conciertos. Sin embargo, pensó, si él quisiera cenar con una mujer bien vestida podría pedírselo a muchas. Sebastian ya debía de saber que ella no tenía muchos vestidos, y si a él no le importaba, a ella tampoco debía importarle. Aun así, habría dado cualquier cosa por tener algo nuevo que ponerse para él.

Cuando entraron en el comedor del hotel, Lucy se alegró de ver que estaba casi vacío; de ese modo, él no tendría que conducir a una chica harapienta por una sala llena de gente elegante. Mientras esperaban la sopa, Sebastian sonrió por primera vez.

—Supongo que la he asustado, al presentarme sin avisar. He estado todo el día encerrado en el estudio. ¿Por casualidad ha visto en el periódico que Larry MacGowan murió ayer en un sanatorio de Saboya? Hace mucho tiempo fuimos inseparables. Estudiamos juntos.

A Lucy le vino a la memoria el día del funeral de madame de Vignon. No pudo más que murmurar que sentía mucho la mala noticia.

—Me ha afectado en el mal sentido. Me ha afectado por mí. Hace años, si hubiera visto esta noticia en un periódico, me habría echado a llorar como un niño. Lo peor

de vivir es que a nuestros amigos les ocurren cosas. Cuando uno es joven no se da cuenta de lo que eso significa.

El camarero llegó con la sopa y el vino. Cuando se hubo retirado, Sebastian reanudó la conversación.

—Nos habíamos distanciado, sin ningún motivo. Hace cinco años vino a verme a Francia. Mi mujer y yo estábamos aburridos en la casita de Chantilly, y nos alegró mucho su visita. Yo tenía muchas ganas de ver a Larry, pero su estancia no salió nada bien. No le gustó nuestra casa, ni nuestros criados ni nuestros amigos; no le gustó nada. Lo demostró a las claras, y a mí me decepcionó y me molestó. La despedida fue fría. Creo que para entonces ya empezaba a tener problemas. Todo le parecía difícil, y hacía críticas muy hirientes.

—¿Y no volvió a verlo después?

—No. En seguida surgen otras preocupaciones. Intercambiamos algunas cartas, de ésas en las que no se dice gran cosa. La nota de prensa decía que había muerto en un sanatorio de las montañas, en Sallanches. Cuando teníamos poco más de veinte años hicimos un viaje juntos precisamente allí. Supongo que mientras estuvo enfermo en el mismo lugar se acordaría de aquellos días. Nos tumbábamos en la hierba y nos pasábamos horas contemplando las montañas, con la cabeza apoyada en la mochila. Nos levantábamos muy temprano, antes del amanecer, cuando la luz empezaba a cambiar en las cumbres, y salíamos a la terraza para darnos los buenos días. No puedo dejar de preguntarme por qué no quiso volver a verme. ¿Por qué no me llamó el verano pasado?

Sebastian bebió mucho vino, y le contó a Lucy muchas cosas de su vida: cómo había conocido a Larry MacGowan en el vapor, cuando se marchó de Chicago por primera vez para estudiar en el extranjero. En seguida se enteró de que MacGowan iba a estudiar con el mismo maestro. Cuando desembarcaron en Cherburgo ya eran amigos. Alquilaron juntos un estudio en París, y vivían en la misma pensión.

Sebastian comía muy despacio. El salón estaba casi vacío cuando finalmente salieron y tomaron un taxi para ir a casa de Lucy. Sebastian le apretó la mano en señal de agradecimiento.

—Ha sido muy amable conmigo esta noche, Lucy. Necesitaba hablar con alguien y deseaba que fuera usted. Nadie más.

Ella se volvió rápidamente y le sujetó de la manga:

—¡Ay, señor Sebastian, no quiero volver a verlo triste! Yo me siento feliz siempre que pienso en usted, y a muchas personas les ocurre lo mismo. Usted tiene todo lo que los demás luchan por alcanzar. ¡La verdad es que no lo valora lo suficiente! — Guardó silencio, consciente de que estaba diciendo tonterías.

Sebastian no escuchaba lo que ella decía, sino la avalancha de sentimientos en su voz cálida y joven. Pensaba que no había modo de definir ese timbre en una voz, y

que era imposible confundirlo. Cogió la mano posada en su manga y la sostuvo entre las suyas.

—¿Le parezco triste, Lucy? Todo el mundo tiene sus desengaños. A veces me siento solo en esta ciudad. Nunca por las mañanas, cuando trabajamos juntos; en esos momentos me encuentro muy bien conmigo mismo. Eso me recuerda que mañana tengo que ver a mi agente. ¿Cree que podría venir a las cinco y cenar conmigo? Me gustaría mucho.

El coche torció en la esquina, y se vieron las luces verdes de la panadería. Sebastian acompañó a Lucy hasta el pie de la escalera.

—Recuerde que mañana tiene el día libre y puede dormir hasta tarde y soñar cosas agradables. Tal vez sueñe que tenemos los dos veinte años y hacemos un viaje por los Alpes franceses. ¡Y que yo le doy los buenos días al amanecer desde mi balcón!

XII

Al día siguiente, por la tarde, Lucy se encaminó despacio a la avenida Michigan. La ciudad nunca le había gustado tanto como en ese momento; una ciudad que le concedía la libertad de vivir su juventud a su antojo, de tener sus secretos, de elegir a su propio maestro y de servirlo a su manera. La lluvia del día anterior había dejado en el ambiente un fuerte olor a primavera; había un deje nostálgico en la intensidad que palpitaba en las calles y que vibraba en el cielo, como el sonido lastimero de un organillo. Todas las cosas bonitas que veía en los escaparates de los comercios, las pieles y las joyas, las rosas y las orquídeas, parecían pertenecerle, aunque no para envolverlas y llevárselas a casa, pues ¿dónde las pondría? Le pertenecían para vivir entre ellas.

A las cinco, cuando el crepúsculo gris ya había concluido, entró en el Arts Building. Subió en el ascensor un poco asustada, intentando no pensar en nada. Levantó el llamador de bronce y Sebastian abrió la puerta. Antes de que pudiera decir palabra o quitarse la capa y el sombrero, él la tomó en sus brazos.

Se quedaron un buen rato sin moverse, en la penumbra del pequeño vestíbulo, entre los abrigos y los bastones. Lucy sintió que él se llevaba todo lo que guardaba en su corazón; ya no tenía nada que ocultar. La respiración de Sebastian, profunda y suave, parecía absorberla por completo, aspirando toda su timidez, su inseguridad y su desconcierto. Algo hermoso y sereno pasó del corazón de Sebastian al de Lucy: sabiduría y tristeza. Y al tiempo que se quedaba con el secreto de ella, también le revelaba el suyo: que había renunciado a la vida. No volvería a compartir su vida con nadie. Sin embargo, también le desvelaba la fe en los sueños más antiguos y preciados del hombre; sería su maestro y compartiría eso con ella. Cuando entraron en la sala de música, ninguno de los dos había dicho una palabra.

El té estaba preparado junto a la chimenea. El agua había hervido casi hasta evaporarse, y Sebastian fue a rellenar el hervidor, dejando a Lucy sola en un espacio en el que se sentía incapaz de entrar. El piano y las estanterías estaban lejos, fuera de su alcance, y también ella se sentía lejos de sí misma, como si todo estuviera a punto de esfumarse. Ahora que él lo sabía, tal vez se creyera en el deber de dejarla marchar. Podía borrar su existencia por completo con una sola palabra.

Sebastian volvió y se detuvo delante de ella, pero Lucy no levantó la vista hasta que oyó su nombre.

—No te asustes, Lucy. No voy a hacerte el amor, aunque es muy cierto que te amo —se sentó en el brazo del sillón donde ella estaba sentada—. ¿Por qué te apartas de mí? Y tienes las manos heladas. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé... de que las cosas cambien. De que no me deje volver a tocar para usted nunca más. Por favor, no me despida. No le molestaré.

—¿Despedirte? Me temo que no soy tan generoso. Tal vez debiera hacerlo. Pero parece que no estuvieras enamorada de verdad. Sabes que tengo edad suficiente para ser tu padre. Estás creciendo y... empiezas a descubrir ciertas cosas. Creía que era precisamente esa frescura lo que más me gustaba, pero ahora me doy cuenta de que lo amo todo en ti, Lucy. Antes de conocerte, las mañanas eran inacabables y tristes. Tú les has dado dulzura. Empecé a esperarte en la ventana, y cuando te veía andar ligera bajo el viento, mi corazón se iluminaba. Adoro el ardor juvenil, el fuego juvenil. Una vez acogí en mi casa a un muchacho encantador, pero tuvo que marcharse a un colegio. ¡No sabes cómo has cambiado mi vida aquí! Cuando entrabas por esa puerta, era como si trajeras contigo la primavera. Yo trabajaba con más entusiasmo, porque todo era nuevo y maravilloso para ti.

Lucy apoyó la mejilla en el hombro de Sebastian para ocultar las lágrimas de felicidad. ¡Le estaba diciendo que ella le había dado algo!... Y, apenas un poco antes, ésta le había parecido la más extravagante de las esperanzas, tan ridícula que se avergonzaba de pensarlo, siquiera en la oscuridad. Fue como si algo la arrastrara hasta introducirse en la respiración de Sebastian, en los latidos de su corazón. Sabía que una cosa así no podía durar; en unos instantes tendría que recomponerse y volver en sí. Pero al mismo tiempo sabía que duraría para siempre.

Se oyó un golpe ligero y familiar en la puerta. Lucy se apartó y se acercó a la chimenea. Giuseppe siempre llamaba antes de abrir con su llave. Asomó la cabeza y preguntó si el *signore* estaba preparado para vestirse.

Sebastian le dijo que pasara y que le preparase la ropa en seguida.

—Tengo un compromiso para cenar, Lucy. Te llevaré a casa de camino. Espérame un momento. No tardaré.

Desapareció con Giuseppe, y Lucy se sentó en el sillón del que acababa de levantarse. Se quedó inmóvil, con las manos en el regazo, escuchando los débiles sonidos de la calle.

Pasados veinte minutos, Sebastian apareció vestido de gala.

—¿Tú eres capaz de cambiarte así de deprisa, Lucy? —Estaba delante de la chimenea, poniéndose los guantes blancos, cuando se oyó una llave en la puerta. Ésta se abrió, y apareció James Mockford, que también vestía elegantemente, con un sombrero de seda en la cabeza y un bastón en la mano. Al ver a Lucy, se quitó el sombrero y se inclinó.

—¡Pasa, Jimmy! ¿De dónde sales? —lo saludó Sebastian con jovialidad. Mockford ya había entrado, y a Lucy le pareció que no necesitaba que lo animasen. Hubo algo impertinente en su manera de entrar en la habitación.

—De mi cuarto. Voy a cenar con unos amigos, y he pensado que podrías llevarme en tu taxi.

Sebastian se echó a reír, como si le agradara su descaro.

—Lo siento, pero me temo que esta noche tendrás que buscar tu propio taxi. Voy a llevar a casa a la señorita Gayheart. Aunque, si esperas aquí, creo que puedo volver a buscarte.

—Gracias. Esperaré —Mockford dejó el abrigo y el sombrero encima del piano y se acercó cojeando hasta la mesa donde estaban los bocadillos. Se fijó en las dos tazas sin tocar y arrugó la nariz. Lucy lo observaba atónita. Se preguntó si ese hombre se pintaba la cara de blanco por la noche. Mockford miró a Sebastian por encima del plato de los bocadillos.

—Veo que llevas tu insignia.

—Dan una cena para el ministro belga.

Le pareció esta vez a Lucy que el tono de Sebastian era bastante frío. Se fijó en el pequeño objeto púrpura que lucía en la solapa. Giuseppe le trajo su abrigo.

Mockford terminó los bocadillos y se limpió los dedos.

—¿Cuánto crees que tardarás?

—Unos veinte minutos, más o menos.

—Dile al botones que me avise cuando llegues. No me apetece esperar abajo de pie, con esta pierna. Buenas noches, señorita Gayheart.

Mockford se incorporó un poco, viendo que Lucy se levantaba, pero volvió a sentarse inmediatamente. Mientras salía del estudio, Lucy lo vio estirarse en el sillón más cómodo de la sala y apoyar el pie impedido en el sofá, con un cigarrillo colgando entre los labios.

—No dejes que Mockford te altere —le dijo Sebastian mientras subía al taxi después de ella y cerraba la puerta. Al ver que Lucy intentaba protestar, le acarició un brazo con gesto tranquilizador y añadió—: ¡Querida, puedo leer en tu rostro como en un libro abierto! No se te da muy bien disimular. Jimmy es bastante grosero a veces; hay que recordar cómo vivió sus primeros años. La verdad es que salió de los bajos fondos. La señora Sebastian me lo encontró. Un amigo de su padre descubrió a este chico tan extraño, astuto y de gran talento. En el fondo es buena persona, pero no está bien de salud. Eso le pone de mal humor. Ahora mismo está en guerra conmigo; dice que por sus derechos. Sus amigos le han metido en la cabeza que su nombre tendría que aparecer impreso en los programas como «artista invitado», en lugar de acompañante. Yo no lo acepto, y está molesto.

Lucy quería decir un montón de cosas, pero se limitó a preguntar:

—¿Cree que en general es... leal?

Sebastian respondió con una carcajada.

—¿Leal? Todo lo leal que puede ser un segundo violín. ¡No debemos esperar demasiado!

XIII

A Lucy le disgustaba haber nacido en el mes de marzo. En Chicago era el peor momento del año, y en casa, en Haverford, tampoco es que fuese muy alegre. El hielo del Platte había desaparecido para entonces, o se encontraba en mal estado, y no se podía patinar. El viento no cesaba y el aire venía cargado de polvo de los campos sembrados y de arena de las orillas del río. Ese año, sin embargo, marzo era para Lucy el mes más feliz de su vida.

Sebastian estaba preparando su gira de conciertos por el Este para el mes de abril, y cada mañana era importante. Daba la sensación de que ahora disfrutaba mucho más del estudio. Lo tenía siempre lleno de flores y de plantas, pues sabía que a Lucy le gustaban. La recibía siempre con un beso. Su abrazo, a menudo juguetón pero nunca apresurado, parecía proporcionarles a ambos un entendimiento pleno: cada sonido y cada silencio tenían la belleza de la confianza y de la intimidad. Se respiraba en la sala de música un aire distinto al de cualquier lugar del mundo. Lucy hasta creía distinguir una luz especial, con un suave tinte dorado, pese a la niebla marrón y al humo que cubría el cielo. El tiempo era decididamente malo. Las placas de hielo entrechocaban en el lago, mientras la lluvia y la nieve azotaban la ciudad y un fuerte viento sembraba las calles de paraguas rotos. Pero, cuando llegaba al Arts Building, el ascensor la llevaba hasta un lugar de clima apacible.

Era de noche, en los momentos de descanso y soledad, cuando sentía la mayor felicidad de cada día... ¡después de que hubiera pasado! Nunca supo por qué le ocurría esto. Revivía en la oscuridad todos los momentos de la mañana. No se olvidaba de nada; ni de una frase de una canción, ni de una mirada de Sebastian, ni de un movimiento de su mano.

En esas horas de tranquilidad disponía de tiempo para pensar y comprender que las pocas semanas transcurridas desde el 4 de enero eran más largas que sus veintiún años anteriores. Al parecer, la vida no podía medirse en años.

No es que antes no estuviera contenta, pero se sentía feliz desde que llegó a Chicago, afortunada por el hecho de haber escapado de un pueblo para vivir en la ciudad y de trabajar con un hombre tan serio y amable como Paul Auerbach. Pero esos días se le antojaban muy lejanos. Empezó una nueva vida para ella la noche en que oyó cantar por primera vez a Clement Sebastian. Hasta entonces se había limitado a jugar con insignificancias y fantasías.

Tanto había cambiado su manera de pensar, de actuar, hasta su aspecto, que casi no se reconocía, pero todos los cambios apuntaban en la dirección de ser cada vez más quien de verdad era. Ya no tenía miedo de que algo le agradara o le desagradara demasiado, como si hubiera descubierto una especie de autoridad para quedarse con lo que era suyo y rechazar lo que le parecía sin importancia.

Una mañana, Sebastian sacó una antigua canción inglesa, «She Never Told Her Love»^[12]. La cantó varias veces, paseando por el estudio y sonriendo para sus adentros: «Dejemos que el secreto, tal como el gusano devora la yema, se alimente en su mejilla de seda».

Se detuvo junto al piano y se inclinó, acercando el rostro al de Lucy.

—¡No es de ti de quien se alimenta, querida!

Lucy se sobresaltó y se llevó rápidamente una mano a la mejilla.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡Yo no tengo nada que ocultar!

—¿Nada? ¿No hay nada que te preocupe?

—¿Cómo puede preguntarme eso, si toda mi vida transcurre delante de sus ojos?

—¿Y no te parece a veces que vivir es un esfuerzo inútil?

—Para mí no lo es. ¿Hemos terminado?

—Otra vez, por favor.

Cuando se levantó del piano, Lucy aspiró con fuerza.

—Nunca había oído esta canción. La letra es preciosa.

Sebastian se echó a reír.

—¿Verdad que sí? Y hay muchas más como ésta. —Se acercó a la estantería, pasó un dedo por varios volúmenes pequeños, encuadernados en piel roja, y sacó un libro—. Llévatelo. Encontrarás los versos de esta canción, y muchos más. Montones de palabras deliciosas. —Adoptaba a veces un tono burlón, como si fuera un niño.

Lucy se ruborizó. Había leído aquel volumen, y le pareció una comedia bastante tonta, donde todos fingían y nadie se tomaba nada en serio. Hasta que empezó a tocar para Sebastian, nunca supo que las palabras tuvieran ningún valor al margen de su significado directo.

XIV

Poco después de que Sebastian iniciara su gira, Lucy recibió una carta de Harry Gordon: pensaba pasar una semana en la ciudad para ir a la ópera, y ella tenía que recordar su promesa. La compañía de la ópera de Nueva York visitaba Chicago durante varias semanas en primavera. El año anterior, Lucy se alegró de ir a la ópera con Harry, pero ahora todo había cambiado. No tenía ganas de verlo, no quería acordarse de Haverford, de nada de lo que había dejado atrás. Iba todos los días a la biblioteca pública para hojear en los periódicos las noticias sobre los conciertos de Sebastian, y eso requería tiempo. Llevaba exactamente la vida que deseaba, y Harry lo estropearía todo. Lograría convencerla de que había estado viviendo en un sueño, de que era Lucy Gayheart y estaba engañándose.

Harry preguntaba en su carta dónde podían verse. Lucy sabía que detestaba ir a buscarla a la panadería. A Sebastian no le importaba esperarla allí cuando pasaba a recogerla para cenar, pero para Harry era un fastidio. Decidió enviarle una nota al hotel donde pensaba alojarse, indicándole que pasara por el estudio de Auerbach el lunes, después de sus clases. El estudio se utilizaba como sala de recepción cuando el profesor no tenía clase. Tras esta sala se encontraba su despacho privado. Al otro lado del vestíbulo había una habitación mucho más inhóspita, con luz del norte, donde Lucy atendía a los alumnos más jóvenes y practicaba cuando tenía una hora libre.

El lunes por la tarde, al terminar su clase, Lucy se encontró a Auerbach charlando en el estudio con Harry Gordon. Parecían muy animados. Nada más acercarse a su amigo, Lucy se sintió a gusto con él. La recibió con una sonrisa feliz, lozano y rubicundo, radiante en su nuevo traje gris. Ella comprendió al instante que era lo que siempre le había gustado más de él: ese equilibrio físico que lo convertía en un buen bailarín y en un patinador incansable. Paul Auerbach se mostraba tan complacido con este encuentro como la propia Lucy. No estaba dispuesto a consentir que la visita de Harry fuese tan breve, lo apremió a volver por allí y propuso que Lucy lo llevase a su casa para ver a la señora Auerbach.

Cuando se acercaban a la puerta Auerbach le preguntó a Harry cuándo había llegado. Éste respondió que «en el tren de la mañana», sin desvelar que llevaba ya tres días en Chicago. Escribió a su sastre para que le confeccionara dos trajes, y no quiso ver a nadie hasta que se los enviaron al hotel. Quería vestir exactamente tal como vestían los hombres elegantes de Chicago.

Salieron del estudio, y Harry propuso buscar un sitio para cenar.

—¿Quieres que vayamos temprano o prefieres cambiarte primero y que pase a buscarte más tarde?

—¡Ah, no! Ya cenaremos mañana como es debido, antes de ir a la ópera. Hoy prefiero que me lleves a algún lugar tranquilo, donde podamos charlar.

—Donde tú quieras. ¿Verdad que vamos a pasarlo bien esta semana, Lucy?

Lucy recordó que, cuando Harry se proponía pasarlo bien, llevaba consigo la diversión a todas partes, como cuando bailaba la polca o una danza escocesa. Le gustaban esos bailes intensos y llenos de saltos en compañía de Harry. Tenía un buen sentido del ritmo y sabía impulsar y llevar muy bien a su pareja.

Esa noche, al volver a su cuarto, pensó que había pasado un rato muy agradable con él. Detestaba la idea de alejarse de sus amigos de siempre. Mientras se desnudaba, se dijo que Harry sería muy inteligente si no fuese tan engreído; la vanidad le daba cierta cortedad de miras y le impedía ver lo que de verdad le importaba. Sin embargo, esa noche no le molestó ver cuánto se gustaba Harry a sí mismo, pues parecía que todo le gustaba. No cometió el error típico del provinciano de sacarle defectos al servicio o a la comida. Dio generosas propinas a los camareros, sin vacilar ni hacer ostentación. Insistió en que dieran un paseo por la avenida Michigan antes de volver a casa... ¡una señal esperanzadora! Entre los Gordon, que tenían buenos caballos y sus propios coches, alquilar un vehículo se consideraba una extravagancia imperdonable y suponía tomar el camino más corto. Lucy cayó en la cuenta de que había olvidado cuánto le gustaba la conversación de Harry... principalmente su voz. Hablara de lo que hablase, era fácil detectar en ella sus verdaderos sentimientos, una vez llegaban a conocerse sus diversos disfraces. Tenía un tono animoso, confidencial, ligeramente teñido de pesar, para negarle un préstamo a un hombre que lo necesitaba. Y otro tono cordial, no demasiado distinto (apenas un poco menos preocupado), pero sincero.

Harry se presentó la noche siguiente con su traje nuevo, muy atractivo y correcto, preparado para la representación de *Aída*. Lucy había pasado la tarde dando clases y estaba muy cansada cuando subieron a un coche para cenar en su hotel, pero el buen humor de él la reanimó al instante. Mostraba su lado más encantador y ni una sola vez ridiculizó las cosas que para ella «eran sentimentalmente sagradas», tal como él decía. Disfrutó de la música, del público y de la compañía de su amiga. Su entusiasmo por el tenor era sin duda sincero; el dúo del tercer acto, eso susurró al oído de Lucy, era tal como debía ser la música. Llevó suavemente el compás de la marcha triunfal, y no le importó que las trompetas desafinaran.

Cuando le dio las buenas noches, al pie de la escalera, ella pudo decirle sinceramente que le había encantado ir a la ópera con él.

XV

Tras asistir a la sesión matinal de *Otello*, al día siguiente, Harry le pidió a Lucy que lo acompañara al Museo de Arte. La mañana era bastante suave y soleada, y de camino a la avenida Michigan se detuvieron a hacer algunas compras. Lucy aprovechaba cualquier pretexto para retrasarse. El año anterior, cuando fueron juntos al museo, discutieron acaloradamente por casi todo, y salieron los dos de muy mal humor. Marshall Field's era un lugar mucho mejor para Harry, y resultaba divertido elegirle pañuelos y corbatas. Pero él no dejaba de mirar el reloj, y la llevó al museo en cuanto éste abrió sus puertas. Se cuidó mucho de no hacer ningún comentario que pudiera molestarla, y ella notaba la cautela de Harry, en sus palabras y en sus gestos. ¡Cómo debía de haberse puesto la primavera anterior! Ni una sola vez vio Lucy esa mañana aquella expresión de ironía en los ojos de Harry. En un par de ocasiones se cuadró ante una obra y torció el gesto, como si despreciara a su autor, pero no pretendía hacerse el gracioso. Al entrar en una sala de impresionistas franceses, Harry no pudo contenerse y empezó a señalar que algunas figuras no estaban bien dibujadas.

—Tienes que reconocerlo, Lucy... —empezó a decir en tono persuasivo.

—Lo reconozco, pero no me parece importante. Yo no entiendo nada de pintura, pero creo que unos cuadros se proponen representar los objetos y otros se proponen expresar únicamente una sensación, por eso su precisión no tiene importancia.

—Pero la anatomía es una realidad —insistió Harry—. Y la realidad es la base de todas las cosas.

Lucy no le respondió con impaciencia, como habría hecho en otro momento, sino que ladeó un poco la cabeza y habló en voz baja, en un tono que a él le desconcertó.

—¿Tú crees, Harry? Yo no estoy tan segura.

Harry no respondió. Hubo algo, en el tono de Lucy, que le inspiró una gran ternura. Pensó que debía de estar cansada. Vio una puerta abierta que conducía a uno de los pórticos de piedra de la fachada trasera del edificio, enfrente del lago. Cogió a Lucy del brazo y dijo:

—Salgamos a esa terraza para tomar un poco el aire.

La mañana se había vuelto más templada, aunque se había levantado una neblina que ocultaba el perfil de la ciudad. El agua era ligeramente azul y esencialmente suave; a lo lejos se vislumbraba una bruma plateada, con cambiantes matices azules y verdes. Hasta las gaviotas grises parecían tener las alas lánguidas. Se presentían en el ambiente los chaparrones primaverales. En una mañana así... Lucy sintió un nudo en la garganta. Al contemplar esa dulce promesa de primavera, de primavera ya presente en los colores del cielo antes de instalarse sobre la tierra, tal fue el anhelo que se despertó en su interior que sintió como si fuera a estallarle el corazón. ¿Dónde estaba

toda la felicidad que había sentido últimamente? Todo era una amenaza para ella; el curso del mundo se oponía a su felicidad. Su felicidad se había escapado. La había perdido como se pierde a veces una melodía cautivadora al evocar su espíritu o el tipo de alegría que nos deparó, aunque sin ser capaces de recordar su música con exactitud. Y tuvo la sensación de que no podía respirar en esa otra vida. Se ahogaba, despertaba en ella un pánico atroz, el pánico de quedar allí atrapada para siempre. ¡Ojalá pudiera perder la vida y el cuerpo y no ser nada más que deseo! ¡Ojalá todo lo demás desapareciera para que ese deseo pudiera flotar con las gaviotas hasta ese lugar remoto donde se confundían el verde y el azul!

Una voz lejana hablaba de ir a almorzar. Lucy volvió en sí sobresaltada.

—No, Harry, por favor. Me duele la cabeza. Quiero volver a casa cuanto antes. Si voy a salir esta noche contigo, necesito descansar un rato.

Lucy pasó toda la tarde tranquilamente en su habitación. Decidió que vería a Harry Gordon mientras estuviera en la ciudad y que haría cuanto pudiera por él. No debía permitir que un arrebató le diera motivos para arrepentirse más tarde. Él no tenía la culpa de que hubiese cambiado tanto. Lamentaba haber aceptado la visita de Harry, pero debía sacar lo mejor de la situación. Había disfrutado yendo a la ópera cuatro días seguidos, pues no tenía ocasión de hacerlo a menudo; siempre estaba demasiado ocupada y tampoco tenía dinero. Lucy y Harry asistieron al espectáculo como dos jóvenes dispuestos a disfrutar de todo tras haber comprado dos buenas butacas. Esa noche verían *La traviata*, y el día siguiente, el sábado, irían a la sesión matinal, porque Lucy nunca había visto *Lohengrin* y tenía un interés especial.

XVI

El sábado fue un día ventoso y claro de abril. Había niños en las calles vendiendo violetas y narcisos, y todos los organillos tocaban «O sole mio!». Lucy estaba de un humor espléndido y segura de un final feliz: Harry se marchaba al día siguiente.

Se daba la circunstancia de que Lucy nunca había oído siquiera el prelude de *Lohengrin* interpretado por una orquesta, y los primeros compases la pillaron desprevenida. Antes de que concluyera el primer acto, tuvo ganas de estar sola, pues no era el tipo de ópera más indicado para escuchar en compañía de Harry. Notó que se apartaba de él todo lo posible. La música no dejaba de evocarle sentimientos que experimentaba en el estudio de Sebastian: la creencia en un mundo invisible e inviolable. Cuando terminó el primer acto y se encendieron las luces, aún tenía los ojos llenos de lágrimas. Si Harry se hubiera reído de ella, no le habría importado en ese momento; pero no lo hizo. La miró de soslayo y se puso a leer su programa. Pasados unos instantes se aventuró a decir:

—¿Verdad que el tenor es bueno? Y también un buen actor.

—Sí, cree en lo que hace —dijo Lucy en voz baja. Empezaba a sentir cierta hostilidad hacia Harry, pese a lo bien que se estaba portando. Él comprendía que Lucy estaba muy emocionada. Habría encontrado ridícula la misma emoción en un hombre, pero en una muchacha le resultaba muy atractiva.

Cuando cayó el telón tras el segundo acto, Lucy se volvió en su asiento y miró la sala con inquietud. En la misma fila, bastante a la izquierda, un hombre se inclinaba hacia delante y la miraba. Tenía la cara enrojecida, la pechera de la camisa muy blanca y una sonrisa sudorosa y excitada. Lucy contuvo el aliento y exclamó: «¡Giuseppe!», aunque él estaba demasiado lejos para poder oírla. Se inclinó en el asiento y le saludó con la mano. Giuseppe le dirigió varias reverencias, sin familiaridad ni servilismo, con entera devoción y respeto.

La visión de Giuseppe le produjo una oleada de placer en todo el cuerpo. Estaba temblando y tenía las manos frías. Era extraordinario que Giuseppe, que formaba parte de su otra vida, estuviera en el teatro. Durante el resto de la ópera tuvo la sensación de que nada se había esfumado, de que todo regresaría. Cuando los cantantes salieron para recibir los aplausos del público, Lucy no los miraba a ellos, sino a Giuseppe, que se había puesto en pie y aplaudía con las manos bien separadas del cuerpo. Los extremos de la bufanda de seda blanca y negra le colgaban casi hasta las rodillas. Mientras caía el telón, cogió su abrigo y su sombrero y salió corriendo entre la multitud. Lucy deslizó los brazos bajo la capa que Harry le sostenía pacientemente.

—¿Quién es ese amigo tan entusiasmado? —preguntó sin mala intención, mientras guiaba a Lucy hacia la salida.

—Es un italiano que trabaja en el estudio donde toco como acompañante.

—¿Un estudiante de música?

—¡No! Es sólo un... empleado. Pero le gusta mucho la música.

—¡Desde luego que lo parece! —se rio Harry.

Mientras se abrían camino despacio hasta el vestíbulo abarrotado, Harry tarareaba la despedida de Lohengrin al cisne. Lucy empezó a hablar muy deprisa para desviar su atención, pero a Harry le había gustado la canción, y no paraba de cantarla. Salieron a la traicionera suavidad de la tarde de abril, y Harry paró un taxi.

—¿Qué tal si damos un paseo en coche para tomar un poco el aire? Todavía es pronto para cenar. Cochero, llévenos al parque. Sólo hay un lugar para pedirte algo, Lucy, y ese lugar es un taxi. —Sentado al lado de su amiga, estiró las piernas y se rio suavemente—. Ese italiano me ha caído muy simpático. Me gusta ver que la gente disfruta. Pero ¿cómo ha podido pagar una butaca tan cara? —Lo dijo con interés, como si le preocupara.

—Cuando se admira algo de verdad no se repara en gastos —respondió Lucy, fingiendo indiferencia.

Harry sacudió la cabeza.

—El día de saldar las cuentas siempre termina por llegar, *Lucy mio*.

Lucy se mordió el labio. ¡Harry Gordon se había definido con dos palabras! Llevaba toda la semana escuchando óperas italianas, y se sentía familiarizado. *Lucy mio!* Y poco antes había tarareado el aria del tenor. Lucy miró por la ventanilla e intentó centrar su atención en el cielo brumoso y azul de la primavera y en el agua del color de las palomas. A lo lejos brillaban las luces débiles de los faros.

A Harry no le molestaba su silencio. Pensaba que debería llevar a Lucy a la ópera todos los años, aunque también podrían ir en Nueva York, en invierno, cuando tenía poco trabajo en Haverford. Estaba lleno de planes e imaginaba un futuro luminoso. Había una parte de sí mismo que le avergonzaba expresar (detestaba a los hombres sentimentales), pero podría vivir esos sentimientos a través de Lucy. Ella sería la excusa para hacer un montón de cosas agradables que jamás se atrevería a hacer solo. Le acarició un brazo mientras se recostaba en el asiento y volvía a entonar la canción del cisne.

Lucy se agitó.

—No es así, Harry. Es así.

Harry bajó la cabeza y se echó a reír.

—¡Eso es! ¿Qué tal si volvemos y vamos a cenar?

El comedor del hotel Auditorium estaba a rebosar cuando llegaron. Mucha gente cenaba allí antes de la sesión vespertina. Harry encontró una mesa de su agrado y pidió que les sirvieran champán con la sopa, señalando que nunca era demasiado pronto para algo bueno.

—Cuando tenga mi propia casa, siempre tendré champán en abundancia... para las ocasiones especiales.

Habló mucho durante la cena. Dijo que no tenía ganas de volver a casa al día siguiente, pero debía sustituir a su padre en el banco. El padre iba a pasar unos días en Hot Springs, para tratarse el reuma. Le dio las gracias a Lucy por haberle dedicado tanto tiempo.

—La música no me dice gran cosa si tú no estás, aunque siempre me recuerda a ti.

Lucy le sonrió. Estaba más pálida de lo acostumbrado. Se sentía terriblemente cansada. ¡Gracias a Dios que esa noche todo terminaba! Había llegado al límite, y deseaba quedarse a solas con su propia vida.

La cena parecía prolongarse en exceso. Ni siquiera terminó a los postres, porque Harry pidió licores y encendió un cigarro. Se inclinó sobre la mesa y cogió los guantes de Lucy, que estaban junto a su plato.

—Dime, Lucy... —Había en su voz un cariño y una autoridad que hicieron temer a Lucy lo que se avecinaba—. ¿No crees que es hora de que hablemos de las cosas importantes? Nos conocemos muy bien. Has vivido tu pequeña aventura. Tienes ganas de ver mundo, pero lo verás mucho mejor conmigo. ¿Por qué perder más tiempo? Estamos en abril. Creo que deberíamos casarnos en mayo. Bueno, ¡en junio si lo prefieres! No podemos dejar que pase otro verano.

Lucy frunció el ceño y evitó la mirada de Harry.

—Imposible, Harry. No estoy preparada para casarme con nadie. Ni lo estaré en mucho tiempo.

Harry apoyó con fuerza la mano abierta sobre la mesa.

—¡Pero yo sí lo estoy! Estoy preparado. Y los dos hemos sabido siempre que algún día nos casaríamos.

Lucy soltó una risa áspera.

—¿De verdad lo crees, Harry? ¡Pero si tú no has estado seguro de ti mismo la mitad del tiempo!

Harry rio entre dientes, sintiéndose culpable.

—He estado seguro la mayor parte del tiempo —dijo. La miró de un modo singular, muy directo, con esa vivacidad profesional que hacía brillar sus ojos como si llevara unos anteojos—. En el fondo siempre he estado seguro. Nunca he sido capaz de imaginar una vida feliz si no era contigo. Ésa es la verdad.

Lucy tuvo la sensación de que era sincero. No sabía qué decir.

—Todo será como tú lo deseas. Tendrás la casa que te guste y los amigos que tú escojas. Quiero que lleves la misma vida que has elegido para ti... y ésa es la única vida que yo deseo para mí.

Lucy se sentía atrapada. Harry la miraba con sinceridad y hablaba con sinceridad.

Cuando se comportaba de ese modo, le tenía miedo. Le parecía injusto quedarse allí, sin hacer nada, mientras él se quitaba todas las máscaras y le mostraba a un hombre desnudo que acaso jamás se hubiera mostrado a los ojos de nadie. Debía detenerle antes de que fuera demasiado lejos. Alargó las manos por encima de la mesa.

—No, Harry, por favor. No insistas. Todo ha cambiado este invierno. Mi vida está ligada a otra persona. Es así y no tengo elección. Amo a otro hombre.

Gordon no pareció entenderla al principio.

—Pero... ¿qué me estás diciendo? ¿Otro hombre? ¿Y te permite que pases una semana jugando conmigo? ¡Me estás engañando, Lucy! —La miró con expresión amenazante.

Lucy había caído en aquella situación, pero tenía que salir, acabar con ella.

—No, no te engaño. Está de viaje. Es el hombre al que acompaño al piano. Ya no soy la misma persona. No quería contárselo a nadie, pero no puedo dejar que sigas haciendo planes.

Mientras decía esto, la dureza de Gordon se fue derritiendo despacio. Sus ojos se iluminaron, como si hubiera encontrado la pieza que faltaba en el rompecabezas. Tanto se olvidó de sí mismo que cogió la mano de Lucy y la retuvo con fuerza cuando ella intentó retirarla.

—¡Bueno, Lucy! ¡Todas las chicas se enamoran de su profesor de música, pero yo creía que tú no caerías en eso!

Lucy notó que le ardían las mejillas de indignación.

—¡No es mi profesor de música! Es un gran artista —murmuró, aún más rabiosa, por lo infantil que era.

—Muy bien, no lo discuto. ¡Cuanto más grande, mejor! Pero no tardarás en superarlo, querida. —Harry no quería enfadarse. Irradiaba tolerancia. Lucy lo miró desafiante y logró apartar su mano. Él reflexionó unos segundos, luego se inclinó y en voz baja, en tono confidencial y juguetón, le preguntó—: Dime, Lucy, ¿hasta dónde ha llegado esta tontería?

El comedor se balanceó y se curvó ante los ojos de Lucy.

—¿Hasta dónde? —respondió, con súbito desprecio—. ¿Hasta dónde? ¡Hasta el final! ¡Hasta el final! No hay vuelta atrás. ¿Eres capaz de entenderlo? —No veía el rostro de Harry; tenía los ojos cegados, como si mirase dentro de un horno. Pero se dio cuenta de que él se levantaba y abandonaba la mesa.

Cuando se hubo recuperado un poco lo vio en el otro extremo del salón, charlando con el *maître*. Le puso algo en la mano y salió del restaurante.

Lucy bebió un poco de agua helada, despacio. Se avergonzaba de haber mentido. Había intentado contarle a Harry la verdad de sus sentimientos, pero los sentimientos no significaban nada para él; necesitaba verse abofeteado por la situación. Pensó que lo que no había podido soportar era el buen carácter de su amigo, su disposición a

aceptar como una falta sin importancia todo lo que no fuera realmente comprometedor. Era como si Harry hubiese empleado toda su fuerza física, su cuerpo en plena forma, para ridiculizar algo que carecía de cuerpo, que era tan sólo fe y ardor. ¿Por qué se había esforzado en ser amable con él, a sabiendas de cómo era? Bueno, todo había terminado, y ahora confiaba en haber atajado su estupidez y su vanidad. Al parecer lo había logrado, puesto que Harry no volvía.

Transcurrido un cuarto de hora, el *maître* se acercó a su mesa y se inclinó para decirle, de tal manera que una situación incómoda pareciese de lo más normal:

—Señorita, el señor Gordon me ha pedido que le comunique que si no telefoneaba en cuestión de diez minutos no debía usted esperarlo. Dijo que usted lo comprendería.

—Sí, gracias. —Lucy cogió los guantes y el bolso, donde no llevaba ni un céntimo—. ¿La cuenta? —balbució.

—La cuenta está pagada, señorita. ¿Desea que llame un taxi?

—Sí, por favor.

El *maître* dio la orden a uno de los camareros y sostuvo la capa para Lucy.

—La temperatura es estupenda, señorita, como una noche de verano. Hemos tenido muy buen tiempo esta temporada de ópera, ¡con lo malo que fue el año pasado! —Hablaban sin ningún acento, pero su voz y su entonación eran inconfundiblemente italianas. La condujo por el largo salón con aire de autoridad, como si se tratara de un personaje muy importante, y una vez en la puerta indicó a uno de sus subalternos que acompañara a la señorita hasta el coche. Lucy no tenía siquiera un cuarto de dólar para darle al muchacho. Harry Gordon se había largado sin más, dejando que se las apañara como pudiese para volver a casa. ¡Qué cobarde! ¡Qué grosero! Guardaba algún dinero en la cómoda. Pero ¿y si no fuera así? Por Harry podía volver andando.

Cuando el coche se detuvo en la puerta de la panadería Lucy le preguntó al cochero si podía subir para que le pagase.

—Estoy demasiado cansada, señor.

—Naturalmente, señorita. Espere un momento mientras aseguro el freno. —Ayudó a Lucy a subir los dos tramos de escaleras y le dio las gracias por la propina.

XVII

A la mañana siguiente, se despertó enferma y dolorida. No quería estar sola ni un segundo, y se marchó corriendo al estudio de Auerbach. Tal vez el profesor tuviera tiempo para darle una clase.

Lo encontró con un periódico en la mano.

—Mira, Lucy. Se anuncia que Clement dará un segundo recital en Nueva York el 3 de mayo. Casi no tendrá tiempo de llegar antes de volver a marcharse. Ha tenido un éxito notable.

Eso era lo principal. Lucy se animó al momento; nada importaba mientras las cosas marcharan bien para Sebastian. El propio Auerbach parecía más despierto de lo habitual, y los días siguientes le dedicó a Lucy una atención y una crítica que normalmente no le prestaba a nadie, pues era poco exigente. Había bajo su profunda sencillez y su satisfacción de hombre maduro una extraordinaria inteligencia musical, pero no solía manifestarla. Ella, por su parte, trabajaba para olvidar, aunque en algunos momentos recordaba la última y desesperante escena con Harry Gordon, y se sentía enfadada y avergonzada. Era demasiado orgullosa y no tenía por costumbre mentir. ¡Y había dicho una mentira de lo más burda, mezquina y fea! Era como si se jactara de tener algún derecho sobre Sebastian, cuando no tenía ninguno. Había empleado su nombre de una manera que jamás podría confesarle, y le zumbaban los oídos cada vez que lo recordaba. ¿Cómo podía haber dicho una cosa así? Consideró la posibilidad de escribir una carta a Harry, pero le resultaba muy difícil. Escribía mentalmente de noche, cuando no podía dormir, y al día siguiente se sentaba delante del papel.

Una tarde, al bajar a cenar, se encontró con Giuseppe, que daba vueltas al pie de la escalera. Llevaba un abrigo negro y parecía pequeño, importante y grave. Se quitó el sombrero y, con la cabeza descubierta, empezó a hablar con tanta precipitación que ella no lograba captar una palabra. Sólo entendió que el *signor* Weisbourn había pasado por el estudio para comunicar un asunto importante. Lucy levantó una mano y le rogó que hablara más despacio.

—*Scusi, signorina*. —Giuseppe se puso el sombrero y continuó. Sebastian había escrito al señor Weisbourn para comunicarle un cambio de planes. Había aceptado algunos compromisos en Inglaterra, y zarparía el 4 de mayo, después de su segundo recital en Nueva York.

Lucy le interrumpió entonces.

—Pero estamos en la última semana de abril, Giuseppe. ¿Significa eso que no piensa volver por aquí?

—*Si, signorina*, pasará aquí tres días. —Sebastian llegaría al día siguiente, el viernes, y se marcharía de Chicago el lunes por la noche. Giuseppe regresaba con él a

Inglaterra, y seguiría a su servicio hasta que concluyeran sus compromisos allí. Después tenía previsto ir a Italia, para ver a su padre. Llevaba todo el día haciendo el equipaje y cerrando el estudio para el verano. El señor Weisbourn no le había pedido que se comunicara con Lucy, lo hacía por su propia responsabilidad, pensando que ella necesitaría organizarse o cambiar sus planes.

—No es necesario, Giuseppe. No tengo planes. Me gustaría poder acompañarlos.

—Y a mí también, *signorina*, ¡tal como estábamos! Todo volverá a ser igual cuando volvamos en octubre. Un verano pasa muy pronto.

Lucy no podía dejar que Giuseppe se marchara hasta conseguir asimilar las noticias que acababa de comunicarle, hasta ser capaz de aceptarlas. Dieron varias vueltas a la manzana, mientras le hacía preguntas triviales sobre los preparativos, el equipaje... ¿se llevarían el piano? No, no había recibido órdenes al respecto del piano.

Era el momento más concurrido en la zona más concurrida de la ciudad, cuando todo el mundo volvía a casa después del trabajo. El traqueteo de coches sobre los adoquines sucios apenas les permitía oír su propia voz. Pasaban grupos de niños en patines, con gran alboroto, pero Lucy no se fijaba en ellos. Intentaba no separarse de Giuseppe, y todo lo demás era como si no existiera. Un enorme vacío se había abierto alrededor. El bueno de Giuseppe parecía ser el único que se había acordado de ella, pero ya parecía tener la cabeza en otras cosas. Le habló del barco, *Wilhelm der Grosse*, en el que embarcarían; de su longitud, de su tonelaje, de cuántos pasajeros transportaba. Acompañaría al maestro a Inglaterra y después viajarían a Francia. Antes de marcharse a Florencia pasaría por la casa del maestro en Chantilly, para ver a los perros y a la *signora* Sebastian, que era la hija de un milord. ¿Lo sabía Lucy?

Al llegar a la esquina, después de muchas vueltas a la manzana, Lucy estaba cansada y no quería seguir oyendo nada más. Se alegró de darle las buenas noches a Giuseppe, y se olvidó de agradecerle que la hubiera avisado. En vez de ir a cenar, subió lánguidamente a su cuarto.

No habría regreso; sólo habría otra partida. En ese momento deseó no haber conocido nunca a Sebastian. Habría sido preferible limitarse a oírle cantar, verlo tan sólo de lejos y guardar un recuerdo que no se viera empañado por este desengaño. No había en la vida que Lucy estaba llevando nada definitivo ni seguro. Se había dejado arrastrar por el viento, como una cometa. De pronto, el viento cesa y la cometa cae a la calle sucia, entre los carros y los patines.

Cierto que había pasado un mes viviendo bajo un dosel dorado, entre las flores de primavera, mientras los vientos y la lluvia de marzo azotaban las ventanas. A lo largo de esos días, nunca temió recibir sorpresas crueles. Tal vez no pudiera esperar nada más del mundo; algunas personas recibían muy poco. Era extraño sentir que todo se le escapaba y comprobar que no tenía fuerzas para luchar, ni derecho a quejarse. Sólo

podía cruzarse de brazos y ver cómo se esfumaba todo. Nadie podía vivir por encima de sus posibilidades; con suerte, a lo sumo podía aspirar a sostenerse momentáneamente en ese otro aire más vital, pero al final terminaría por caer; caer de nuevo en la mediocridad. Habría sido preferible no salir nunca de ella. Siempre supo que Sebastian se marcharía el mes de junio, pero ese momento parecía muy lejano. No quiso pensarlo más de un instante. No quiso ver que cuando él se hubiera marchado los días y las horas no la conducirían a ninguna parte.

El sábado por la mañana, Lucy estuvo con Sebastian y Auerbach en el estudio del cantante. Los dos hombres charlaron un rato a solas antes de avisarla. Hablaban a Lucy, hablaban de Lucy, hablaban junto a Lucy. Ella a veces escuchaba y a veces dejaba de prestar atención. La presencia de Auerbach la volvía indiferente a todo.

Conocía al uno desde hacía mucho tiempo, y al otro íntimamente, y de pronto parecía ser una extraña para los dos. Se sentía como si aspirase a un puesto y tuviera pocas posibilidades de obtenerlo. Además, tampoco lo deseaba, fuera el que fuese. No tenía ni una gota de ilusión o de deseo, y no creía en nada de lo que estaban diciendo.

La siguiente bofetada se la llevó al saber que Sebastian no pasaría el próximo invierno en Chicago, sino en Nueva York. Ella debía reunirse con él allí en noviembre, para reanudar su trabajo. Sebastian y Auerbach decidieron que pasara el verano en Chicago, preparándose para la temporada siguiente. Auerbach no pensaba salir de la ciudad, pues estaba ahorrando para llevar a su familia al extranjero el próximo año. Su estudio estaba pagado hasta el mes de octubre. Sebastian propuso que Lucy se instalara allí en cuanto él se hubiera marchado; era mucho más agradable que la habitación donde vivía.

Lucy los escuchaba sin hacer comentarios, pero en ese momento intervino.

—No, no puedo dejar mi habitación, señor Sebastian. Me he acostumbrado, y me siento a gusto allí.

—Pero aquí tendrás la brisa del lago. Ya sabes que en Chicago hace mucho calor. En seguida te sentirás como en casa... ¡si es que no te sientes en ella ya!

Lucy negó con la cabeza.

—No, no podría. No me sentiría bien aquí.

Auerbach intentó razonar con ella, pero Sebastian lo interrumpió.

—Déjalo Paul, no debemos presionarla. Pero ¿verdad que querrás venir aquí a practicar, Lucy? ¿No irás a dejar ocioso un piano como éste?

Sí, le gustaría trabajar con ese piano.

—Pero necesito un poco de tiempo para pensarlo.

—No disponemos de mucho tiempo, Lucy. No quiero marcharme dejándote en el aire. No puedes pasar el verano vegetando en el campo. Queremos que te prepares a fondo para la próxima temporada. Paul ya sabe lo que en mi opinión necesitas

trabajar principalmente, y ha prometido dedicarte mucha atención.

Llegado este punto, Auerbach se levantó para marcharse. Se quedó un momento con el sombrero en la mano, mirando con una sonrisa el rostro abatido de Lucy.

—Espero que Clement logre convencerte, Lucy. Un invierno en Nueva York podría sentarte muy bien. Después, en primavera, tal vez pudieras venir con mi familia a Viena. Mi mujer ha dicho muchas veces que le encantaría que nos acompañaras. —Los dos hombres salieron juntos hasta el ascensor. Lucy sabía que seguían hablando de ella y deseó que desaparecieran para poder llorar a su antojo. No se sentía capaz de hacer lo que le estaban pidiendo.

Sebastian regresó y se detuvo delante de ella, que estaba desmadejada en una esquina del sofá.

—¡Qué mañana! Primero, a Paul le cuesta entender las cosas; y luego viene Lucy con sus recelos. ¿Por qué no te muestras un poco ilusionada? ¿Es que ya no quieres seguir tocando para mí? ¿O es que te gusta tanto Chicago que no quieres marcharte?

—Falta mucho para el invierno. —Lucy levantó la mirada y sonrió. Se sentía un poco más animada—. Mayo estaba muy cerca. Supongo que me disgusta tener que perderlo.

—¡Mayo habría pasado en preparativos que pueden hacerse en dos días! Lo principal es organizar tu verano. La próxima temporada será muy importante para mí. Y espero que también lo sea para ti. Un invierno en Nueva York, a tu edad... ¡no te imaginas lo que te espera! Y te gustará trabajar con mi nuevo acompañante.

—¿Entonces, el señor Mockford...?

—No volverá conmigo. —Sebastian se acercó al escritorio y se puso a buscar algo, mientras seguía hablando por encima del hombro—. Él todavía no lo sabe. Eso lo resolveremos en Inglaterra. Haré lo posible por dejarlo en buena posición, pero lleva demasiado tiempo conmigo. Weisbourn y él me han hecho algunas jugarretas. Voy a buscar un nuevo agente y un nuevo acompañante. Lo mejor de esta gira es que ha despertado un interés, aquí, quiero decir —se tocó el pecho—. He vuelto a ver a muchos amigos que aún conservan la ilusión. Estas cosas son contagiosas. —Se guardó una carta en el bolsillo y volvió hacia el sofá—. ¡Ah, ya vuelves a parecer Lucy! ¿Empiezas a creer en todas las cosas buenas que he pensado para ti?

—No, no estaba pensando en eso. Pensaba en ti. Tengo la impresión de que te ha pasado algo bueno.

—¡Querida niña! —Por primera vez desde su larga ausencia la tomó en sus brazos—. ¡Claro que me ha pasado algo bueno! Y he recuperado algo bueno.

XVIII

La noche de la partida de Sebastian, Lucy llegó al Arts Building justo cuando James Mockford aparecía en un taxi, seguido por un carro. Además del equipaje de mano, llevaba un pequeño baúl de latón oxidado y un diván que pensaba guardar en el estudio de Sebastian, pues ya había dejado su habitación. La llegada de Mockford causó cierta confusión. Giuseppe arrastró el diván hasta el dormitorio y le pidió a Lucy que lo siguiera. Le susurró al oído que se desharía de ese mueble tan feo, para que Lucy no tuviera que verlo. Quería dejar la sala de música bien bonita para ella, no como una tienda de muebles de segunda mano. Lucy ya se había percatado con anterioridad de que a Giuseppe no le gustaba Mockford. Una vez, mientras buscaban en vano la pitillera favorita de Sebastian, Giuseppe le dijo a Lucy que puesto que él era responsable del lugar sólo él debía tener una llave, ¡nadie más!... y un brillo asesino pasó por sus ojos.

Cuando llegó Morris Weisbourn y se reunieron todos en la sala de música, Mockford era el único que parecía contento. Se alegraba tanto de dejar Chicago que estuvo simpático hasta con Lucy. Sebastian estaba junto a la estantería, detrás del piano, hojeando un montón de partituras. Giuseppe, que hasta entonces parecía encantado de volver a casa y embarcar en un gran buque, había perdido todo su entusiasmo. Se quedó en un rincón, entre los baúles, con las manos cruzadas, callado y solemne, como si aguardase la llegada de un ataúd. Todos esperaban con impaciencia a los mozos que debían recoger el equipaje. El ambiente estaba cargado y hacía calor; no soplaba una gota de aire, a pesar de que las ventanas estaban abiertas. Encima del lago el viento estaba negro y de vez en cuando se oía el rugido de un trueno.

Sebastian llamó a Lucy a su rincón, para darle algunas instrucciones que ella se esforzó en escuchar. Sin embargo, le distraía la conversación de Weisbourn y de Mockford, que hablaban en voz muy alta, como si quisieran que todo el mundo los oyese. Se habían sentado al lado de una de las ventanas y daban cuenta de la última botella de oporto. Weisbourn debía de haber bebido antes de llegar al estudio, porque tenía las mejillas muy coloradas y los ojos muy pequeños. Nada más sentarse allí juntos, pareció invadirles el afecto fraternal de dos conspiradores que se han hecho mutuamente un buen favor.

—¿Me enviarás un telegrama cuando vayan a operarte, verdad?

Sebastian los miraba divertido desde detrás del piano. Lucy los vio entrechocar sus copas de vino: el uno con una mano gorda y redonda, el otro con la mano blanca y cubierta de pecas.

Se oyeron ruidos y golpes en la puerta. Giuseppe corrió a recibir a los mozos de equipaje. «¡Gracias a Dios!», murmuró Sebastian. En cuanto se hubieron llevado los

bultos, se puso el abrigo y se volvió hacia Mockford y Weisbourn.

—Caballeros, tengo que hacer un par de recados y llevar a la señorita Gayheart a casa. No volveré por aquí. Nos veremos en la estación. Giuseppe se encargará de bajar el equipaje de mano a las once. Dejadle las llaves al portero.

El taxi de Sebastian llevaba media hora esperando en la puerta. Le pidió al cochero que abriera las ventanillas y que los llevara al parque.

—Estás cansada de tanto ajeteo, y yo también —dijo, mientras circulaban por la avenida. Acercó la cabeza de Lucy para que se apoyara en su hombro—. Ven, cierra los ojos y descansa. Tenemos tres horas para nosotros solos. —Sintió que el cuerpo joven de Lucy se recostaba sobre él y se acoplaba al suyo. Su respiración era muy ligera, como la de una niña dormida. Sebastian también cerró los ojos. Recibían en el rostro el aire templado de la noche. Al cabo de un rato empezaron a oler los árboles y la hierba recién cortada, y los sonidos de la ciudad dejaron de oírse.

Sebastian sintió humedad en la cara y sacó una mano por la ventanilla. Estaba lloviznando. Poco después, la llovizna arreció, y cayó un violento chaparrón primaveral.

—¿Estás dormida, Lucy?

—No.

—¿Verdad que estamos contentos de marcharnos? Aunque le había tomado cariño a este estudio. Me alegra saber que no estará todo el verano mudo y cubierto de polvo, que tú estarás allí. Y yo estaré pensando en ti. Cuando esté en el barco, miraré el reloj todas las mañanas, calcularé la diferencia horaria y sabré si ya has abierto el piano.

Lucy hundió la cara en el pecho de Sebastian y le apretó el hombro con fuerza. No pudo contener las lágrimas.

—¡Lo siento mucho! Debería portarme mejor —dijo, temblorosa.

—No te preocupes, querida. Lloro si lo deseas. Tal vez lllore contigo.

—Es que tengo mucho miedo.

—¿Miedo? ¿Otra vez? ¿De qué?

—¡De que no vuelvas nunca! Algo me dice que no volverás.

—Eso es porque acabas de empezar y no estás acostumbrada a las despedidas. Despedirse a veces duele, aunque uno haya tenido que hacerlo muchas veces. —Notaba que le pesaba el corazón, y no sabía si era por ella o por él. Se preguntó si no habría algún modo de escapar de su vida: de los conciertos y los hoteles, de Mockford, de su mujer, de su casa en Francia y de sus amigos de Inglaterra, de todo cuanto era y tenía. Nada de lo que le esperaba le ilusionaba especialmente, y sabía que esa juventud, esa devoción, no sería la misma a su regreso; lo sabía. Sabía que lo que apretaba contra su corazón no sobreviviría a aquella noche. Era una despedida entre dos personas que jamás volverían a encontrarse.

Lucy adivinó los pensamientos de Sebastian. Percibió en su abrazo una desesperanza absoluta. Al pasar junto a una farola, lo miró y vio su rostro bajo la luz fugaz. ¡Ahí estaba otra vez la misma expresión! Y Lucy volvió a sentir lo mismo que esa otra noche, cuando él cantó «When We Two Parted» y ella supo que algo había cambiado en su vida. Esa clase de presentimientos no eran falsos; venían del futuro. «Segura de la pena que esa hora traería.» Estaban a punto de perder algo. Los dos se aferraban a ello, y se aferraban el uno al otro, pero la pérdida era inevitable.

Sebastian ordenó al cochero que se detuviera y le pidió que esperase un momento. Cogió a Lucy del brazo y pasearon un rato por las avenidas de gravilla, respirando a cada paso la intensa y amarga fragancia de los jóvenes lilos. Había dejado de llover, pero el agua seguía cayendo de los árboles. Les mojaba la cara y las manos, y era agradable. No se veía una sola estrella; el cielo negro asomaba aterciopelado y suave entre las farolas desperdigadas por el parque. Sebastian le decía a Lucy que tal vez, el verano siguiente, pasearían juntos bajo un cielo nocturno, muy lejos de allí. Si finalmente ella viajaba con los Auerbach, podrían volver a verse en Viena. Había un montón de cosas que le gustaría enseñarle: jardines... bosques... montañas.

Habían vuelto al coche, haciendo crujir suavemente la gravilla húmeda. Al pasar por debajo de una farola, Sebastian sacó el reloj. Sin decirle nada a Lucy, le indicó al cochero la dirección de su casa. Regresaron en silencio al corazón de la ciudad, tal como habían salido.

La acompañó hasta la puerta de su cuarto. En la penumbra del pasillo, tomó su cara entre las manos y la miró intensamente. Lucy noto que el pánico regresaba; «el corazón deshecho ya para tantos años...». No podía soportarlo ni un segundo más.

—¡Vete! —susurró—. ¡Vete ya! —Apenas sentía sus brazos, sus labios; sólo podía pensar en que pasado un instante él ya no estaría allí. Sebastian la abrazó con fuerza, hasta que al fin la dejó marchar. Ella entró en su cuarto y se quedó apoyada en la puerta, escuchando los pasos rápidos de Sebastian en el primer tramo de la escalera... en el segundo... Luego oyó cerrarse la puerta del taxi.

Sebastian sabía que Lucy estaría escuchando, y cerró con violencia para poner fin a la incertidumbre. Una última señal. Se reclinó en el asiento y cerró los ojos mientras el coche se ponía en marcha. Entre el estrépito de las ruedas, habló en voz alta para sí. Y esto fue lo que dijo:

—*Ein schöner Stern ging auf in meiner Nacht.*^[13]

XIX

Una calurosa mañana de mediados de mayo, Lucy estaba poniendo bolsas de lavanda fresca en los cajones de la cómoda. Al levantar un montón de ropa interior de muselina, encontró una carta sin abrir: era una carta de Haverford, ¡de Pauline! Se echó a reír, aunque en realidad le daba vergüenza. La carta había llegado hacía una semana, justo cuando empezó a practicar en el estudio de Sebastian; intentaba sentirse a gusto allí, y temía que cualquier cosa pudiera desanimarla. Las cartas de su hermana solían producir ese efecto en ella, de ahí que quisiera apartarla de la vista temporalmente... y después se olvidó por completo. La sacó del cajón, diciéndose que tal vez no hubiera sido un error olvidarse de ella. Era gorda y voluminosa (mala señal), y la letra del sobre se parecía más que nunca a un montón de huevos rodando por la ladera de una montaña. Pauline había heredado muchas características alemanas... ¡lástima que no hubiese heredado también la caligrafía alemana!

Al desplegar el papel cayeron unos recortes de periódico. Pauline le anunciaba la noticia nada más empezar. ¡Harry Gordon se había casado! Se había casado con la señorita Arkwright, de St. Joe, y se habían ido de luna de miel a Alaska. En Haverford no se hablaba de otra cosa. La gente comentaba que se había portado muy mal con Lucy. Sus amigos estaban horrorizados. Siempre habían creído que sus «intenciones» eran serias. Le preguntaban a Pauline qué había pasado, y ella no sabía qué responder. ¿Qué podía decirle Lucy, «dadas las circunstancias»?

Lucy rompió la carta en pedazos y los tiró a la papelera. ¿Conque Harry se proponía darle una lección? Tanta precipitación debía de haber molestado a la señorita Arkwright, pero eso a él no le importaba, si de ese modo podía cobrarse su venganza. ¡Seguro que se lo había pedido con una semana de antelación! La crónica de la *St. Joseph Gazette* contaba que la pareja viviría en Haverford. Sería muy aburrido para la novia. Hizo una bola con el recorte y lo tiró a la papelera.

«Sería una farsa que Harry se hubiera casado con la señorita Arkwright más por mí que por ella», pensó Lucy.

Se echó a reír, aunque la noticia le había dejado un mal sabor de boca. Mientras se preparaba para salir, pensó que había perdido a un buen amigo, y que le había contado una mentira de la que se avergonzaba.

Al llegar al Arts Building, la sonrisa del portero, con su gorra en la mano, cambió el color de sus pensamientos. George, el ascensorista, detuvo un momento la cabina para anunciarle que se acercaba una tormenta desde Duluth. Todos los empleados del edificio trataban con devoción a Sebastian y admiraban a Lucy. Se mostraban muy atentos con ella. Les gustaba verla entrar y salir, porque muchos de los estudios estaban vacíos en ese momento.

Colgó el sombrero y la chaqueta donde acostumbraba a colgar su ropa de

invierno. Giuseppe había dejado en el perchero una de las gabardinas de Sebastian, junto a la colección de bastones. Entró en la sala de música, abrió las ventanas y respiró el aire fresco mientras contemplaba el lago brillante y azul.

No empezó a ir por el estudio inmediatamente después de la partida de Sebastian; esperó hasta que recibió una nota de él, escrita en el barco y enviada con el remolcador. La nota decía:

Son las once. Eso significa que acabas de llegar al estudio y estás abriendo el piano. Estaré vigilando para que no seas perezosa. Todavía me sigo sintiendo más allí que aquí.

Una hora después de recibir esta nota, Lucy usó su llave por primera vez. El estudio en ningún momento le pareció abandonado o vacío. La presencia de Sebastian lo impregnaba todo. Allí se conservaba su relación con él, y allí comenzaba ella a vivir el futuro, un futuro en el que no podía dejar de depositar sus esperanzas. Estaba allí por deseo de Sebastian, y aquel lugar tranquilo y confortable era un reflejo de su amabilidad. El interés que él le demostraba la elevaba por encima de las sudorosas calles de la ciudad. Esos primeros días del verano, cuando el calor aún tenía un toque de frescura, eran maravillosos para trabajar. Lucy nunca había tenido un piano a su disposición, ni un propósito tan definido.

Las semanas volaban, y Lucy volaba todavía más deprisa. Los rigores del mes de julio no hicieron mella en su vitalidad. Era el primer verano que pasaba en Chicago y lo encontraba muy estimulante; no hacía más calor que en Haverford, ¡y todo era mucho más divertido! Se sentía como arrastrada por un río embravecido, y saludaba todas las cosas bellas que veía en sus orillas. No podía detenerse para observarlas con atención, pero estaban ahí, lanzando destellos a derecha e izquierda. Y cuando terminaba la mañana, cansada, se alegraba de volver a casa bajo el calor para ponerse a zurcir o a adornar sus camisones con lazos.

Auerbach tenía muy pocos alumnos en los meses de verano y le dedicaba mucho tiempo a Lucy. Le gustaba tenerla cerca y la animaba a pasar los fines de semana con su familia. Tenía una casa con jardín en South Shore. En cuanto llegaba la primavera, madrugaba para trabajar dos horas en el jardín antes de sus clases. Su mujer se levantaba con él y le preparaba el desayuno, mucho antes de que la criada o los niños se hubieran despertado. La señora Auerbach le decía a Lucy que no eran muchas las cosas que una podía hacer por su marido a medida que se iba haciendo mayor, y le gustaba ofrecerle un buen desayuno mientras disfrutaban de la casa para los dos solos.

Auerbach se interesaba de vez en cuando por Harry Gordon. Le agradaba aquel joven, y tenía esperanzas para Lucy. Ella no le contó que se había casado. Estaba

dolida, aunque fingiera desdén. Harry no tenía derecho a casarse; ¡pertenece a Lucy Gayheart desde hacía muchos años!

Una mañana de domingo estaban sentados a la sombra de la parra. El profesor, en mangas de camisa, empezó a interrogarla.

—Tengo la impresión de que has cambiado de planes, Lucy. ¿De verdad prefieres dedicarte al trabajo que estás haciendo con Clement en lugar de a la enseñanza?

Como ella no respondía, Auerbach siguió diciendo:

—No olvides que Clement es excepcional. Trabajar con la mayoría de los cantantes carece de interés, y tampoco pagan mucho. Para salir a escena siempre cuentan con un hombre.

Lucy seguía callada. Se mordió el labio y miró las hortalizas amarillas, más allá de la pérgola. Auerbach sonrió.

—¿Tienes otros planes? ¿Con el gran hombre del Oeste? Eso me gustaría mucho.

—Se equivoca, señor Auerbach. No es más que una amistad.

—Puede; aunque a mí no me importaría que llegase a algo más. La música depara muchas decepciones. Una casa bonita y un jardín en un pueblo, con dinero suficiente para no tener preocupaciones y una familia... es la mejor vida posible.

—Eso lo dice usted porque vive en la ciudad. La vida familiar en un pueblo es muy aburrida. Es como estar plantado en la tierra, igual que esas zanahorias. Yo prefiero que me arranquen y luego que me tiren.

Auerbach negó con la cabeza.

—No creo que lo prefieras. No es la primera vez que oigo hablar así a una persona joven. Todavía no has aprendido que lo principal es vivir.

Lucy le preguntó si no había más de una manera de vivir.

—Para una muchacha como tú no la hay, Lucy; eres demasiado buena. Tampoco estoy seguro de que la haya para mujeres de gran talento y gran ambición. Algunas tienen mucho éxito, pero yo no las envidio.

A la mañana siguiente, cuando abrió las ventanas del estudio y miró el lago, decidió que no volvería nunca más por casa de los Auerbach. La desanimaba. Auerbach no era más que un profesor de música alemán y testarudo; no pasaba de ahí.

XX

Lucy pasaba a veces las largas tardes de calor en el estudio de Sebastian, tumbada en el sofá, con las ventanas abiertas y las luces apagadas. ¡Qué extraño le resultaba estar allí, después de todo! Las últimas Navidades, cuando volvió a casa, ni siquiera había pisado aquel estudio, y se habría sentido afortunada por el mero hecho de ver a Sebastian saliendo de aquel edificio.

Este verano no viviría la lentitud de un pueblo. No pasearía por sus calles durante horas a la luz de la luna, hasta la oficina de correos y de vuelta a casa; hasta la pequeña iglesia luterana, en la otra punta de Haverford. A esa misma hora solía sentarse en las escaleras de la iglesia a contemplar la luna lejana, mientras todo era quietud y ella, por dentro, se sentía muy despierta. Cuando se cansaba de estar allí sentada, sólo podía volver a pasear por las calles, zambullirse en las negras carpas de sombra bajo los arcos frondosos e inmóviles, y emerger de nuevo a la blanca luz de la luna. Siempre tenía que esquivar a alguien. Apreciaba a Harry y a los chicos del pueblo, pero en noches así prefería estar sola. Se asombraba de no haber abierto un surco en la acera entre la iglesia luterana y el instituto, de tanto pasar por allí. Le extrañaba que no le estallase el corazón en esas largas vacaciones, cuando no veía una sola figura humana perfilada contra el cielo nocturno; cuando estaba completamente sola, contemplando la luna en el fondo de un pozo. Le tenía mucho cariño a su pueblo, pero era un amor que le rompía el corazón, como amar a los difuntos, que no pueden correspondernos.

Este verano, en la ciudad, el mundo le parecía grande y libre, como el lago que se extendía al otro lado de la ventana. No necesitaba pasar el día en lucha contra algo, sino que se sentía acompañada por algo que era mucho más fuerte que ella. No es que en su nueva vida no cupiera el dolor, pero no había en ella nada vacío o carente de sentido, nada que no fuera dulce recordar; ni siquiera esa noche en que pasearon bajo los árboles empapados de lluvia y respiraron juntos la amarga oscuridad.

Hubo, desde el primer momento, una sombra de tristeza en su amor por Sebastian, incluso antes de conocerlo. Cuando lo veía por la calle, en las escaleras del Museo de Arte o saliendo de la catedral, se sentía atraída por su aspecto solitario y desencantado. Ahora que Sebastian estaba lejos, Lucy acudía a veces a la iglesia donde se celebró el funeral de madame de Vignon y donde lo vio rezar con tanto fervor. La iglesia le parecía un recinto sagrado de aflicciones desconocidas para ella, pero se arrodillaba en el mismo lugar donde había visto arrodillado a Sebastian, y rezaba por él.

Recibía noticias ocasionalmente. No eran cartas de amor, sino notas breves; unas cuantas palabras sobre sus compromisos o sobre los estudios de Lucy. Siempre decían algo exclusivamente para ella: una anécdota, un recuerdo, una frase sobre algún lugar

que a él le había emocionado... una palabra humana. Sebastian la tenía al corriente de su itinerario, para que supiera siempre dónde estaba. Había concluido su trabajo en Múnich y se disponía a pasar las vacaciones en los lagos de Italia.

XXI

Una mañana la señora Auerbach salió al jardín para anunciarle a su marido que el desayuno estaba listo. Era el mes de septiembre, y el profesor estaba cortando las uvas.

Mientras su mujer iba a por el café, Auerbach se sentó y abrió el periódico. Ella oyó que la llamaba, y supo por su voz que algo terrible había sucedido. Entró corriendo en el comedor. Paul no dijo nada; señaló al periódico extendido en la mesa. La señora Auerbach leyó el titular y se desplomó en una silla, al lado de su marido. Leyeron juntos la noticia enviada desde Milán.

El día anterior, Clement Sebastian y James Mockford se habían ahogado al naufragar su embarcación bajo una tormenta imprevista en el lago de Como. Eran tres los ocupantes del barco: Sebastian, su pianista y el violinista belga Gustave Wiertz. El accidente fue presenciado desde la costa, y al momento se enviaron dos barcas de remo desde Cadenabbia, pero sólo fue posible rescatar a Wiertz. A continuación se ofrecía el relato del superviviente.

La brisa se detuvo por completo, pero no arriaron la vela. El velero volcó al sorprenderlos el vendaval de las montañas. Wiertz recibió una fuerte sacudida y salió disparado a una distancia considerable. Cayó al agua y, al emerger, vio a sus dos compañeros luchando con las olas. No se alarmó por Sebastian, pues era un buen nadador, pero Mockford no sabía nadar y parecía aterrorizado. Estaba colgado del cuello de Sebastian. Wiertz pensó que Sebastian lograría hacerse cargo de su pianista, que era mucho más ligero, y echó a nadar hacia los botes que se acercaban desde la orilla. Empezaba a sentirse entumecido, porque el agua estaba muy fría, y no se volvió a mirar. Cuando lo subieron a la primera barca, las dos cabezas habían desaparecido. El segundo bote de rescate siguió adelante, creyendo que los hombres tal vez se hubieran sujetado a la embarcación volcada. No encontraron a nadie. Mockford debió de sujetarse a su compañero con tanta fuerza que lo estranguló y lo arrastró consigo. Los cadáveres aún no habían sido recuperados.

Auerbach miró el reloj y exclamó:

—¡Dios mío, Minna! Tengo que ir a ver a Lucy antes de que se entere de esto. Todavía no son las siete, y creo que nunca baja a desayunar antes de las ocho.

—¡Espera, Paul, espera! Voy contigo. Puedo ponerme el abrigo y salir tal como estoy. ¡Ay, pobre chiquilla, pobre chiquilla!

LIBRO II

I

Parecía que el largo otoño dorado y azul en el valle del Platte no iba a terminar nunca. Las mujeres iban y venían por Haverford en pleno mes de noviembre con los trajes de paño que se llevaban en 1902, sin más abrigo que una estola de piel al cuello; nadie había sacado aún la ropa de invierno. Los árboles que se doblaban sobre las aceras eran un enjambre de hojas doradas; los grandes álamos de Virginia que bordeaban las orillas del río despedían destellos plateados y blancos hacia un cielo azul sólo ligeramente más suave que el cielo del verano. El aire tenía una belleza especial. Incluso quienes tenían derecho a quejarse porque apenas había llovido y el maíz se había quemado salían a sus jardines cada mañana con la sensación de que las cosas mejorarían el año siguiente y de que la vida valía la pena.

Una de esas mañanas, la señora de Alec Ramsay, viuda de uno de los fundadores de Haverford, estaba sentada junto al ventanal del salón, en su sillón de orejas favorito. Aunque pasaba de los setenta, muy pocos reparaban en que había envejecido, pues fue siempre una figura de autoridad en las vidas de mucha gente. Además, no aparentaba su edad; seguía siendo atractiva, no se había encorvado y tenía unos modales majestuosos. Los vecinos advirtieron que se había vuelto más dulce con el tiempo, más considerada y más atenta. Diez años antes, jamás se habría sentado en un cómodo sillón a las nueve de la mañana un hermoso día de otoño. La habrían visto pasar en el coche camino del campo, haciendo recados en Main Street o subiendo al expreso de Omaha para ir de compras. Seguía saliendo a pasear en el coche o a caminar todas las tardes, pero las mañanas las pasaba tranquila, como si necesitara hacer acopio de la energía que en otro tiempo había sido un recurso inagotable. También ahora se interesaba más por otras personas, por todos aquellos a los que conocía. Esa mañana, veía a los niños camino de la escuela; niños de corta edad, con pantalones cortos y chalecos, y niñas con sus vestidos de cuadros almidonados.

—¡Corre, Molly, corre! —animó a una niña gordita que llegaba brincando justo cuando empezaba a sonar la última campana.

Cuando la campana dejó de oírse y todos los niños del pueblo se encontraron a salvo en los tres edificios de ladrillo rojo que formaban la escuela, salieron a la calle las personas mayores, camino de la oficina de correos, para recoger su correspondencia: la mujer del doctor Bridgeman, que estaba entrada en carnes y salía a caminar para bajar peso; Jerry Sleeth, el silencioso carpintero adventista del Séptimo Día; el padre MacCormac, sacerdote católico; la presurosa y menuda señora Jackmann, que cantaba en los funerales y en cualquier ocasión posible. Uno tras otro fueron desfilando por delante de la casa, bajo los olmos arqueados y rebosantes todavía de hojas de color amatista y dorado.

La viuda se volvió en el asiento para hablarle a su hija, Madge Norwall, que había venido de Omaha a visitarla. La señora Norwall estaba en la habitación contigua al largo salón, tejiendo un suéter para el hijo que estudiaba en la Universidad.

—Mira, Madge, por ahí va Lucy Gayheart. Está tan cambiada, la pobre, que no la reconocerías. Antes nunca pasaba sin entrar a saludar un momento.

La esbelta muchacha que avanzaba por la calle no miraba a derecha ni a izquierda, y tampoco podía decirse que mirase al frente. Definitivamente no prestaba atención a nada, pensó la señora Norwall. Llevaba la cabeza un poco baja y los hombros caídos, como si quiera pasar inadvertida. La señora Ramsay no podía dejarla pasar así; se inclinó y tocó en el cristal de la ventana con su enorme sortija. La joven se detuvo, dirigió una rápida mirada a la ventana, sonrió, saludó ligeramente con la mano y siguió su camino.

La señora Ramsay la observó mientras se alejaba, con una mirada nostálgica y ansiosa en sus ojos azules, que seguían siendo hermosos, de un azul claro y levemente plateado, como el azul de los zafiros. Lucy siempre andaba deprimida, pero de otra manera. Antes daba siempre la impresión de que se disponía a hacer algo delicioso y de ninguna manera pudiera entretenerse. Ahora parecía como si huyera de algo o como si caminara con la sola intención de agotarse.

La señora Norwall se había acercado a la ventana y miraba por encima del hombro de su madre.

—No sé qué le pasa —murmuró la anciana—. Unos dicen que es por un amor de Chicago. Y otros dicen que es porque ha perdido su posición aquí. Yo no creo que se haya tomado tan a pecho una cosa así.

—Y otros dicen —añadió la hija— que es porque Harry Gordon la dejó plantada y se casó con la señorita Arkwright.

—¡De eso nada! —dijo la señora Ramsay, echando la cabeza hacia atrás con un arrebatado de su viejo ardor—. Si alguien dejó plantado a alguien, seguro que fue Lucy. Bastante suerte tuvo Harry de que Lucy se fijara en él. Nada más verlos juntos supe que él se casaría por despecho con esa mujer de cara larga. Lucy vale demasiado para él.

—Harry es un hombre de negocios importante, y muy atractivo —respondió la señora Norwall con voz socarrona.

—Atractivo por fuera, a lo mejor. Yo diría que es apuesto. En el fondo es tan tosco como todos los escoceses. Conocí a muchos como él en Escocia; nunca les avergüenza ahorrarse un penique, y luego van por ahí presumiendo y haciendo el gallito.

La señora Norwall sonrió y siguió tricotando. La madre siguió mirando por la ventana, asintiendo y sonriendo si alguno de los transeúntes miraba hacia ella, aunque apenas los veía. Pensaba en otra cosa. De pronto suspiró y dijo, como para sus

adentros:

—Sea lo que sea, ojalá no hubiera ocurrido. ¡Pobre Lucy!

La señora Norwall levantó la vista de su labor, casi sobresaltada por la belleza que detectó en la voz de su madre. No era la compasión inmediata y apasionada que se sentía por un niño enfermo o un amigo en apuros. No; era algo menos personal, más etéreo. Más parecido a la compasión divina. ¡Y eso que su madre era una mujer tempestuosa y personal! La hija pensó que, si la vejez producía esa comprensión y ese cambio en la voz, no había que temerla tanto.

Lucy Gayheart siguió adelante apresuradamente sin pensar en nada en particular, excepto que de vuelta a casa buscaría otro camino; tomaría Main Street hasta el antiguo instituto y allí torcería a la izquierda, a cuatro manzanas de la casa de la señora Ramsay. Siempre había querido y admirado a la señora Ramsay, y precisamente por eso ahora no soportaba verla. Sólo en una ocasión, desde que volvió a casa en septiembre, fue a saludar a la anciana, pero no fue capaz de quedarse más de unos minutos. Su vieja amiga no podía ayudarla: sólo había en Haverford una persona que pudiera ayudarla. Iba camino de la oficina de correos, con intención de encontrarse con él, como tantas mañanas en el pasado. Los hombres de negocios pasaban a eso de las nueve y media a recoger su correspondencia. De pronto cayó en la cuenta de que la campana de la escuela había sonado hacía un buen rato. Se le hacía tarde; apretó el paso.

Las dobles puertas de la oficina estaban abiertas, porque la temperatura era muy suave. Los hombres entraban y salían. Lucy se acercó al casillero de su padre y giró despacio la cerradura de seguridad, introduciendo a propósito una combinación que no era la suya. Necesitaba ganar tiempo. En pocos momentos entraría Harry Gordon. El casillero del banco se encontraba un poco apartado del de Jacob Gayheart. Harry pasó por detrás de Lucy sin verla, abrió el buzón y echó las cartas en una cartera de cuero. Al darse la vuelta, se encontró de frente con Lucy.

—Buenos días, Harry.

Harry levantó la vista, se quitó el sombrero y dijo:

—¡Vaya, buenos días, Lucy! —Parecía muy sorprendido de verla allí, como si ella nunca se hubiera marchado del pueblo ni hubiese regresado, como si nunca hubiera existido entre ellos una amistad especial. Habló con la cordialidad impersonal con que trataba a los clientes menos importantes o a sus mujeres, como si Lucy fuera una chica de alguna de las granjas hipotecadas de las que de buena gana se libraría. Y la miró como si llevara unas lentes muy gruesas, aunque nunca las había necesitado. Los ojos azul claro eran agudos, brillantes y fríos como carámbanos. No estaba envarado; actuó con la mayor naturalidad, y salió de la oficina a la calle con esa zancada confiada y fácil con la que alcanzaba la base en sus tiempos de jugador de béisbol, cuando era el mejor *pitcher* del valle del Platte y Lucy una niña que veía el

partido desde las gradas.

Así se habían encontrado muchas veces desde que Lucy regresó a Haverford, siempre de la misma manera: la misma sorpresa fingida, la misma mirada y el mismo tono, con alguien que conocía perfectamente todos los matices de su voz. Si él se hubiera comportado con incomodidad o brusquedad, Lucy habría sabido cómo abordarlo; pero no había manera de romper esta actitud. Los granjeros endeudados no lo lograban cuando Harry les proponía un acuerdo poco favorable para ellos y muy favorable para él. Su cordialidad, enérgica y natural, era tan convincente como su carácter espontáneo. Se mostraba tan abierto, tan distinto de un avaro, que un hombre corto de entendederas no caía en la cuenta de haber aceptado un mal acuerdo hasta que estaba ya en el carro, de vuelta a casa.

Mientras se alejaba de la oficina de correos, Lucy pensaba en cómo transmitirle un mensaje. No deseaba mucho más que una mirada amiga cuando se cruzaban en la calle, una mirada como las que Harry le dirigía en el pasado, despreocupada y alegre. Le bastaba con que de vez en cuando se detuviera en la esquina para contarle una anécdota divertida con su voz verdadera, que muy pocas personas llegaban a oír, y la mirase con aquella amabilidad sincera que antes era una especie de código cifrado en todos sus encuentros.

No volvió a casa directamente, aun sabiendo que Pauline estaba esperando el periódico. Fue hasta un extremo de la ciudad, donde se encontraba la pequeña iglesia luterana, y se sentó en las escaleras. Aquél era el punto más alto del pueblo, al borde de los campos, y desde allí se divisaban las colinas bajas, parcheadas de tierra marrón y de surcos de trigo, hasta los meandros del Platte. Se sentó porque estaba cansada, y perdió la noción del tiempo. El sol caía con tibieza sobre los escalones de madera. Un naranjo de Luisiana ocultaba la única casa próxima, y el lugar era agradable y tranquilo. De pronto oyó una campana... ¡la campana de la escuela! Debían de ser las once. Volvió a casa rápidamente.

Pauline estaba en el comedor, poniendo la mesa. Lucy se acercó directamente.

—Lo siento, Pauline, se me olvidó traerte el periódico. Fui a dar un paseo y me entretuve más de lo que pensaba.

—¡No te preocupes! —dijo Pauline, en ese tono alegre con que solía señalar que algo no le parecía nada bien.

Lucy dejó el periódico y subió a su habitación. ¡Por qué se había vuelto tan sensible a las voces de los demás! Todos parecían hablarle con recelo, en un tono que no era natural. La de su padre parecía la única voz sincera en todo el pueblo.

Pauline avisó a Lucy de que el almuerzo estaba listo. Lucy bajó al comedor y ocupó su puesto en la mesa, en frente de su hermana. El señor Gayheart almorzaba siempre en el pueblo, en la cervecería Bohemian. Pauline trajo una fuente de chuletas de cordero; el café y las verduras ya estaban en la mesa.

—¿Alguna carta importante? —preguntó, mientras se sentaba.

—¿Importante? No —dijo Lucy, suponiendo que su hermana se refería a alguna carta que reclamase su presencia en Chicago.

Pauline no paraba de hablar. Desde que era pequeña, Lucy había aprendido a abstraerse cuando su hermana divagaba. (Ya entonces le parecía que la mayoría de las mujeres hablaban demasiado.) En ese momento, intentaba concentrarse en cualquier cosa que estuviese fuera de la casa. Pauline comía de una manera muy informal cuando estaban solas; se olvidaba de comer para seguir hablando, y luego engullía como un pavo. A Lucy se le hacía más difícil ahora pasar por alto ese tipo de cosas. Le molestaban y hacían que se replegara en sí misma.

De repente, Pauline dijo algo que de verdad quería decir, y Lucy lo oyó.

—¡Ah, casi se me olvida! Ha llamado por teléfono la señora Ramsay para pedirte que pases por su casa esta tarde a última hora. Te quiere expresamente a ti, porque yo estuve allí la semana pasada, al día siguiente de que llegara Madge. Ya sabes que a todos nos gustaba mucho Madge. ¿Te puedes creer que su hijo ya está en la Universidad?

—Sí, me acuerdo de él. Lo llamábamos Toddy. Su verdadero nombre era Theodore, ¿verdad? Supongo que tendré que ir.

—Por supuesto que irás. Siempre fuiste su favorita. —Pauline pronunció esta última frase con generoso énfasis, y Lucy tuvo que admitir que era muy amable de su parte. La señora Ramsay siempre las había tratado de un modo distinto. Aunque ¿podía considerarse la generosidad una virtud cuando iba acompañada de una pulla? ¿No se parecía más a la compasión y a la dulzura del rocío? La voz de su hermana la sacó de su ensoñación—. ¡Lucy, no estás comiendo nada otra vez! Por eso has perdido el color. Ya sabes que la palidez no te favorece. Han sacado un nuevo preparado de aceite de ricino que...

Lucy la interrumpió con firmeza.

—Pauline, ya tomé ese medicamento nada más llegar a casa para complacerte, no porque creyera que fuese a hacerme ningún bien. Eso no ayuda a comer cuando alguien no tiene apetito. Me he pasado todo el verano trabajando y al final tuve una especie de crisis nerviosa. Lo único que me ayuda es estar sola el mayor tiempo posible. Por eso volví a casa y por eso no salgo a ver a nadie. Por eso te he rogado que no talaras los manzanos. No he perdido mi trabajo, como piensan algunos de nuestros amigos. Mi partida le ha causado muchos problemas al profesor Auerbach, pero él nunca me habría permitido trabajar estando enferma.

—Bueno, Lucy —dijo Pauline mientras empezaba a retirar los platos—. Es la explicación más razonable que me has dado hasta la fecha. Yo quiero ayudarte a que te encuentres bien, naturalmente. Pero, si esperas que los demás te ayuden, tienes que contar un poco lo que te pasa. Y hasta el momento nos has tenido en la oscuridad.

—Lo sé —respondió Lucy, abatida; pero se atrincheró y clavó la mirada en el suelo—. No soy una persona demasiado razonable. Has tenido que soportar muchas cosas. Creo que empiezo a sentirme un poco mejor.

Pauline le había hablado con cariño, y en ese mismo tono siguió diciendo:

—Tienes que ser sincera y abierta con los tuyos, Lucy, en lugar de fingir. Nosotros no somos así, y no sabemos cómo actuar.

—Sí, Pauline, lo comprendo. —Lucy habló en voz muy baja. No estaba enfadada, pero volvió a su habitación sin mirar a su hermana una sola vez a los ojos.

Poco después Pauline la vio salir de casa, con un vestido viejo, y desaparecer entre los manzanos, por detrás del jardín.

II

Estuvo toda la tarde tumbada al sol debajo de un manzano de ramas bajas, sobre la hierba seca de color tostado. El huerto ocupaba algo más de una hectárea y subía por una colina. Desde su rincón, Lucy lo veía descender entre las hileras de árboles nudosos y retorcidos. Aún colgaban de las ramas pequeñas manzanas rojas y algunas hojas ajadas, de un verde grisáceo. Hacía años que nadie se ocupaba del huerto, y ya no valía la pena recoger la fruta. Lucy había pasado allí la mayor parte de aquel otoño largo, suave y pertinaz.

Hay, en la forma de las hojas de los manzanos viejos, a los que se ha dejado crecer a su antojo, algo que reconforta el corazón. Allí, Lucy podía recordar y pensar, al tiempo que intentaba comprender qué le había sucedido: recordar cómo los amables Auerbach se habían presentado esa mañana (qué lejos parecía) para llevársela con ellos. Sin necesidad de que nadie se lo dijera, Paul comprendió que Lucy debía volver a casa, que no deseaba volver nunca a Chicago.

La señora Auerbach se ocupó de preparar su equipaje, de dar explicaciones a los dueños de la panadería, de comprar su billete de tren y de acompañarla a la estación. Incluso recogió algunos «recuerdos» del estudio de Sebastian antes de que llegara su abogado para llevárselo todo; algunos pañuelos olvidados en un cajón, un par de guantes y fotos de Sebastian con sus amigos, además de algunos libros y partituras anotadas. Reunió estos objetos sin consultar con Lucy y se los envió a Haverford en un paquete. Ahora estaban en el fondo de un baúl. No significaban nada para ella; no soportaba verlos.

Su corazón se había congelado y su mundo destruido en un instante: eso le había ocurrido. No podía siquiera tomar aire o hacer un solo movimiento con libertad en el mundo que le quedaba. Sólo podía respirar en ese otro mundo que evocaba en su memoria. Había existido, y se había esfumado. Cuando miraba la casa en la que había crecido, se sentía tan extraña que no se atrevía a tocar nada. Hasta en su propia cama estaba tensa, en guardia ante algo que intentaba arrebatarse sus hermosos recuerdos, convencerla de que eran ilusiones y nunca habían sido otra cosa. Sólo en el huerto le parecía encontrarse a salvo. Allí recuperaba los sentimientos que había vivido.

La casa de su padre era muy agradable, y Lucy siempre se había sentido orgullosa de ella. Sin embargo, todas esas viviendas de madera de las pequeñas poblaciones del Medio Oeste eran construcciones muy endebles, para gente sin nervios. Los tabiques eran demasiado finos, sobre todo entre las habitaciones del piso de arriba. Lucy ocupaba la habitación contigua a la de Pauline. No podía llorar, ni encender la luz, ni dar vueltas en la cama, sin que su hermana la oyera.

En el huerto, incluso podía hablar consigo misma, y eso era un gran consuelo. Le encantaba repetir fragmentos de algunas canciones de Sebastian, esforzándose por

captar exactamente su expresión, su acento, su fraseo. Incluso intentaba cantarlas. Esto la hacía llorar, pero también fundía el hielo de su corazón y la llevaba más cerca de él que ninguna otra cosa. Cantaba mil veces la primera canción que había tocado para él, «Ah, si hubiera sabido... dónde podría encontrarlo...», la repetía con dulzura, con pasión, hasta que se ahoga en lágrimas. La aliviaba decir estas cosas a su corazón en voz alta, como si una parte de Sebastian aún siguiera viva en este mundo. A veces lo oía cantar en sueños, y los dos, ella y él, quedaban envueltos en una belleza y una felicidad que no eran de esta vida. «Así brillarán los justos como el sol en el reino celestial del Padre.» Eso sentía Lucy cuando oía en sueños la voz de Sebastian.

Otras veces tenía miedo de dormir, y en lugar de acostarse se sentaba en un silla junto a la ventana, y se allí pasaba las horas sin atreverse a entrar en la cama. Hubo noches en que al perder la conciencia cayó en un lago de agua helada, donde intentaba liberar a un hombre de una cosa blanca que se aferraba a él y que lo estaba ahogando. Sebastian siempre tenía los ojos cerrados, como si ya estuviera muerto, mientras que los ojos verdes del otro, por detrás de su hombro, estaban abiertos, llenos de codicia y de terror. Despertaba de estos sueños aterrida de frío, agotada tras el combate por deshacer aquel cobarde abrazo, y se quedaba el resto de la noche despierta, temblando. ¿Por qué no llegó a decirle nunca a Sebastian que sabía que ese hombre se había propuesto destruirlo? ¿Por qué no se había arrojado a sus pies y le había suplicado que se librase de Mockford, porque era cobarde, envidioso y traicionero? ¡Ella lo sabía!

Lucy temía sincerarse con nadie después de una de esas noches aterradoras. El incidente más nimio podía hacer añicos su escaso control. Helada, temerosa y vacilante, salía en busca de los manzanos, hasta que el pánico iba pasando y la dureza de su pecho se suavizaba. Estaban a punto de talar el huerto, y los viejos árboles recibían el sol por última vez ese otoño.

Justo detrás del huerto se extendían los prados donde el señor Gayheart llevaba a su caballo, cuando aún tenía uno. Dos años antes, Pauline decidió plantar en esos prados cebollas españolas. Las cosechas fueron muy provechosas, y esto selló el destino del huerto.

Lucy llevaba sólo unas semanas en casa cuando, una mañana, el ruido de un hacha la sacó del sueño. Escuchó un momento lánguidamente y comprendió que no estaban cortando leña. El ruido no se parecía en nada al que se hace al cortar la madera ya talada; no tenía ninguna vibración. El hacha se clavaba en la materia viva. Saltó de la cama, se puso una bata y corrió hasta la habitación de su padre, en la parte de atrás de la casa, que daba al jardín y al huerto. El señor Gayheart se estaba afeitando en el cuarto de baño. Desde la ventana vio a un hombre en el huerto, talando un manzano. Bajó corriendo a la cocina, donde Pauline preparaba el desayuno, y le pidió que saliera al huerto, de prisa. Alguien estaba talando un árbol.

Pauline miró por el rabillo de sus ojos bastante pequeños. Su voz no sonó natural cuando intentó responder con calma.

—Le dije a Poole que viniese hoy, pero no tan temprano. Siento que te haya despertado.

—¿Qué le pasa a ese árbol? ¿Por qué lo está talando?

Pauline cascó un huevo en la sartén caliente.

—¿No te había dicho que vamos a quitar el huerto?

—Quitarlo... ¿Dónde está padre?

Alarmada por la nota de pánico que detectó en la voz de su hermana, Pauline dejó el resto de los huevos detrás del fogón y se volvió hacia Lucy.

—Padre está de acuerdo. Seguramente debes saber, Lucy, que cuenta con muy poco dinero para mantener esta casa. Mis cebollas nos han ayudado mucho. Voy a talar el huerto este otoño y a preparar la tierra para que en primavera podamos sembrar patatas y cebollas. No puedo pasarme el día yendo a las granjas para supervisar el trabajo, y estoy segura de que los arrendatarios me engañan. Aquí puedo vigilar la cosecha y sacar un buen beneficio. Tengo que hacer algo para seguir manteniendo esta casa.

—Pero, Pauline, no lo hagas este otoño. ¡No lo hagas ahora que me encuentro tan mal!

—Intenta ser razonable, Lucy. Ya lo he dispuesto todo, y si lo aplazo pierdo la cosecha de un año.

Lucy apenas era consciente de lo que hacía. Se aferró a la mano carnosa de Pauline y gritó con furia:

—¡No puedo soportarlo, no puedo! Es lo único que tengo en el mundo en este momento. Déjalo este año, y te prometo que te pagaré todo lo que pierdas. En seguida volveré a ganar dinero, y te pagaré hasta el último céntimo, Pauline. ¡Sal y dile a ese hombre que se vaya! ¡Escucha, lo ha derribado! Seguirá con otro. ¡No puedo soportarlo! —Se desplomó en una silla y hundió la cabeza entre los brazos desnudos en la mesa de la cocina. El pelo le colgaba en dos trenzas por encima de los hombros, agitados por terribles sollozos. Pauline frunció el ceño, aunque se le llenaron los ojos de lágrimas. La desesperación y la angustia de Lucy eran auténticas, y parecía completamente indefensa. Jamás había suplicado así por nada, desde que era una niña. Pauline se inclinó sobre la mesa para dar a su hermana un abrazo torpe y espasmódico.

—Vamos, vamos, hermana. No pensé que fueras a tomártelo tan mal. Esperaré hasta el próximo otoño. Pero ¿no te pasará lo mismo entonces?

Lucy levantó la cabeza.

—Para entonces ya no estaré aquí. Estaré ganándome la vida en otro sitio. Sé que tienes que compensar la despreocupación de nuestro padre —dijo esto en voz muy

baja, con un nudo en la garganta—. Pero si me ayudas... si me ayudas sólo este año, te aseguro que no te arrepentirás. Algún día lo entenderás.

—De acuerdo, mi niña. Iré a decirle a Poole que se vaya. Tú sube a vestirte. Llévate esta taza de café y tómatelo mientras te arreglas.

Lucy aceptó el café con gratitud y volvió a su habitación despacio, dócilmente, como un niño al que han azotado hasta doblegar su voluntad, como suele decirse.

En lo alto de la escalera, junto a la puerta de la habitación, se encontró con un hombre que también temía a Pauline. Estaba recién afeitado, llevaba una camisa limpia, y se había frotado la perilla y el pelo gris con ron de malagueta. Le quitó a Lucy la taza de las manos, la dejó encima de la cómoda y abrazó a su hija. La besó con amor, como hacía siempre cuando la besaba, en los labios, en los ojos y en el pelo. No dijo una sola palabra pero, sin dejar de abrazarla, la llevó hasta su cuarto, con la taza de café en la mano.

III

Al volver del huerto, poco antes de que cayera el sol, se encontró con Pauline que la esperaba en el porche trasero, con un chal sobre los hombros.

—Lucy, vas a coger frío. No tendrías que estar fuera pasadas las cuatro sin abrigarte. Cuando eras pequeña no había manera de que te abrigaras. Y sigues igual. La señora Ramsay ha vuelto a llamar; quiere hablar contigo. Tendrás que ir a verla esta noche.

Lucy dijo que no tendría más remedio. Sólo había una cosa que le gustara hacer por la noche. Tocaba con su padre algunas sonatas de Mozart cuando él volvía de la relojería. El señor Gayheart desafinaba con el violín, pero parecía disfrutar de estos dúos tanto como ella.

Después de cenar fue paseando hasta el pueblo y entró en la calle popularmente bautizada como la calle «Calidad», porque en un extremo vivía la señora Ramsay y en el otro, los Gordon. La señora Ramsay estaba sentada en su sillón de orejas, junto al ventanal, con las persianas levantadas y las cortinas de seda retiradas. Su ventana siempre estaba expuesta a la vista de todos, a pesar de que se encontraba tan cerca de la calle que cualquiera podía asomarse a mirar; los vecinos decían a veces que la señora Ramsay recibía a sus visitas en el calle. Cuando era niña a Lucy le encantaba ir a esta casa, con sus habitaciones acogedoras, sus muebles antiguos y sus mullidas alfombras de flores. Le gustaba lo lejos que se encontraba el salón de la cocina, porque allí no se mezclaba todo el mundo, como ocurría en su casa. La señora Ramsay era la única mujer del pueblo que tenía dos criadas. Pauline le había contado que la señora de Harry Gordon tenía un matrimonio a su servicio.

Lucy besó a la señora Ramsay en la mejilla y se sentó a su lado, en el taburete de bambú tapizado con un almohadón rojo donde se sentaba cuando aprendía a hacer ganchillo. Aquella casa no cambiaba jamás y tenía algo que hacía muy grato el retorno. Destilaba realidad, color y calor, porque la mujer que la había construido y que la dirigía tenía las mismas cualidades.

—Lucy, querida, últimamente no me tratas tan bien como antes. ¿Me he vuelto demasiado vieja para ti?

Lucy murmuró que no le gustaba ver a sus amigos cuando se sentía apagada y triste. Había pasado el verano trabajando en la ciudad, y no le había ido muy bien.

—Cuando llegó el otoño no estaba en condiciones de hacer nada. La mujer de mi profesor se ocupó hasta de prepararme el equipaje... ¡Figúrese cómo estaría que se lo permití!

La señora Ramsay le acarició la mano. No habían despedido a Lucy, como decían algunas personas.

—Bueno, querida, si no tienes ganas de hablar, al menos podrías venir de vez en

cuando a tocar para mí. Mandé afinar el piano en cuanto supe que habías vuelto. Y ahí está; Madge no lo toca nunca.

Lucy se animó.

—¿Eso le gustaría? ¡Creo que a mí también! En casa sólo tenemos un viejo piano vertical. El que tiene mi padre en la relojería es un poco mejor, pero me molesta que la gente ande entrando y saliendo. De niña no me importaba.

—¿De niña? ¡Dios mío, Lucy! ¿Y qué eres ahora? No, no te conviene practicar mucho en casa. Pareces cansada, querida; se te nota al andar. Necesitas un buen descanso al aire libre, y no hay aire como el del valle del Platte. Denver está demasiado alto y Chicago demasiado bajo. Estos otoños nuestros no los tiene nadie. El otoño que pasamos en Escocia fue espantoso. ¡Mira que el señor Ramsay estaba empeñado en ir allí, y terminó hartos!

Lucy dijo que sí, que se alegraba de estar en casa. Un año seguido en la ciudad había sido excesivo.

—Pero fue un buen año, ¿verdad que sí? Seguro que disfrutaste con tu trabajo, de lo contrario no te habrías quedado. Y espero que además de trabajar te divirtieras mucho. No me gusta que los jóvenes con talento se tomen las cosas demasiado en serio. La vida es corta; hay que recoger las rosas mientras aún es tiempo. Estoy segura de que tú habrás recogido algunas.

Lucy sonrió con indulgencia.

—Unas cuantas.

—Pues recoge todas las que puedas, Lucy. Lo único que importa es vivir. Aprovecha la vida. Te lo digo yo, que soy vieja. Los éxitos son los ornamentos de la vida, pero no son lo primero. Unas veces nos decepcionan los demás, y otras nos decepcionamos a nosotros mismos. Lo importante es seguir viviendo. Tú apenas has empezado a vivir. No dejes que una mala primavera te quite la ilusión. Tienes por delante un largo verano, y al final todo se soluciona.

Lucy no entendía por qué no podía hablar con su amiga. De camino había pensado pedirle a la señora Ramsay que invitase alguna tarde a Harry Gordon (nadie rechazaba una petición de la anciana), para tener la ocasión de charlar con él. Y ahora era incapaz de decírselo. Se levantó con un suspiro y se acercó al piano.

Estuvo tocando casi una hora. Le gustó tocar de nuevo aquel piano, que era el único bueno en todo el pueblo. Años antes, Lucy estaba convencida de que debía de ser de los mejores del mundo. La señora Ramsay la escuchaba muy erguida en su sillón, con el codo en un brazo del asiento y la cabeza ligeramente apoyada en la punta de los dedos.

Si se hubiera vuelto a mirar por la ventana, la señora Ramsay habría visto pasar a un hombre alto con aire pomposo. (Las persianas seguían levantadas, y el interior iluminado resultaba tan claro para cualquier transeúnte como un escenario en un

teatro a oscuras.) El hombre no siguió en línea recta al llegar a la esquina, tal como debía, sino que giró a la izquierda y pasó por delante de la acera que bordeaba el jardín y la cochera de la señora Ramsay. Tuvo el fuerte impulso de acercarse a la puerta y entrar en el salón... casi llegó a hacerlo. En ese momento se disponía a dar la vuelta a la manzana para contemplar de nuevo la escena, pero al llegar a la esquina se recompuso y siguió su camino. Su orgullo le señaló que sólo se había desviado una manzana. ¡No fue un golpe demasiado fuerte!

En los pueblos, las vidas de las personas discurren muy cerca las unas de las otras; los odios y los amores palpitan sueltos, casi tocándose las alas. En la misma acera por la que pasa todo el mundo, si es que uno ha llegado a marcharse alguna vez, es inevitable pasar algún día a muy pocos centímetros del hombre que te engañó y te traicionó o de la mujer a la que deseas más que nada en el mundo. Su falda pasa a tu lado. Das los buenos días y sigues de largo. Es imposible no rozarse. En el resto del mundo las posibilidades de huir no son tan escasas.

IV

Lucy volvió de casa de la señora Ramsay de buen humor y se metió en la cama. A las cuatro de la madrugada, un grito de súplica y de terror procedente de la habitación contigua despertó a Pauline. A continuación se oyó un gemido ahogado que la estremeció. En cierta ocasión, un carro atropelló a un cachorro delante de la casa, y el animal había gemido igual.

No era la primera vez que Lucy gritaba en sueños. Normalmente se despertaba en seguida, y Pauline la oía dar vueltas en la cama y cambiar las almohadas. Nunca entraba para hablar con ella; la verdad es que tenía miedo. No cabía duda de que algo le ocurría a Lucy, y Pauline se alegró de no talar el huerto. A su hermana le sentaría bien tomar el sol.

Pauline quería mucho a Lucy, a su manera, aunque a veces llegaba a detestarla. El odio y el cariño no son incompatibles en una familia; a menudo florecen y prosperan estrechamente unidos. A Pauline le molestaba todo lo que en Lucy era más característico y personal, sin dejar de ser fiel a lo que, según ella, era propio de los Gayheart. Cuando alguien elogiaba el talento musical de Lucy, Pauline siempre decía: «Sí, los Gayheart tenemos buenas dotes para la música. ¡Ojalá hubiera podido educar mi voz...!». Pauline era soprano y dirigía el coro de la iglesia luterana.

Pauline era una persona mucho más complicada que Lucy: sus modales afanosos y enérgicos no llegaban a resultar convincentes, pese a toda su vehemencia. Daba la impresión de que no se correspondían con sus verdaderos sentimientos y opiniones, fueran éstos los que fuesen. Podía decirse que iba siempre por detrás de sí misma. La mujer regordeta y parlanchina a la que uno se encontraba camino del ensayo con el coro o en alguna merienda era un maniquí que Pauline llevaba por delante; nadie había visto quién lo empujaba desde atrás y nadie sabía cómo era esa persona. De hecho, se decía a sí misma que «mostraba una fachada». Le parecía muy necesario. Su padre era un hombre raro que no se parecía en nada a los hombres de negocios del pueblo; y era evidente que Lucy no era como los demás. Alguien tenía que ser «normal» (una palabra que Pauline empleaba muy a menudo) y mantener la posición de la familia en la comunidad.

Cuando Lucy era pequeña, Pauline la quería mucho y se sentía muy orgullosa de ella, como si fuera un adorno personal que diese valor a su propia persona. Pauline tenía sólo dieciocho años cuando la muerte de su madre la obligó a ocuparse enteramente de Lucy. Los amigos y los vecinos alababan cómo la había criado. Lo cierto es que le gustaba mucho cuidar de su hermana, aunque las rabietas de la niña y su manía de escaparse la sacaran de quicio muchas veces. Pauline no empezó a tener celos hasta que Lucy empezó el instituto. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que todo el mundo, hasta el pastor luterano y su mujer, la trataban a ella de una

manera y a su hermana de otra. La señora Ramsay y la madre de Harry Gordon siempre estaban llamando a Lucy con uno u otro pretexto, mientras que a ella sólo la invitaban cuando daban una cena para la iglesia o cuando organizaban una rifa para los bomberos. Y su padre se lo consentía todo a Lucy; ésa era la principal causa de sus celos. Si en el desayuno Pauline le decía a su hermana que volviera directamente a casa después de las clases para ayudarle a planchar, el señor Gayheart se apresuraba a decir que Lucy debía pasar primero por la relojería a tocar el piano.

Tras meses de sufrir en silencio, un sábado por la tarde Pauline entró en la habitación de su padre y le dijo que quería hablar con él. ¿Debía seguir cargando con todo el peso de la casa ahora que Lucy tenía edad suficiente para compartirlo? ¿Era eso justo para ella o bueno para Lucy?

El señor Gayheart dejó el periódico que estaba leyendo y miró a su hija.

—Es importante que estudie su música y que toque el piano donde yo pueda vigilarla. Si tienes demasiado trabajo en casa, pide ayuda a una de las hijas de Kohlmeyer. Te costará un dólar al día.

Pauline protestó y dijo que no era en ella en quien estaba pensando, sino en Lucy. ¿Era bueno para una niña crecer sin responsabilizarse de nada, mientras se lo daban todo hecho?

—Quiero que crezca delante del piano. Ahí será más útil, porque ése es su sitio —respondió el padre, y siguió leyendo el periódico.

—El piano está en el salón —se dijo Pauline, mientras volvía a su cuarto—. Siempre ha sido igual: el gato del salón y el gato de la cocina.

El señor Gayheart tenía a su hija mayor por una joven de sentido común; debía comprender que Lucy era diferente; todo el mundo se daba cuenta. No debía protestar por eso.

Harry Gordon era menos obtuso. Sabía que Pauline estaba celosa. Cuando se encontraban en la calle, o cuando Pauline entraba en el banco para hacer un recado, Harry se esforzaba por ser amable con ella y todas las Navidades le enviaba una gran caja de dulces. Muy rara vez iba a casa de los Gayheart, ni siquiera para ver a Lucy. Sólo se acercaba a buscarla para invitarla a dar un paseo en coche o ir a un baile.

Pauline sabía que podría ser tan popular como Lucy si fuera tan guapa como su hermana. A decir verdad, Pauline era popular. La gente decía: «Pauline es muy sensata». No debería molestarle, puesto que ése era el papel que había decidido interpretar. Pero lo cierto es que le molestaba, y mucho. La paraban por la calle para preguntarle cuándo volvía Lucy de Chicago. Las mujeres de más edad parecían iluminarse y la miraban con ojos expectantes al comentar lo guapa que se estaba volviendo Lucy, como si también Pauline debiera resplandecer. Ella hacía cuanto podía a tal efecto, pero su brillo era más bien verdoso, como el de una luciérnaga.

Lucy nunca fue consciente de estos sentimientos ocultos en Pauline. Parecía

siempre contenta por cualquier cosa, incluso por el buen tiempo. En realidad no tenía la menor idea de cómo era su hermana; jamás se había parado a pensarlo. Pauline la había criado, había cuidado de ella cuando estaba enferma, y se había encargado de organizar sus fiestas de cumpleaños y de Navidad. Pauline era «buena», y las personas buenas siempre eran quisquillosas y un poco pelmas. Su casa era un lugar donde, por alguna razón, Lucy nunca llegaba a sentirse completamente libre, fuera del huerto y el desván. Aunque siempre habría negado tal extremo, lo cierto es que creía que la manera de llevar la casa que tenía Pauline era más pretenciosa que eficaz. A pesar de su supuesta diligencia, Pauline era en realidad muy indolente, como su padre.

Allí donde existe un motivo de agravio, es probable que existan más. Pauline pensaba que su padre no tenía dinero para que Lucy se marchara a estudiar lejos de casa. Lucy no ganó un céntimo los dos primeros inviernos que pasó en Chicago. El señor Gayheart costaba sus clases y su manutención; por eso siempre andaba corto de dinero y por eso Pauline tenía que sembrar cebollas. Si Lucy se hubiera disculpado, si se hubiera mostrado más humilde y hubiera ahorrado un poco, sería menos culpable a los ojos de su hermana. Pero Lucy no había hecho nada de eso; era como si nunca pensara en el dinero. Cuando lo tenía lo gastaba alegremente. En su fuero interno se negaba a ser pobre. Una sola expectativa había permitido a Pauline soportar la despreocupación de Lucy y su alarmante derroche de los recursos familiares. Lo único que ésta podría haber hecho para recompensar a su familia por los «sacrificios» que hacían por ella era casarse con Harry Gordon. Pauline contaba con eso, y al final había quedado en nada, o en menos que nada. La gente sentía lástima de los Gayheart. Pauline seguía yendo con la cabeza alta, aunque se sentía herida en su orgullo al pensar que a Lucy la habían plantado. Tenía celos de Lucy, y al mismo tiempo cuidaba celosamente de ella.

V

Lucy andaba despacio por una céntrica calle del pueblo, en dirección al Banco Platte Valley. Llevaba en el bolso un cheque de Chicago, por importe de lo que había dejado en la ciudad. Hacía más de una semana que pasaba una y otra vez por delante del banco, con la esperanza de ver a Harry Gordon en la ventanilla de caja y sorprenderlo antes de que pudiera escabullirse a su despacho. Esa mañana volvió a mirar una vez más; Milton Chase, el joven empleado, atendía la ventanilla. Lucy pasó de largo, caminó con deliberación hasta el final de la calle principal y entró en la estación de la Union Pacific.

Se entretuvo un rato mirando los carteles en la sala de espera antes de regresar al banco. Esta vez Harry estaba en la ventanilla de caja. En algún momento tenía que ocurrir. Entró rápidamente y fue derecha a la ventanilla.

—Buenos días, Harry. ¿Podría abrir una pequeña cuenta corriente mientras esté en casa?

—¡Desde luego! Milton —llamó Harry por encima del hombro—, ven un momento, por favor.

Milton acudió, y Harry se hizo a un lado y lo empujó hacia la ventanilla. Luego, en su mejor tono profesional, indicó a su contable:

—La señorita Gayheart desea abrir una cuenta con nosotros. Asígnale una libreta de ahorros. Y quiero que la atiendas con la mayor atención. Estaremos encantados de hacer cualquier cosa para complacerla, ¿entendido? —Y dicho esto se alejó de la ventanilla.

Lucy no sabía qué ocurriría a continuación, hasta que salió del banco con una libreta de ahorros y una chequera en el bolso. Una vez más había fallado.

Pensaba que, si Harry la hubiese atendido personalmente, habría tenido valor para pedirle que le permitiera pasar un momento a su despacho y decirle... no sabía qué exactamente. Tal vez hubiera intentado explicarle que esa noche, en el restaurante del Auditorium, le había contado una mentira. Y le habría pedido que fuera amable con ella, por los viejos tiempos, y que charlaran amigablemente cuando se encontrasen por casualidad. No esperaba nada más, pero significaba mucho para ella.

¿Y por qué, se preguntaba mientras volvía a casa a ciegas, con los ojos vueltos hacia dentro, significaba tanto para ella? No lo sabía. Tal vez fuera una ilusión, como la sensación que tuvo en Chicago de que si volvía a casa no sufriría tanto. Tal vez fuera porque Harry era grande y fuerte, y un poco duro. Conocía el mundo mejor que nadie en el pueblo y tenía cierta imaginación. Subía y bajaba, estaba vivo, se movía. No estaba estancado, no era perezoso, no era un borrego. Ciertamente casi siempre era engreído y astuto, pero de vez en cuando emitía un destello. Había un hombre oculto bajo tantas capas de cautela; en su fuero interno no estaba domesticado. Lucy creía

que, si Harry le cogía la mano o la miraba directamente a los ojos y emitía esa antigua señal, tal vez algo pudiera despertar y poner en marcha la maquinaria que la ayudaría a seguir adelante.

VI

La chiflada de Fairy Blair volvió a casa para el día de Acción de Gracias. El mismo día de su llegada se encontró con Lucy en la calle, con un gorro y un suéter verde hierba.

—¡Hola, Lucy! Espera un momento. —Le dio alcance y la cogió del brazo—. Pasearé contigo. Tengo algo que contarte. Una de mis compañeras de la fraternidad tiene un hermano que estudia con el profesor Auerbach. Se llama Sidney Gilchrist, ¿lo conoces? Dice que Auerbach te adora y que le dice a todo el mundo que eres su mejor alumna. ¿No te alegras? ¡Bueno, siempre has sido tan altiva! ¡Ay, Lucy! Ese señor Sebastian que se ahogó en Italia, ¿no era el cantante al que tú acompañabas?

Lucy no había oído pronunciar este nombre desde que se marchó de Chicago.

—Sí, era él. —Notaba que los ojillos maliciosos de Fairy la miraban fijamente.

—¡Qué cosa tan horrible! El periódico decía que se ahogó intentando salvar a un hombre cojo. ¿No te afectó muchísimo? Debió de ser muy emocionante tocar para él. ¡Sidney dice que eso te colocó directamente en las altas esferas!

Fairy había oído comentar que en el pueblo nadie sabía qué le pasaba a Lucy, y creía tener una pista. Esa misma tarde llamó por teléfono a Pauline y la invitó a tomar el té. (Lo llamaban té, aunque siempre tomaban café con bizcocho.) Fairy se apresuró a contarle a Pauline el accidente del lago de Como, y lo que Sidney Gilchrist le había dicho a su hermana en una carta: que Lucy estaba perdidamente enamorada de Sebastian y que el profesor Auerbach temió que se volviera loca.

Pauline volvió a casa muy aliviada. Habían pasado tres meses desde que Lucy volvió de Chicago y hasta el momento no tenía la menor idea de lo que había sucedido realmente. A fin de cuentas, no era tan malo como pensaban algunos; el hombre no la había dejado plantada. Esto era para Pauline una de las peores cosas que podían ocurrirle a una muchacha respetable. Ahora sabía la causa de esos gemidos que oía a veces de noche; una experiencia así seguramente debía de producir pesadillas.

Sintió lástima de Lucy, y un poco de miedo por primera vez en su vida. Las mujeres como Pauline albergaban un íntimo respeto por los capítulos románticos. Pensó que Lucy se había comportado con dignidad, pues no andaba por ahí contando sus penalidades. Aunque tendría que haber confiado en su hermana mayor. Su actitud era extraña. Sin embargo, se dijo que ella también se habría comportado exactamente igual en parecidas circunstancias; estaba segura. Lucy era una Gayheart, sin lugar a dudas.

Pauline entró en casa y saludó a su hermana con la misma alegría de siempre, aunque se sentía un poco incómoda. Lucy estaba poniendo la mesa para cenar; Pauline entró en el comedor y se sentó un momento.

—¿Vas a hacer algo especial esta noche? —preguntó.

—Había pensado ir a casa de la señora Ramsay y tocar un poco para ella. Es sábado, y padre volverá a la relojería después de cenar.

—Lucy —dijo entonces Pauline en tono confidencial—, no sé qué hacer con la señora de Harry Gordon.

—¿Qué hacer? ¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Nunca me ha devuelto la visita, y no entiendo por qué. Tal vez esté esperando a que tú vayas a verla. Ella ha llegado aquí como recién casada, mientras que nosotras somos vecinas de toda la vida. A lo mejor espera que vayamos todos.

—¿Nuestro padre también?

—No me lles la contraria, Lucy. Los que vivimos aquí debemos tener en cuenta estas cosas.

—Sí, sí. Lo sé. Pero yo no iré hasta que ella venga a visitarte. Dejémoslo estar.

VII

Una canción había sido la perdición de Lucy y otra estuvo a punto de ser su salvación. Dos semanas antes de Navidad una compañía de ópera itinerante que iba camino de Denver para la temporada de vacaciones, ofrecía una única representación en Haverford. Lucy había visto los carteles por el pueblo, aunque no se había detenido a leerlos. Una noche, mientras cenaban, su padre se sacó del bolsillo tres billetes azules.

—Hijas, creo que no podemos perdernos *The Bohemian Girl*^[14] la semana que viene.

Lucy supo, por su manera de decirlo, que le hacía ilusión asistir al espectáculo. Preguntó a Lucy por las óperas que había escuchado en Chicago, mientras Pauline comentaba que el «talento local» interpretaría *Pinafore* en febrero.

—Yo no veo gran cosa en las óperas de Gilbert y Sullivan —dijo el señor Gayheart—. Si buscas algo ligero y divertido, ahí tienes *Die Fledermaus*. O *La Belle Hélène*^[15]. ¿Las has oído alguna vez, Lucy? A mí me volvía loco esa ópera cuando era joven. Puede que *The Bohemian Girl* esté un poco pasada de moda, pero es muy bonita.

La noche de la función, el señor Gayheart volvió a casa temprano. Se dio un baño y se afeitó con mucho cuidado; se puso su mejor traje negro, un chaleco blanco y sus zapatos de charol. Cuando bajó al salón, antes de cenar, sus hijas sabían que esperaba su admiración.

—Ponte tu vestido nuevo, Lucy —le susurró Pauline mientras subían a sus habitaciones—. A él le gustará.

Lucy no tenía intención de volver a ponerse nunca ese vestido, pero no se opuso. Su padre no tenía muchas ocasiones de disfrutar.

Cuando se disponían a salir, empezó a nevar ligeramente, y el señor Gayheart temió por sus zapatos de charol. Le puso a Lucy con cariño una mano en el hombro desnudo y dijo:

—¿No deberías ponerte un chal o algo? No quiero que cojas frío.

Lucy le colocó la corbata de lazo y le abrazó un momento, recordando los días en que él vigilaba su práctica al piano mientras escudriñaba sus relojes a través de una lente.

El señor Gayheart echó a andar bajo la nieve, del brazo de sus hijas. Le gustaba llegar temprano a la ópera y ver cómo iba entrando el público. (Por aquel entonces se llamaba ópera a todos los teatros de los pueblos.) Por el camino le contó a Lucy que el director del teatro había sustituido las antiguas sillas de madera de respaldo recto por sillas plegables; por lo demás encontraría la sala exactamente igual que cuando ofreció allí sus primeros conciertos, casi cuatro años antes.

Cuando salió el director, que era además el pianista, el señor Gayheart se acomodó con satisfacción mientras se alzaba el telón para mostrar la escena de la cacería. El coro era bueno y el tenor tenía cualidades, pero antes de que hubiera concluido el primer acto era la soprano quien concitaba el interés de los Gayheart. Era una mujer de piel muy clara, esbelta y grácil, aunque entrada en años. Cantaba tan bien que Lucy no entendió cómo había terminado en una compañía de ópera ambulante. Tenía la voz gastada, igual que el rostro, y no quedaba en ella mucha dulzura física, pero hacía gala de otra clase de dulzura: cierta empatía, cierta comprensión tolerante. Devolvía a las viejas arias, incluso a las más trilladas, todo su valor. Cuando interpretó «Soñé que vivía en salones de mármol», se desvió con delicadeza de los acentos manidos de la melodía y cambió el ritmo de una manera muy sutil. Su fraseo inteligente daba frescura a la letra insulsa y anticuada, y trataba con ternura el texto empalagoso, como si fueran flores secas en el interior de un libro que pudieran caerse si se manejaba con descuido.

Su interpretación asombró a Lucy. ¿Qué sentido tenía interpretar aquella música anodina ante gente anodina? La pobre mujer lo había perdido todo: juventud, belleza, posición y hasta sus agudos. ¡Y al mismo tiempo cantaba maravillosamente! Le habría gustado poder estar con ella en el escenario para ayudarla. La embargó una intensa llamarada de emoción. Tuvo la sensación de que esa misma noche debía escapar, coger un tren y regresar a un mundo que persiguiera la excelencia: el mundo del que aquella mujer seguramente había caído.

Esa noche le costó conciliar el sueño. La soprano había activado algo en su interior que no cesaba de vibrar; algo parecido a la gestación de un propósito, que Lucy no podía interrumpir. La sensación no la había abandonado cuando despertó a la mañana siguiente: seguía estando allí, latiendo como un segundo corazón. Y allí permaneció, día tras día. Lucy podía prestar atención a otras cosas, pero esta sensación no desaparecía. Presentía que se avecinaba un cambio, como si estuviera a punto de zambullirse o de partir.

VIII

El día de Nochebuena amaneció bajo un fuerte temporal de nieve. Cuando los Gayheart se asomaron a la ventana la nieve casi lo cubría todo; los porches y el seto aparecían teñidos de blanco. Mientras desayunaban, el señor Gayheart comentó que debía de nevar mucho cuando bajó a encender el horno, a las seis.

Lucy pasó la mañana haciendo recados para Pauline, a pesar de la nevada. Llevó cajas de bizcochos a todos sus amigos, un budín en su molde al pastor luterano, que vivía en la otra punta de la ciudad, donde no había aceras y tenía que sortear la nieve acumulada por la ventisca. La nevada trajo consigo esos sentimientos infantiles de la Navidad como una época de milagros, cuando los ángeles se encuentran cerca de la tierra, y de cualquier hierbajo puede surgir de pronto un rosal o un abeto.

Pauline estaba encantada de ver que su hermana volvía a ser la misma de siempre, y se inventó recados para tenerla ocupada. A media tarde le pareció que Lucy estaba cansada, y le dijo que subiera a descansar hasta la hora de la cena.

Lucy no estaba cansada; bullía de emoción y sentía en el ambiente la presencia del milagro. Subió las persianas y se sentó en una mecedora a contemplar el prodigioso y mudo descenso de los copos de nieve sobre las casas de los vecinos, los árboles y los jardines. Estaba sola en el piso de arriba. La luz se iba tornando cada vez más gris. Las luces de la casa de enfrente empezaron a brillar tenuemente entre la nieve. Intentaba sentirse en paz y respirar despacio, pero hasta la última fibra de su ser vibraba con una inquietud olvidada desde hacía mucho tiempo. ¡Cuántas veces había salido corriendo al huerto o a la calle una mañana de primavera persiguiendo algo que no veía, pero que sentía con certeza! Algo que estaba en el aire, en la brisa, en el sol; algo que se ocultaba entre las ramas de los manzanos en flor, que corría veloz por los jardines de los vecinos sin que ella pudiera darle alcance. Clement Sebastian había transformado ese resplandor fugitivo en una posesión real. Con él había aprendido que esas promesas luminosas podían ser ciertas, que podían convertirse en las cosas importantes en la vida de uno. Sebastian nunca se lo había dicho: él, su propia persona, era la puerta y el camino hacia ese conocimiento.

Esa tarde, en el suave crepúsculo, todo en Lucy se volcaba hacia el exterior, luchando por avanzar. Sólo podía pensar en calles abarrotadas, por las que la vida corría como un torrente, en ventanas rebosantes de rosas, gardenias y violetas, y deseaba tocarlas, hundir el rostro en ellas. Anhelaba flores y música, hechizo y amor: todo aquello que había conocido con Sebastian. ¿Qué significaba ese deseo de volver a vivir? ¿Cómo podía seguir adelante, sola?

Un destello fugaz cruzó sus pensamientos, tan nítido que sin duda debía de proceder del exterior, de aquella extraordinaria quietud. ¿Y si... y si el amor fuera la propia vida? Era como si un amante la esperara en ciudades remotas, al otro lado del

mar; como si la atrajese, como si la tentara, como si la hechizara. Abrió despacio la ventana y se arrodilló junto a ella para aspirar el aire frío. Sintió los copos de nieve fundiéndose en su pelo, en sus mejillas. ¡Al fin lo comprendía! Tenía que conseguirlo; no podía dejarlo escapar. Debía regresar al mundo y tomar todo aquello que había convertido a Sebastian en lo que fue. Ese esplendor seguía estando allí, esperando a ser descubierto, a ser conquistado. Allí lo encontraría a él. «Si lo buscas con todo tu corazón, sin duda lo encontrarás.» Sebastian había cantado esa canción para ella, la primera vez que fue a su estudio. Ahora sabía lo que significaba.

Se acercó un poco más a la ventana y tendió los brazos hacia la nieve, hacia lo que pudiera encontrarse más allá. ¡Que viniera! ¡Que todo volviese a ella de nuevo! ¡Que la traicionase, que se burlara de ella y le rompiera el corazón! ¡Tenía que ser suyo!

El día de Navidad Lucy escribió a Paul Auerbach para desearle un feliz Año Nuevo y decirle que deseaba volver con él, si es que podía ofrecerle trabajo. «He comprendido que no puedo huir de mis propios sentimientos. Mi único camino es seguir haciendo las cosas que hacía, y hacerlas con más ahínco.»

Recibió contestación de Auerbach la semana siguiente; una amable y larga carta que debió de llevarle toda la mañana del domingo. Su mujer y él se alegraban de saber que Lucy tenía ganas de cambiar. El joven que se había hecho cargo de sus alumnos, cuando ella se marchó precipitadamente, sólo se había comprometido hasta el 1 de abril, pues se iba a estudiar al extranjero. Si Lucy pudiera estar en Chicago a mediados de marzo, podría alojarse en casa de Auerbach hasta que su mujer la ayudara a encontrar un alojamiento y a instalarse cómodamente antes de reanudar su trabajo. «Serás recibida con cariño en casa de tu viejo amigo y profesor, Paul Auerbach.»

Lucy lamentó no poder marcharse en seguida. Temía que llegado el mes de marzo hubiera perdido el valor y hubiera vuelto a caer en la apatía, pero no podía pedirle dinero a su padre, ahora que Pauline no le quitaba ojo de encima. Debía valerse por sí misma en lo sucesivo, y así lo haría. Tenía que esperar.

IX

Decidió volver a estudiar y se propuso pasar a diario por la relojería para practicar con el piano, pero Jacob Gayheart no le prestaba la misma atención. Se había alejado de la música, que había sustituido por el ajedrez. Poco después de las Navidades abandonó sus dúos con Lucy, con el pretexto de que debía quedarse en la tienda; pero sus hijas sabían que jugaba al ajedrez por teléfono con un ajedrecista famoso que estaba en North Platte, visitando a un primo suyo. A decir verdad, no solía presentársele la oportunidad de medirse con un adversario de ese calibre.

El señor Gayheart había dejado que se acumulara tanto polvo en la relojería que ya no era agradable practicar allí. El piano estaba rodeado de atriles rotos e instrumentos de metal que nunca se limpiaban, y los viejos uniformes de la banda colgaban polvorientos en las paredes. Lucy se avergonzaba cuando la gente entraba a recoger relojes que debían haber estado reparados semanas antes.

En casa no podía trabajar, porque se distraía con muchas cosas. Se sentía inquieta y cualquier nimiedad la sacaba de sus casillas. Por más que se esforzaba en tener su habitación ordenada, no soportaba el desorden que reinaba en la habitación de su hermana, al otro lado del fino tabique. No había manera de eludirlo, porque Pauline siempre dejaba la puerta abierta. Tenía la costumbre de no hacer la cama hasta el mediodía, y se las arreglaba para levantarse sin retirar las mantas, dejando una especie de montículo que conservaba la forma de su cuerpo.

—Lucy —le preguntó Pauline una mañana—, ¿por qué te ha dado por limpiar la habitación y darle la vuelta al colchón todos los días? Antes no eras tan quisquillosa.

—Un italiano me enseñó cómo debe cuidarse un dormitorio. El invierno pasado aprendí algo más que música —replicó Lucy mientras bajaba las escaleras.

Pauline la miró de reojo. El comentario de su hermana la había picado, había herido sus sentimientos. No pudo olvidarlo en muchos días.

Lucy intentaba apañarse con el piano de la relojería por las mañanas, y por las tardes salía a pasear por el pueblo y por la carretera del norte, hacia las zonas más altas, desde donde podía contemplar el valle del Platte. Empezó a reparar en detalles del paisaje que hasta entonces no le habían llamado la atención. Tenía la sensación de estar despidiéndose de los campos y se fijaba en ellos con mayor interés. Todas las tardes buscaba el mismo fenómeno. Bastante antes de la puesta de sol, un inexplicable resplandor rosáceo aparecía en el cielo por el este, entre el cenit y el horizonte. No era una nube y tampoco tenía la profundidad de un reflejo: era brillante y tenue, como los colores de una postal. Jamás faltaba en las tardes de sol: un rubor sonrosado en la faz dura y azul del cielo. Veía ascender este color desde su ventana, por encima de las ramas altas y desplegadas de los álamos de Virginia del parque municipal, donde su padre dirigía los conciertos de la banda de música en verano.

¿Habría estado siempre allí ese resplandor mientras ella iba y venía por esos mismos caminos, o sería una nueva costumbre de la luz?

Si había alguien en Haverford que pudiera decírselo, ése era Harry Gordon. Harry era el único hombre del pueblo que se fijaba en esas cosas y que en su fuero interno se dejaba conmover por ellas, aun a su pesar. Cuando Lucy salía con él a cazar patos, Harry conocía el nombre de todos los árboles, arbustos y plantas. Era ésta una parte de sí mismo que ocultaba a los demás. Podía sentir las cosas sin delatarse, porque era muy fuerte. ¡Ojalá ella tuviera esta fuerza de su lado en lugar de tenerla en contra! No se trataba de simple fuerza física, sino de algo capaz de compensar la amargura del fin, algo a lo que aferrarse y no soltarlo jamás. Tanto carecía Lucy de esta cualidad que el mero hecho de evocarla bastaba para animarla un poco. Tal vez un día Harry y ella volvieran a ser amigos. Harry era engreído y no se dejaba enseñar, pero Lucy estaba segura de que seguiría aprendiendo de la vida, porque tenía más profundidad que los demás y nunca fingía cuando algo le disgustaba. Hacía todo lo contrario: jugaba a ser un hombre corriente, cuando en realidad no lo era en absoluto. Estaba lleno de esa energía que impulsa en silencio, sin detenerse nunca, y que, según pensaba ella podía llevar a un hombre a cualquier parte. Las personas que carecían de esta fuerza, aunque tuvieran buen gusto, como su padre, jamás llegaban a nada.

X

Lucy descubrió lo largas que pueden ser las semanas en el valle del Platte. Empezó a sentirse atrapada, encerrada en un pueblo invernal. El largo, suave y caviloso otoño había sido una compañía muy grata, pero ahora se imponía la dureza de la vida campestre. Los días se volvieron grises, ventosos y terriblemente fríos; el pueblo y los campos cobraron el color del cemento. Las corrientes que fluían por el resto del mundo nunca llegaban a Haverford. Allí nunca había nada que invitara a dar un salto o a seguir adelante. Los pensamientos se volvían sofocantes, como las casas.

Hacia finales del mes de enero cayó otra fuerte nevada, seguida de una semana de un frío aterrador. Las aceras, los caminos, el jardín y el huerto eran superficies de hielo y nieve helada. ¿Por qué no la reclamaba ya el profesor Auerbach? ¿Si al menos pudiera pasar de nuevo por la puerta del Arts Building, saludar al portero y a George, el ascensorista! ¿Si pudiera sentarse en un rincón de la sala de conciertos donde escuchó a Sebastian por primera vez, y entregarse a sus recuerdos! Algún día tendría dinero suficiente para alquilar el estudio del cantante y viviría siempre allí. Seguro que había maneras de ganarse la vida; nunca se lo había propuesto de verdad, pero ahora estaba decidida.

Una mañana Pauline fue a ayudar a las mujeres de la parroquia metodista a preparar el sótano de la iglesia para celebrar una cena, y Lucy se quedó practicando en casa. Se encontraba a gusto allí cuando se quedaba sola. Pauline volvió a mediodía, decididamente alegre (la convivencia con su hermana resultaba en esos momentos muy difícil). Cuando se sentaron a almorzar, Pauline anunció que tenía buenas noticias.

—Querida Lucy, creo que esta mañana he hecho algo bueno por ti. Te he conseguido dos alumnos de piano.

Lucy la miró con acaloramiento y dijo:

—¿Alumnos? No quiero alumnos. No pienso dar clases en Haverford.

En lugar de ruborizarse, Pauline se puso pálida.

—Dime una cosa en serio, Lucy, ¿no crees que tendrías que hacer algo? Debes saber que nuestro padre cada vez tiene más deudas. Tuvimos que hacer un gran sacrificio para que estudiaras en Chicago, y siempre pensé que te gustaría devolver al menos una parte de lo que nos ha costado.

—Lo haré, algún día. Aunque tampoco me parece que nadie haya tenido que hacer un gran sacrificio. La idea de que yo estudiara música fue de nuestro padre. Y yo nunca he derrochado el dinero. Siempre me las apañé con menos que la mayoría de mis compañeros.

Su tono desconsiderado indignó a Pauline.

—Nos costaste más de mil seiscientos dólares anuales los dos primeros años. Lo

sé porque conservo las matrices de los cheques.

—¿Tanto? —preguntó Lucy, con la misma indiferencia.

—Eso es mucho para nosotros. Podrías haber enviado un poco de dinero cuando empezaste a ganar algo, como muestra de buena voluntad.

—Lo pensé, pero necesitaba comprarme ropa. Tenía que vestir decentemente para dar mis clases.

Las dos hermanas habían dejado de comer y fingían beber café. En el tono más suave posible, Pauline explicó que había pensado que a Lucy le agradaría tener algunos alumnos, ahora que se encontraba mejor.

—La gente siempre te ha apreciado. Me sorprende que no hayas recibido ninguna oferta antes. Me temo que Fairy Blair ha ido enredando por ahí.

Lucy era consciente de que podía marcharse para evitar una escena, pero tampoco le importaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó con frialdad.

Al rostro de Pauline le sucedió lo que le sucede a la leche agria al verter agua hervida para hacer el queso; la carne se contrajo y se cuajó.

—A esas historias que se cuentan de ti y ese cantante. Todo acaba por saberse, y Fairy no es precisamente la persona más indicada para callarse nada. La gente dice que cuando Harry Gordon estuvo en Chicago la primavera pasada y vio lo que estaba pasando, te dejó plantada.

Lucy se rio con aspereza.

—¿Que me dejó plantada? Bueno, cualquier cosa vale. Me da igual lo que digan. ¿Y dices, Pauline, que has conservado las matrices de los cheques de nuestro padre? ¡Qué propio de ti! No tenías por qué preocuparte. Voy a volver a trabajar con Auerbach. Lo acordamos hace unas semanas y empezaré el mes de marzo, aunque puedo marcharme antes. —Se había levantado y estaba a contraluz, junto a la ventana.

Pauline estalló, muy contrariada:

—¿Cómo puedes ser tan ruin, Lucy? ¿Por qué nos ocultas las cosas y nos tratas como a extraños?

—Será porque es así como lo siento —replicó Lucy, mientras se disponía a subir las escaleras.

Pauline lloró un poco mientras lavaba los platos; derramó unas lágrimas cerúleas que salieron lentamente. Criabas a una niña, te sacrificabas por ella, la vestías con ropa bonita, te ocupabas de todo el trabajo mientras ella disfrutaba de sus vacaciones (¡el gato del salón y el gato de la cocina!)... y así te recompensaba. La mimabas como si fuera un ser superior y ella te trataba como a la criada. ¡Con lo orgullosa que ella se había sentido siempre de su hermana pequeña!

Cuando salió de la cocina y entró en la sala de estar, se asomó a la ventana para

ver quién pasaba. ¡Era Lucy! Se alejaba por la carretera con su abrigo y su sombrero, en dirección al campo. Y llevaba algo en una bolsa negra. ¿Serían sus botas de patinar?

Pauline se cubrió con un chal y salió al jardín.

—¡Lucy! —llamó; y en voz más baja repitió—: ¡Lucy, espera!

Pero Lucy ni siquiera se volvió a mirar. A decir verdad, pareció apretar el paso. Pauline entró en la casa. «¡Igual que salía corriendo de pequeña!» Se quitó el chal. «¿Sabrá que la pista de patinaje se destruyó la primavera pasada, cuando cambió el curso del río? Se dará el paseo en balde.»

No podía estar tan loca para patinar allí. El río se había desbordado y ahora fluía por la zona donde antes se encontraba el brazo de escasa profundidad. Pauline pensó en llamar por teléfono al cochero del pueblo para que saliera en busca de Lucy y la advirtiera de que allí no se podía patinar, pero a ella le habría molestado mucho semejante intromisión. Probablemente sólo quisiera dar un paseo. Pauline recordó cómo hacía la vista gorda cuando Lucy hacía novillos; siempre que le daba una rabieta se marchaba corriendo por la carretera, y si la encerraban o la castigaban sólo lograban empeorar las cosas.

XI

El camino estaba en muy mal estado. El paso de los carros había abierto profundos surcos en la tierra blanda, que se habían endurecido con el hielo. La nieve del día anterior los había cubierto. Lucy se hundía en las rodadas y se le quedaba el pie atrapado. A ambos lados de los surcos, el barro se había helado, formando bordes dentados, rugosos y afilados como el coral. Muy pocos campesinos habían pasado por allí desde el día anterior y los cascos de los caballos aún no habían quebrado estas formaciones de hielo. Mientras andaba, Lucy no recordaba haber sentido nunca tanto frío en los pies, aunque aquello más que andar era avanzar a trompicones.

Iba en dirección oeste, con el viento de cara, y tenía que detenerse con frecuencia y ladear la cabeza para poder respirar. Llevaba ya más de un kilómetro y no se había encontrado en el camino ni un trineo ni un carro. Era demasiado temprano para que los granjeros que habían ido a Haverford de buena mañana volvieran a casa. Lo cierto es que el paisaje intimidaba. ¡Si al menos luciera el sol! Pero éste era apenas una mancha blanca y vidriosa en el cielo plomizo. Hasta la nieve recién caída, por la que asomaban tallos de hierba helados, parecía gris bajo esa luz tan fría. En las depresiones que se formaban entre las pequeñas lomas, los ciruelos silvestres se perfilaban negros contra los ventisqueros; tendrían que haber estado cubiertos por la nieve del día anterior, pero la fuerza del viento los había desnudado.

No había recorrido más de un kilómetro y medio cuando empezó a sentirse muy cansada. El viento parecía soplar con más fuerza en campo abierto, le producía un lagrimeo constante y la obligaba a limpiarse los ojos para poder ver el camino con claridad. Decidió que detendría el primer vehículo que pasara, aunque fuese hacia el pueblo. Hacía demasiado frío para patinar, y el camino de vuelta sería largo.

Había recorrido casi otro kilómetro y medio cuando oyó las campanillas de un trineo a sus espaldas. Volvió la cabeza en la dirección del viento y prestó oídos. Sólo había un hombre que tuviera aquellas campanillas. Tenía que ser Harry Gordon. No había donde esconderse, y tampoco quería hacerlo. Tal vez fuera ésta la oportunidad que tanto había esperado. Esperó detrás de un poste. Tenía cada vez más frío y se le aceleraba el pulso. Al fin y al cabo, estaba asustada. El trineo de Harry apareció en la cresta de una loma, descendió hasta una de las depresiones, donde se perdió de vista, y resurgió en el mismo montículo donde ella se encontraba. Se puso en mitad del camino y levantó una mano. Harry tiró de las riendas y detuvo el trineo.

—¿Podrías llevarme hasta los prados de Thompson, Harry? El camino está muy difícil. —Se encontraba de espaldas al viento, que le levantaba la falda, y se tapaba las mejillas con el cuello del abrigo. Tenía un aspecto muy frágil y desvalido, allí sola.

Harry tenía los ojos llorosos por el frío y parecía observarla más que nunca a

través de unas lentes. Con esa voz desenfadada y cordial que no significaba nada en absoluto, y esa característica nota de sorpresa, empezó a decir:

—Lo siento muchísimo, pero no voy hasta allí. Me desvíó en ese cruce. Tengo una cita importante con un hombre en Harlem. Llevo casi una hora de retraso y no puedo entretenerme. Lamento tener tanta prisa. —Se llevó una mano al gorro de piel y reanudó la marcha.

Lucy lo conminó con voz imperiosa y airada —«¡Harry!»—, como si tuviera algún derecho sobre él. Sus grandes hombros no se movieron. Los caballos salieron al trote, las campanillas tintinearón y el trineo torció en el cruce, a unos cien metros de distancia. El vehículo, con la silueta erguida de su conductor, se alejó en la ventisca entre los prados grises, hasta que desapareció tras un grupo de almiarés lejanos.

Cuando volvió a detenerse para tomar aliento, ya estaba mucho más cerca del recodo del río. Había tenido que volver a apoyarse en el poste del teléfono, pero sólo un momento. Tal fue la tormenta de rabia y de dolor desatada en su interior que se sentía con fuerza suficiente para seguir andando hasta el siguiente condado. Le hervía la sangre y dejó de sentir el frío. No prestaba atención a dónde ponía los pies, que la llevaban por donde querían.

¡Jamás hubiera imaginado semejante grosería, semejante insulto! Era joven, era fuerte, les demostraría a todos que no podrían aplastarla. Se alejaría de toda aquella gente estúpida y cruel, estúpida como el barro helado en el camino. Si se dejaba llevar por sus pensamientos se echaría a llorar. No podía permitírselo, tenía que apresurarse.

Llegó a la orilla del río y se sentó el tiempo justo para calzarse los patines. Le temblaban tanto las manos que apenas podía tensar los cordones de cuero y atarlos. Estaba furiosa consigo misma. ¡Por haberle dado a Harry la oportunidad de dejarla plantada en el camino, igual que la había dejado esa otra noche en el restaurante de Chicago! Pero ¿cómo iba a imaginar tanta zafiedad y tanto rencor? Se sujetó a una rama para levantarse y se deslizó cerca de la orilla. No miraba a ninguna parte, no veía nada: sólo pensaba en alejarse de aquel paisaje helado y aquella gente helada, en regresar a una luz y una libertad que ellos jamás llegarían a conocer.

Sin fijarse y sin pensar, se dirigió hacia el centro del río, donde el hielo era más liso. Un leve crujido la hizo volver en sí bruscamente, y vio las líneas oscuras que se dibujaban en el hielo. Se volvió deprisa, pero las grietas eran mucho más rápidas. Una placa de hielo se desprendió y empezó a tambalearse, la sumergió hasta la cintura en el agua fría.

El estímulo fue mayor que el miedo; ella misma se había metido en aquel aprieto, y debía mantener la calma. El agua no podía ser muy profunda. Aún tenía los codos sobre el hielo: podría incorporarse en cuanto hiciera pie. (En ningún momento se le ocurrió pensar que estaba en el centro del río.) Movié los pies con cautela hasta que

algo la arrastró hacia abajo. Se le enganchó el patín en la horquilla de un árbol sumergido, semienterrado en la arena por la riada de la primavera anterior. El hielo se deslizó por debajo de sus brazos y Lucy se hundió.

A las tres y media, el viento había arreciado notablemente y Pauline telefoneó a su padre para que saliera en busca de Lucy por la carretera del río. El señor Gayheart fue a casa de Gullford, el cochero, a unas puertas de la relojería, y le dijo que preparase dos caballos. Pidió a su amigo el sastre que los acompañara. Jacob Gayheart no era un hombre dado a crearse problemas. Pero su inquietud fue en aumento a medida que, por vueltas que daban, no conseguían encontrar a su hija.

Cuando llegaron al lugar de la orilla donde los jóvenes solían patinar, vieron el hielo agrietado y roto en el centro del río. Lucy no podía haberse detenido allí, habría buscado otro camino o se habría acercado a alguna de las granjas. El cochero distinguió algo en la zona donde el hielo se había roto; dijo que parecía una bufanda roja.

El señor Gayheart saltó del trineo. Contradijo a Gullford, pero le rogó que se acercara para comprobarlo.

—Me da un poco de miedo, señor Gayheart; el hielo está roto. No se alarme. Quédese donde está y echaré un vistazo.

Gullford se acercó despacio por la orilla, pensando cómo actuar. Sabía que aquello era una bufanda. De pronto se detuvo y se agachó. Debajo de un arbusto, junto a la orilla, encontró un par de zapatos y unos chanclos. Le pidió al sastre que se quedara allí con el señor Gayheart mientras él arreaba a los caballos e iba en busca de ayuda a las granjas vecinas.

En menos de una hora varios carros y trineos se acercaban al río, cargados con cuerdas, poleas, faroles y rastrillos. En uno de los carros traían una barca de remo que se usaba en tiempos de crecida. Había oscurecido y los hombres dijeron que no podrían hacer nada hasta la mañana siguiente. El señor Gayheart les suplicó que lo intentaran y afirmó que no se movería de allí. Mientras los de mayor edad deliberaban y vacilaban, cuatro muchachos arrastraron la barca, provistos de poleas y rastrillos. No tardaron demasiado tiempo. Lucy seguía atrapada en el árbol hundido; la corriente no la había arrastrado.

Esa noche, cuando Harry Gordon volvía de Harlem con sus campanillas, se encontró con una fila de carros y faroles que avanzaba despacio sobre la tierra helada. En uno de los carros llevaban a Lucy Gayheart.

LIBRO III

I

Una mañana de invierno, veinticinco años después de la muerte de Lucy, las buenas gentes de Haverford se reunieron en el cementerio para asistir a otro entierro. El cadáver del señor Gayheart llegó desde el hospital de Chicago donde le habían operado. Eran las cuatro de la tarde, una hora atípica para un entierro, determinada por la llegada del tren. Trasladaron el féretro desde la estación hasta la iglesia luterana en un coche fúnebre de motor —corría el año de 1927 y eran tiempos modernos—, y de allí lo llevaron al cementerio, tras un breve servicio religioso.

Casi nadie recuerda un funeral tan concurrido. El señor Gayheart, a quien todos llamaban cariñosamente «el viejo» desde hacía algunos años, tenía muchos amigos. Cuando murió su hija Pauline, cinco años antes, Jacob Gayheart siguió viviendo en su casa de siempre con la ayuda doméstica de una de las hijas del sastre. No abandonó su trabajo en la relojería y de vez en cuando tocaba el clarinete, aunque se quejaba de que el instrumento empezaba a fallarle. Los domingos, en verano, a veces tocaba en el huerto, que nunca llegó a talarse.

Mientras se dirigían al cementerio, en sus coches o a pie, los vecinos pensaban que Jacob Gayheart había vivido una vida larga y fructífera. Prácticamente no había reloj en Haverford que no hubiera pasado por sus manos. Era lento, eso sí, pero un buen artesano. La noche anterior, en el momento de dar cuerda a sus relojes, muchos de sus antiguos clientes se detuvieron a pensar. Tic, tic: la pequeña maquinaria seguía midiendo el tiempo con la precisión de siempre, mientras que el pobre señor Gayheart ya no podía medir nada.

A las cuatro de la tarde, el cementerio estaba lleno de coches y gente de negro. Los automóviles formaban un semicírculo a cierta distancia, y sus ocupantes, a excepción de los más ancianos y débiles, salían para congregarse en torno a la tumba abierta. Los hombres de negocios de pelo canoso habían sido en su juventud «chicos de la banda». Los jóvenes habían estudiado música con el señor Gayheart cuando éste dejó de dirigir la formación musical. Los alumnos mayores se mostraban serios y abatidos, pues eran muchos los recuerdos de su juventud ligados al profesor de música que había vivido tanto y tan feliz, a pesar de las desgracias.

También era triste presenciar la desaparición del último miembro de una familia, ver cómo se cerraba un capítulo y cómo un apellido familiar emprendía el camino del olvido. Allí estaban todos los Gayheart, en una pequeña parcela donde acababa de abrirse una nueva sepultura. El señor Gayheart descansaría entre su mujer, fallecida mucho tiempo atrás, y su hija Lucy, de quien los jóvenes ya no se acordaban. A Pauline sí la recordaban: descansaba a la izquierda de Lucy. Había en la misma parcela dos pequeños montículos, al parecer de dos hijos que murieron siendo niños. Y la historia concluía sin nietos, en completo olvido.

Mientras se decían las oraciones, algunos de los presentes comentaban entre susurros que era como si la tumba de Lucy se hubiera abierto; la ceremonia traía el nítido recuerdo de ese día de invierno en que la enterraron, tan joven, tan hermosa y tan infeliz, según todos sabían vagamente. Era como un pájaro abatido al emprender el vuelo hacia el sol en la mañana. Los vecinos recordaban el entierro de Lucy como el más triste de los celebrados en Haverford, el que había congregado a jóvenes y viejos por igual en aquel cementerio.

Cuando la sepultura quedó cubierta de tierra y se depositaron en ella las flores, el sol ya se había puesto y una franja rojo fuego ardía en el horizonte, al filo de la pradera. La nieve endurecida sobre los campos se tiñó de un color rosáceo. Los automóviles empezaron a retirarse lentamente, y los que habían ido a pie volvieron sobre sus pasos. Un hombre se apartó del grupo que caminaba despacio. Se alejó de la carretera y se adentró en un prado cercado por una valla; era un hombre alto y robusto que avanzaba con deliberación, con las manos en los bolsillos del abrigo, la cabeza erguida y los hombros rectos. A un forastero le habría causado una impresión de soledad y fortaleza, de una fortaleza cultivada con esfuerzo. La necesita, pues es mucho lo que tiene que soportar.

II

Harry Gordon volvió directamente al banco desde el cementerio y llamó por teléfono a casa. La doncella respondió a la llamada. Debía decirle a la señora Gordon que se quedaría en el banco terminando unos asuntos que había dejado pendientes para asistir al funeral. Pediría que le llevaran la cena desde el hotel y volvería tarde a casa.

Hecho esto recorrió un pasillo hasta su despacho. El primer banco de los Gordon en Haverford era una construcción de madera. Cuando se construyó el nuevo edificio de ladrillo, el padre de Harry utilizó durante años el antiguo como almacén. Después de casarse, Harry lo habilitó como estudio y despacho privado. Al principio era como cualquier despacho de abogado rural, con mesas de roble y estanterías donde se acumulaban antiguos documentos e informes financieros. En poco tiempo lo transformó en un lugar más confortable, y a medida que transcurrían los años pasaba cada vez más tiempo en él. La habitación se calentaba con la caldera del banco, aunque había construido una chimenea donde quemaba carbón de coque cuando las oficinas se cerraban y menguaba el flujo de vapor.

Esa noche encendió la chimenea antes de quitarse el abrigo. Abrió un armario, sacó una botella de whisky y un sifón de soda, y se sentó junto al fuego. Se sirvió un whisky y lo bebió despacio. Encendió un cigarro y se instaló en el sillón con un largo suspiro. Relajó el cuerpo robusto y fuerte. Al recostarse en los cojines de cuero parecía cansado, cansado y vencido.

Acababa de enterrar al último amigo íntimo que tenía en el mundo. No era probable, se dijo con una sonrisa triste, que pudiera hacer nuevos amigos a los cincuenta y cinco años. ¡Qué distinta había resultado la vida de lo que el joven Harry Gordon planeaba en sus días de *pitcher*, cuando salía del rombo para hacer su famoso quiebro mientras los chicos y las chicas lo animaban desde las gradas!

Desde hacía ocho años jugaba al ajedrez con el señor Gayheart dos o tres tardes a la semana, y había llegado a convertirse en un buen jugador, a la altura de su contrincante. Tras la muerte de Pauline, cuando el anciano se quedó solo, Gordon pasaba por la relojería todos los días, aunque sólo fuese un momento. El ajedrez se convirtió en un hábito estable. Jugaban en la tienda de Gayheart, nunca en casa. No charlaban más de lo que acostumbran a hacerlo dos buenos jugadores. Gordon había presenciado partidas entre jugadores de prestigio internacional cuando estuvo en el extranjero, durante la guerra, y al señor Gayheart le gustaba escuchar una y otra vez las descripciones que le hacía de estas partidas.

Como tantos otros hombres con una vida anodina o vacía, Harry Gordon «se lanzó» con entusiasmo a la guerra, según se decía por aquel entonces. Trabajó en la Cruz Roja y en Conservación de Alimentos y terminó acompañando a una unidad de

ambulancias que él mismo contribuyó a financiar. Estuvo fuera dieciocho meses, y su mujer ocupó entretanto su lugar como presidente del banco y encargada de todos los negocios de su marido. Éste fue probablemente el período más feliz en la vida de ella, pues era una mujer con verdadero instinto empresarial.

La ausencia influyó mucho en el propio Gordon, en quien la gente del pueblo advirtió un cambio notable a su regreso. Su amistad con el señor Gayheart se volvió más estrecha y más cálida; le profesaba ciertamente el afecto de un hijo. También en casa se sentía más a gusto. La relación con su mujer se volvió más cordial: salían juntos y recibían invitados a cenar. El ambiente en su enorme casa, de suelos resbaladizos y numerosos cuartos de baño, no era tan frío como antes. Manejó sus negocios con mayor consistencia. En los años anteriores a su partida se había granjeado cierta fama de excéntrico, al punto de afectar a su buen nombre. Recurría unas veces a engaños y artimañas que rozaban los límites de la legalidad, y otras veces se desentendía de todo, como si despreciara su trabajo y optara por la vía más fácil. Los hombres de mentalidad conservadora empezaban a dudar de su buen juicio.

Cuando volvió de Francia se entregó al banco con la misma seriedad que su padre, y empezó a parecerse más a él. Milton Chase decía que ahora siempre sabía a qué atenerse, mientras que antes, por espacio de algún tiempo, las erráticas decisiones de Gordon habían causado a su contable importantes quebraderos de cabeza.

Es posible que Milton Chase conociera a su jefe mejor que nadie, aunque no pretendía comprenderlo. Le resultó muy grato trabajar a las órdenes de la señora Gordon, que era una mujer sensata. Siempre que le exponía algún caso, Chase sabía de antemano cuál sería la opinión de ella, mientras que Harry le había dado demasiadas sorpresas. La sintonía entre Gordon y su contable era aparentemente perfecta, pero éste albergaba una secreta desconfianza y se sentía muy molesto. ¿Qué podía pensar cuando uno de los hombres más egocéntricos empezó a entregar no sólo su tiempo sino también su dinero a la Cruz Roja? Y lo peor aún estaba por llegar. La mañana en que Harry le llamó a su despacho para comunicarle que se marchaba a Francia con la unidad médica, el contable se vino abajo y manifestó que no estaba seguro de poder desempeñar su responsabilidad; necesitaba unos días para pensarlo.

Habían ocurrido con el paso de los años cosas extrañas, que Milton nunca logró entender, cosas anómalas, que no debían suceder en los negocios. Un día hubo una escena escandalosa, cuando ejecutaron la hipoteca de Nick Wakefield. Nick era uno de los alegres amigos de Lucy Gayheart. Heredó una granja de su padre, pero era un muchacho de ciudad, poco dado al trabajo duro, y fracasó como granjero. Cuando el banco estaba a punto de embargar la granja, Nick bebió mucho para armarse de valor antes de presentarse ante Harry Gordon. Puesto que la suerte estaba echada, al menos le diría unas palabras al banquero. Fue una escena insólita en un banco. Nick estaba lleno de rencor. Formuló acusaciones bastante desagradables y más o menos ciertas, y

concluyó con una provocación que produjo un sudor frío en la frente de Milton, que se encogió en su pequeña celda intentando volverse pequeño.

—Eres capaz de golpear a un hombre derribado —gritó Nick, blandiendo el puño delante de Harry—, pero eres un maldito cobarde, por mucho que te las des de lo contrario. ¿Te dio miedo asistir al funeral de la pobre Lucy Gayheart, verdad que sí, gran hombre? ¡Te largaste a Denver! ¡Yo sé por qué lo hiciste!

Milton esperaba que el techo se derrumbara, incluso rezó para que así fuera. Sin embargo, lo que sucedió fue muy extraño. Gordon se puso a hacer números en un papel, sentado a su escritorio. Después se volvió sin levantarse y miró a Nick. Con una voz sinceramente amable, sin el menor sarcasmo, dijo:

—Hay nombres que yo nunca mencionaría en tu estado, Nick. Estás borracho y mañana te arrepentirás de lo que has dicho. Vuelve entonces y termina de decirme lo que tengas que decir.

El banco embargó finalmente a Nick Wakefield, aunque en términos más indulgentes de lo que Milton Chase juzgaba oportuno.

III

Harry llevaba casi una hora sentado delante de la chimenea cuando encendió la luz y telefoneó al hotel para pedir unos bocadillos. Se los comió deprisa y dejó la bandeja en el vestíbulo. Esa noche era un momento para el recuerdo; lo presentía. Había eludido la reflexión durante años, pero últimamente experimentaba una placentera melancolía al repasar su vida pasada; empezaba a comprender un poco.

Él, y nadie más, sabía por qué se había portado de un modo tan brutal con Lucy Gayheart cuando ella volvió a Haverford. No era por lo que Lucy le dijo aquella noche en Chicago, después de asistir a la ópera.

Harry lamentó su precipitada boda antes de que hubiera transcurrido apenas una semana; lo cierto es que se arrepintió en el mismo momento de casarse. Sabía que se estaba haciendo daño para hacer daño a otra persona. Hizo lo único que se había jurado no hacer jamás: casarse con una mujer corriente, incapaz de sentir la alegría de vivir. Harriet Arkwright no carecía de cualidades: era educada y tenía alguna experiencia del mundo. Era inteligente y resolutiva. Fue ella quien se encargó de las obras de su casa, quien dirigió a los constructores y a los obreros sin dificultad y con decisión, quien la amuebló exactamente tal como deseaba y quien pagó todos los gastos. La casa era un interés común, y a los dos les resultaba muy agradable. Harriet era sensata y se comportaba sin afectación. Harry creyó que podría llevarse bien con ella. Hasta que Lucy volvió a Haverford.

Supo, desde que la vio por primera vez en la oficina de correos, que sus sentimientos no habían cambiado; supo más que nunca lo que quería. La vio en la sala repleta de hombres desaliñados, envuelta en el humo del tabaco, abriendo despacio la combinación del casillero de su padre. Se le detuvo el corazón al ver la línea de su figura desde la puerta. Parecía tan ligera, tan elegante, tan reservada... Harry se volvió a la velocidad del rayo y echó a andar rápidamente, sin entrar en la oficina de correos, para no encontrarse con ella. Esta visión fugaz de Lucy de perfil, con una mano levantada, había sido más que suficiente.

A partir de ese día la veía de lejos, o se cruzaban en la calle. Su encanto personal le parecía más acusado ahora que ella se mostraba más reservada que en sus días de alegría y despreocupación. Parecía erguirse y sustentarse sobre algo que jamás la arrojaba al mundo común. Recorría las calles con la cabeza ligeramente baja y los ojos velados, a veces sin brío, insegura, como si diera sus primeros pasos tras una larga enfermedad; pero era inalcanzable. Resultaba muy triste ver esa pena tan honda y esa mirada tan angustiada en una muchacha tan joven. Sin embargo, estas mismas emociones la protegían, mantenían su distancia y su soledad. Los chicos con los que en otro tiempo iba de excursión y a los bailes no se atrevían a acercarse a ella. Sólo cuando Lucy se encontraba con Harry Gordon sus ojos se animaban un instante y se

interesaba por algo. Nunca lo miraban sin implorarle amabilidad.

Harry sabía que Lucy estaba sufriendo y le estaba pidiendo ayuda. Había siempre en su voz una nota de súplica, aunque sólo dijera buenos días, pues pocas veces le daba él ocasión de decir algo más. Sabía que Lucy era impulsiva e incapaz de ocultar sus sentimientos. Puede que ni siquiera se molestara en intentarlo. Manifestaba a las claras que lo necesitaba desesperadamente; lo seguía hasta su mesa tras uno de estos encuentros fortuitos. ¿Sería verdad que «había tenido un lío», según se rumoreaba, y el hombre la había abandonado? Harry no lo sabía y tampoco le importaba. Lo que sabía es que, si pasaba un momento a solas con Lucy y ella le tendía las manos con esa mirada, no podría seguir castigándola, y merecía un castigo.

Harry vivía su primer año de un matrimonio estéril en todos los sentidos, puesto que su mujer nunca tuvo un hijo, y no podía dejar de preguntarse cómo habría sido su vida con Lucy. Ella lo había arruinado todo por un capricho, por una sensiblería empalagosa. Que sufriera por ello. ¡Y Dios sabe que la hizo sufrir! Eso pensaba siempre, cuando la dejaba en la esquina de una calle, mirándolo.

Pese a todo, bajo su resentimiento y su determinación de castigo, en un lugar tan profundo que Harry no llegaba a poder comunicarse con él, yacía una convicción contraria. La certeza de que cuando los dos hubieran recibido el castigo necesario sucedería algo, aunque no sabía decir qué; tal vez tuviera que romper con aquel lugar y con todas las garantías para su futuro, pero Lucy y él volverían a estar juntos.

Un hombre joven y fuerte siempre mira hacia delante. Aunque se haya portado como un imbécil y haya frustrado su propia voluntad, la situación es sólo temporal. Cada mañana, cuando sale y respira el aire, sabe que conseguirá lo que se propone, se siente con recursos suficientes para superar todos sus errores. En esos últimos meses que Lucy pasó en Haverford, Harry no dudó en ningún momento de cuál sería el final. Llegaría sin necesidad de que él interviniese: llegaría porque tenía que llegar. Cuando se cruzaba con ella en la calle o la saludaba en la oficina de correos, sentía agitarse esta certidumbre dentro de él, como si se tratara de algo vivo. Llegada la hora, nada podría detenerlo.

Aquella noche lejana, cuando pasó por delante de la ventana de la señora Ramsay y vio a Lucy sentada al piano y a la anciana escuchando con la cabeza apoyada en la punta de los dedos, apenas pudo contenerse. Estuvo a punto de entrar. Después la habría acompañado a su casa, y todo habría ido bien.

¿Por qué le ocurrían cosas tan terribles y fuera de lo común a un hombre equilibrado y prudente? ¿Por qué esa otra noche, cuando volvía de Harlem, rodeado por kilómetros de campo abierto, tuvo que encontrarse con aquel cortejo de carros y faroles que avanzaba lentamente sobre la nieve? ¿Por qué se había sentido impelido a seguirlos? No podía pasar de largo sin antes preguntar qué había pasado. Descolgó las campanillas y llevó a sus caballos al paso hasta el pueblo, detrás del cortejo. Fue

incapaz de hacer nada más. Cuando llegó a casa, entró derecho a la biblioteca, donde su mujer estaba escribiendo unas cartas. Cerró la puerta y le preguntó si sabía qué había ocurrido en el río. Sí, Milton Chase había llamado para avisar a Harry en cuanto se conoció la noticia.

—Me marché esta noche en el Union Pacific, a las dos, y no volveré hasta que haya pasado el funeral. Hace no mucho tiempo me porté muy mal con esa muchacha. No le he dirigido una sola palabra amable desde que volvió. No puedo asistir al entierro; no soy tan hipócrita. Pero quiero que tú vayas. La familia se sentiría herida si ninguno de los dos vamos.

La señora Gordon se limitó a fruncir el ceño levemente. Siempre dominaba sus impulsos; no le gustaban las escenas. Un momento después, con su voz fría y controlada, dijo:

—¿No crees que tu viaje podría suscitar comentarios? No entiendo qué sentido tiene que vaya sola al funeral.

—Es el primer favor que te pido.

—No hace falta que lo digas así. No conozco a la familia, pero, si crees que es lo que hay que hacer, iré, naturalmente.

—Gracias, Harriet —dijo Gordon, y se fue a su habitación para hacer las maletas.

Nadie en el mundo sabía de su último encuentro con Lucy en la carretera helada junto al poste del teléfono. Tras su regreso de Denver, la gente pasó días, semanas, hablando de la «tragedia»; en el banco, en la calle, dondequiera que Harry fuese. Sospechaba que hablaban adrede de lo ocurrido en su presencia. Corría el oscuro rumor de que había sido un suicidio. Los cortes en las muñecas y en las manos demostraban que Lucy había luchado por mantenerse a flote, pero tal vez perdiera el valor en el momento de hundirse. La última persona que la vio con vida fue un granjero sueco que pasó por la carretera a poco más de un kilómetro del pueblo. Todos sabían que estaba desanimada y que no parecía la misma desde que volvió a casa. Fairy Blair difundió la noticia de que un cantante del que Lucy estaba enamorada se había ahogado en Italia el verano anterior; era posible que la muchacha hubiera decidido acabar con su vida de la misma manera. Aunque nadie la hubiera advertido de que el curso del río había cambiado la primavera anterior, ¿cómo no se había dado cuenta? Toda la orilla oeste estaba arrasada, y la isla mucho más lejos que antes.

Estas conversaciones jamás arrancaban un comentario de Harry Gordon, y nadie tenía el valor de preguntarle por qué se marchó a Denver la misma noche en que llevaron a Lucy a casa. «Te encontraste con ellos en la carretera, cuando la traían, ¿no es cierto, Harry?» Los más osados no pasaban de ahí.

Gordon avivó el fuego con carbón, se acercó a la ventana y contempló las brillantes estrellas del invierno. Todo lo que había estado recordando importaba muy

poco cuando uno contemplaba la eternidad. Y, sin embargo, el tiempo casi había dejado de existir en esta tierra; el futuro parecía bruscamente incrustado en el pasado, de tal modo que no había presente. Habían caído reyes y las antiguas creencias de los hombres se habían hecho añicos desde el día en que Harry le negó a Lucy Gayheart un favor que jamás le habría negado siquiera al mayor haragán del pueblo. El mundo en el que Harry se había mostrado tan cruel con Lucy había dejado de existir.

La vida habría resultado ciertamente mucho más fácil para Harry en los años que siguieron a la muerte de Lucy si hubiera podido hablar con alguien de este último encuentro con ella. Muchas veces, cuando volvía a casa en las noches de invierno, oía ese último grito de Lucy en el viento: «¡Harry!». Un grito de indignación, de asombro, de autoridad, como si no le permitiera algo tan vergonzoso.

Sí, lo acribillaron a preguntas. Fue una prueba difícil, y eso que él era duro. Tuvo la suerte de que el automóvil se inventara poco después del cambio de siglo. Su coche fue el primero que hubo en el pueblo, y compró todos los modelos siguientes, a medida que iban mejorando. Sus tierras se hallaban dispersas, lejos, y Harry vivía en la carretera. A veces iba a Denver a pasar el fin de semana, «conduciendo como un loco». Adquirió la costumbre de pensar en voz alta mientras conducía, de hablar con su motor. En una ocasión en que su mujer lo acompañaba, se olvidó de que no iba solo y dijo: «Bueno, es una cadena perpetua».

Así solía pensar en voz alta. Lucy había sufrido unas horas, unas semanas a lo sumo, mientras que él seguía sufriendo. Sabía perfectamente por qué ella no vio que el curso del río había cambiado; conocía bien la reacción de Lucy ante el dolor y la rabia. Era precisamente ese ardor, esa ceguera, esa manera de concentrar todo su ser en un solo impulso, sin ninguna visión o previsión, lo que hacía a Lucy maravillosa para Harry. Cuando Lucy se encendía, salía disparada como una flecha, ajena al blanco.

Con el paso del tiempo, Harry fue acostumbrándose a este rincón oscuro de sus pensamientos, tal como la gente se acostumbra a vivir con una pierna de madera. Ganó mucho dinero, compró grandes extensiones de tierra, lo cual le parecía casi un chiste ahora que el precio del suelo estaba cayendo. Esto lo tuvo ocupado durante esos años en los que necesitaba distracción. Su amistad con el señor Gayheart fue un gran consuelo. La veía como un acto de retribución. Sus veladas frente al tablero de ajedrez se convirtieron en los mejores momentos de la semana. Harry llegó a conocer la relojería mejor que nadie en el pueblo. Nunca hablaban de Lucy, pero su piano seguía estando allí.

La noche del funeral del señor Gayheart, en su despacho, Gordon pensaba en cómo su sentimiento de culpa se había ido atenuando paulatinamente. Pasó años intentando no pensar en Lucy. Tal vez no sería tan grave que ella hubiese perdido dos terceras partes de su vida si había podido disfrutar de la mejor, si había sido joven,

irresponsablemente joven. Desde luego que se habría enamorado del primer cantante o del primer actor que se hubiera cruzado en su camino y le habría declarado su amor abiertamente, eso no habría tardado en pasar: no era difícil predecir ese tipo de aventuras en Lucy. Se adivinaban en sus ojos y en su risa, esa risa de contralto, grave y sonora, que se replegaba dulcemente sobre sí misma. No era una risa nerviosa; era cálida y borbotante, aunque con una nota de inquietud velada.

Pese a lo mucho que Harry había sufrido por ella, Lucy era su mejor recuerdo. Cuando miraba al pasado, sólo veía un rostro, una figura, misteriosamente adorable. Los otros hombres y las mujeres que había conocido se parecían bastante a él.

A veces recordaba esas mañanas en que se levantaba antes del amanecer para ir al río con Lucy a cazar patos: el denso silencio sobre los campos cubiertos de rocío, el oscuro ruido del agua, el rubor veloz del alba en el cielo, el despertar de la brisa en las copas de los álamos y el vuelo de los pájaros en el aire coloreado como una perla. Y a su lado un ser más impaciente, vivo y feliz de lo que él llegaría a serlo jamás.

Harry suponía que era un don de la naturaleza enloquecer de alegría por cosas insignificantes... ¡por nada! Él no tenía ese don... y tampoco lo habría elegido; pero disfrutaba viviéndolo momentáneamente a través de Lucy, sintiéndolo rozar sus oídos. Cuando se detenían a contemplar la salida del sol, o esperaban a que los pájaros levantaran el vuelo, la expectante presencia de Lucy pulsaba en él hasta la última fibra de su ser, como si un fuerte aguacero primaveral atravesara su ropa de caza y la dura capa de músculos en la que vivía. Se sentía maravillosamente libre y ligero, y en su sangre prendía una chispa que le hacía rechinar los dientes.

En la absoluta quietud de la noche —eran casi las doce—, Gordon oyó sonar con insistencia el teléfono del banco. Debía de ser su mujer, que quería saber qué había sido de él. No cogió el teléfono, pero cubrió los últimos rescoldos de carbón, se puso el abrigo y se marchó a casa.

No es un hombre acosado por el remordimiento; todo eso lo superó hace tiempo. Disfruta de su prosperidad y de su buena salud. Lucy Gayheart ha dejado de ser para él una criatura desesperada que lo mira con ojos suplicantes en medio de un vendaval de hielo. Ya no está cerca, al lado de su trineo. Se ha alejado hasta el horizonte, con todas las cosas buenas de la juventud, que nunca cambian.

IV

El día siguiente al funeral del señor Gayheart era domingo. Harry y su contable, Milton Chase, se habían citado en el banco para dar un paseo. Los vecinos los vieron pasar desde sus ventanas. Todos están acostumbrados a que Milton parezca mayor que Harry. Hace tiempo que perdió su buen aspecto juvenil, y tiene las mejillas caídas y la nariz afilada. Anda a trompicones, con pasos cortos y vacilantes, como si hubiera dejado algún asunto sin concluir. Harry sigue teniendo el mismo paso firme y decidido que lo ha guiado por esas mismas calles toda una vida.

Se dirigen «a casa de los Gayheart», como sigue diciendo la gente. El pueblo no ha crecido en los últimos veinticinco años, sino todo lo contrario. La casa de los Gayheart sigue rodeada de campos, en un extremo del pueblo, donde termina la acera. A partir de ahí sólo hay caminos a través de los prados. Gordon acostumbra a dar este paseo todos los domingos por la tarde.

Una noche de verano, cuando era un muchacho y acababa de llegar a Haverford con su padre, Harry pasó por este camino en bicicleta. Una cuadrilla había estado pavimentando la calle, precisamente en ese punto de la acera que jamás llegaría a prolongarse. Cuando terminaron de nivelar las losas húmedas, rodearon la zona con estacas y cuerdas para advertir a los transeúntes y se marcharon a casa a cenar. Mientras se acercaba en su bicicleta, Harry vislumbró a una niña, vestida con un peto de chico, que correteaba descalza por el jardín, regando con una manguera. La reconoció al instante como la niña de la pista de patinaje, la que se deslizaba al compás de la música con un jersey rojo.

Desmontó y siguió andando, empujando la bicicleta. Ella no lo había visto. De repente, soltó la manguera, volvió la vista hacia la casa para asegurarse de que nadie la observaba y echó a correr. Saltó las cuerdas que habían puesto los albañiles y pasó por encima de las losas húmedas: uno, dos, tres pasos. Salió de entre las matas que crecían al borde de la calle, casi delante de Harry. Lo miró y se echó a reír.

—¡No me riñas, por favor! —Y volvió correteando hasta el jardín de los Gayheart por el camino polvoriento.

Las huellas de sus pies seguían en la acera después de tantos años: los pies menudos de una niña de trece años, clara y delicadamente impresos en la composición blanca y gris. No se habían desdibujado con el paso del tiempo. A decir verdad, no había mucho trasiego por esa zona del pueblo, porque la gente sólo pasaba por allí cuando iba expresamente a ver a los Gayheart. Gordon nunca oyó a nadie hablar de estas huellas; probablemente nadie sabía de quién eran. Eran ligeras, con poco relieve, y podían pasar inadvertidas si uno no las buscaba. La casa de los Gayheart llevaba tiempo desatendida. En verano, los girasoles silvestres crecían a ambos lados de la acera; los penachos de alfalfa se escapaban del prado contiguo y se

extendían por el jardín, y una algarrobilla salpicada de flores color lavanda, semejantes a dedos, florecía todos los años y trepaba por los tallos de los girasoles, formando una especie de empalizada a lo largo de las losas impresas con aquellas pisadas veloces. A Harry Gordon le parecían veloces, porque la huella de los dedos era ligeramente más profunda que la del talón, que era muy tenue, como si esta parte del pie vivo apenas hubiera rozado la superficie del pavimento. Se preguntaba a menudo si el grabado de verdad insinuaba un movimiento rápido o si las huellas le parecían veloces, traviesas y livianas porque había visto cómo se hicieron. Eran las huellas de unos pies alados, como los del heraldo Mercurio.

Nada podía devolver por un momento al mundo la presencia de Lucy más vívidamente que estas huellas. A veces, cuando se detenía delante de ellas, Harry llegaba a ver una imagen fugaz de los pies, y notaba un roce suplicante en el brazo, un aliento en la mejilla, una ligereza y una frescura como las de la lluvia primaveral.

Gordon y Milton Chase llegaron esa tarde de domingo hasta casa de los Gayheart, cruzaron el jardín, el huerto y el prado. La finca era ahora propiedad de Gordon, pues se hipotecó como garantía de los préstamos que el banco había ido concediendo al señor Gayheart en los últimos años de su vida. Su precio actual no alcanzaría siquiera para cubrir una tercera parte del dinero adelantado por el banco. Gordon y Chase lo sabían. Gordon decidió que su contable disfrutara de la casa en usufructo mientras viviera.

Tras un paseo entre las matas secas y la hierba muerta, mientras discutían qué hacer con el huerto y comentaban que el viejo granero podía transformarse en un garaje, se sentaron a fumar en los escalones del porche.

—Es muy generoso de tu parte, Harry —dijo Milton—, pero yo preferiría que me la vendieras. He pasado toda mi vida en una casa de alquiler y me gustaría tener mi propia casa —concluyó en tono lastimero.

—Mañana llamaré a Whitney y le pediré que modifique mi testamento para dejarte la finca cuando muera sin carga alguna. Eso te ahorrará un buen dinero.

Milton se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo ralo a la altura de las sienes. No parecía satisfecho. Su aspecto era cansado y triste.

Harry reflexionó un momento y dijo en tono persuasivo:

—Verás, Milton. Si compraras la casa y murieras antes que yo, tus hijos podrían vendérsela... bueno, a cualquiera; a uno de esos granjeros jubilados que la convertirían en una granja de pollos. No tengo intención de interferir en nada: tala el huerto, tira el granero, haz lo que quieras. Sólo quiero un derecho de tutela mientras viva.

Milton no dio muestras de animarse, pero Harry dio por sentado que aceptaba su proposición.

—Por cierto, ven un momento. Quiero enseñarte una cosa. —Cruzaron el jardín y

salieron a la calle. Harry se detuvo—. Esto es confidencial; espero que no lo cuentes. Esas huellas que hay en el cemento las hizo Lucy, la hija de Gayheart, cuando era una niña. Sólo quiero que te ocupes de que a esas losas no les pase nada... al menos mientras yo viva. —Elevó un poco la voz y, en tono calculador, como si hablara de hacer reformas en un garaje, siguió diciendo—: El pavimento parece bastante sólido. Lo único que podría dañarlas sería una inundación. Una lluvia torrencial podría arrastrar la tierra por debajo, en un lado o en una esquina, hasta desprender y romper las losas. Vigílalas.

—Me ocuparé —respondió Milton, en el mismo tono con que acataba las órdenes que recibía en el banco.

Harry anunció que iba a entrar en la casa para recoger los documentos privados del señor Gayheart y se despidió de Milton hasta la mañana siguiente. Milton volvió a casa despacio. Una vez allí se sirvió una copa, cosa muy rara en él. Tenía frío y sentía también una frialdad y una inquietud anímicas. Acababa de recordar, sin agrado, que había en su jefe algo que no era del todo normal, algo que siempre había estado en él, algo extraordinario que temía secretamente. Ese momento de la conversación en la acera le había parecido muy triste, aunque no sabría explicar por qué. Le hizo sentirse mayor, sentir que la vida era terriblemente corta y no demasiado importante.

Ligeramente divertido, Harry había observado la tristeza con que se alejaba su contable. Sacó una llave del bolsillo y entró en la casa silenciosa y oscura. Subió las persianas del cuarto de estar y dejó que el sol de las cuatro inundara las alfombras desvaídas y los muebles cubiertos de polvo. Subió al piso de arriba. El señor Gayheart había dicho en cierta ocasión —de hecho todo el pueblo lo sabía— que Pauline conservaba la habitación de Lucy tal como ésta la dejó aquel día, antes de salir a patinar. Tras la muerte de Pauline, el señor Gayheart cerró la habitación con llave, y sólo permitía a su criada que entrase a limpiar cuando él estaba presente.

Gordon tenía todas las llaves. Se quitó el sombrero y abrió la puerta. Las cortinas estaban echadas, pero no cubrían bien, y en la ventana que daba al sur los rayos de sol producían un resplandor anaranjado, como el de una vela en la penumbra del cuarto. La puerta del armario estaba abierta, para evitar las polillas, y los vestidos de Lucy colgados en fila. Harry pensó que habría sido mejor quemarlos. Al lado del escritorio había una estantería con libros y partituras; decidió que los guardaría en una cómoda de su despacho privado en el banco. Tal vez los hojeara en algún momento. Los objetos de aseo estaban colocados sobre la cómoda, y apoyada en el espejo, con un marco de plata deslustrado, había una fotografía de Clement Sebastian, con unas palabras escritas en alemán. Gordon se la guardó en el bolsillo. Fue lo único que tocó. Cerró la puerta despacio y echó la llave.

Al salir de la casa, las últimas luces del día invernal se derramaban sobre el pueblo: brillaban como el cobre las copas de los setos y los campanarios de las

iglesias. Se dijo que, al final, nunca se marcharía de Haverford; había vivido allí demasiadas cosas para abandonarlo ahora, aunque fuera para bien. ¿Qué era el «pueblo natal» de un hombre sino el lugar donde había conocido la decepción y había aprendido a sobrellevarla? Al salir del jardín se detuvo mecánicamente en la acera, como en miles de ocasiones, a contemplar las huellas de unos pies en fuga.

Notas

[1] Vuestra bondad, vuestros desvelos. [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.] <<

[2] El doble. «La noche está en silencio, las calles descansan.» <<

[3] ¿Alguna que otra noche en tiempos pasados? <<

[4] Pronunciado a la francesa. De ahí la tilde: Clément.<<

[5] «Cuando nos separamos.»<<

[6] *Elías*, oratorio de Mendelssohn.<<

[7] *El viaje de invierno*, ciclo de *lieder* de Schubert.<<

[8] «El cuervo», «El poste indicador»: *lieder* de *El viaje de invierno*.<<

[9] «Ya basta... No soy mejor que mis padres.»<<

[10] *La bella molinera*, de Schubert.<<

[11] «La trucha.»<<

[12] Ella se lo ocultó a su amor.<<

[13] Una hermosa estrella apareció en mi noche.<<

[14] Opereta de Michael Balfe, inspirada en *La gitanilla* de Cervantes. Se estrenó en Londres en 1843.<<

[15] *Die Fledermaus: El murciélago*, de Johann Strauss; *La Belle Hélène: La bella Helena*, de Offenbach.<<



WILLA CATHER nació en Winchester (Virginia 1873), y pasó su infancia en Nebraska, en los años de la primera gran colonización por parte de inmigrantes checos y escandinavos. Fue viajera, periodista, maestra, dirigió revistas. Vivió durante cuarenta años con su compañera, Edith Lewis; y, cuando hubo ahorrado lo suficiente se dedicó a la literatura. Su novela *One of Ours* (1922) mereció el premio Pulitzer. Su personal estilo se ganaría la admiración de, entre otros, William Faulkner. Murió en 1947 en Nueva York.